

LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 23.

---

NUM. 270.

---

LA  
ESPAÑA MODERNA

---

Director: JOSÉ LÁZARO

---

JUNIO 1911

---

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»  
Calle López Hoyos, 6  
MADRID

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

**Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.**

PERTENECES A LA BIBLIOTECA  
ATENEU DE BARCELONA

# LITERATURA CONTEMPORÁNEA

---

WALT WHITMAN

(ESTADOS UNIDOS)

Algún tiempo se ha tardado en reconocer el genio de Walt Whitman. Todavía, á pesar del esfuerzo de muchos críticos, no sólo es discutido, sino también un poco desdeñado. Y, sin embargo, es indiscutible que el autor de *Leaves of Grass* (*Hojas de hierba*) es un altísimo poeta, uno de los más grandes que produjo el siglo anterior, que se honra con tan numerosos y magníficos poetas.

Como Víctor Hugo, Walt Whitman fué el poeta que tuvo la más espléndida visión del porvenir. Fué el poeta de la plebe, el poeta de las multitudes, el gran cantor de la democracia moderna. Hay en sus cánticos ideas, sentimientos, y casi pudiéramos decir que sudor y sangre de pueblo. En sus versos resonó la voz, no de una individualidad, sino de toda la estirpe humana. No fué el eco de un estado social ni de un momento histórico. Más con los ojos en el porvenir que en el pasado, cantó un siglo, una raza, una civilización. Cantó la humanidad de mañana, las civilizaciones futuras, que han de libertar á los espíritus de la penosa esclavitud sobre la tierra.

Su lugar de origen, los Estados Unidos, pueblo nuevo, en que se ha venido siempre sospechando la cuna de una nueva civilización, presentaba á Walt Whitman como un poeta

nuevo que había de recoger, anticipándose como vidente, el espíritu de una humanidad nueva que está formándose en las entrañas misteriosas del tiempo.

Así es. Por lo menos, así hay que considerar *Leaves of Grass*. No es este libro una epopeya al modo clásico. Pero, á pesar de su diversidad y de su fragmentación, por el espíritu que lleva dentro, amplio y complejo, espíritu colectivo de la gran estirpe humana, ya que no la modalidad artística, tiene el fondo mental de una epopeya. *La Odisea* es la civilización helénica en su plenitud espiritual; *La Divina Comedia* es toda la Edad Media, con su alma teológica y su bizantinismo político; *Fausto* encarna todo el sentido filosófico de la Edad Moderna, escéptico y racionalista. *Leaves of Grass* entraña todo el espíritu democrático, acaso más que de la Edad Contemporánea, que se halla en crisis de ideas y en bancarrota sus fórmulas de constitución social, de una Era nueva en el curso indeclinable de los humanos destinos.

Los críticos norteamericanos niegan á Walt Whitman su carácter genuinamente yanqui como poeta.

Woodberry, el célebre crítico y poeta, ha escrito: «Whitman poseía una fuerza poética natural, sin arte; cuando olvidaba su papel de *Camerado*, de demócrata vagabundo bajo cuyo sombrero encerraba toda la América, escribía algunos lindos versos; pero los extranjeros, que descubrían en él las señales de la nacionalidad que no habían descubierto en sus predecesores, deben encontrar muy minúsculo ese resultado de tres siglos de labor inglesa acumulada en un gran país; y nosotros, gentes de la misma nación, que le consideramos con un poco de desdén, lo estimamos cuando nos tomamos el trabajo de estudiarlo seriamente, como una caricatura que deforma la verdad. Es como si Doré hubiese podido dibujarnos, y Rabelais tomarnos á broma; no se puede llevar más allá la exageración del trazo que provoca la risa. Para convertirse en lo que era Whitman, los norteamericanos (que, más que los ingleses, son los herederos de toda Europa) deberían despojarse

de esta civilización amplísima que caracteriza su originalidad, y convertirse entonces en un Ismael entre los pueblos. Un poeta, en quien una nación entera rehusa reconocerse, no puede ser considerado como su representante, aun cuando tuviese un poco de sabor del terruño. Es mucho más razonable buscar los representantes del genio literario nacional entre los representantes del arte universal, entre aquellos que las naciones extranjeras consideran como nuestros mejores autores, aquellos que nosotros reputamos actualmente nuestros clásicos, y en cuyo grupo nosotros encontramos nuestro pasado nacional, nuestro hogar y nuestro cielo.»

A mayor abundamiento, otro gran crítico yanqui, Henry Van Dyke, escribe á su vez:

«De los cuatro nombres seleccionados—los que más suenan en Europa como representantes de la literatura norteamericana,—Emerson es el único que reputamos grande. Poe era un mediano maestro, un artista de camafeos, singularmente poco norteamericano; Thoreau era un eremita intelectual, un original espontáneo, un talento escueto é ineficaz; Whitman, un escritor confuso y sin espíritu crítico, abandonado, clamoroso, intolerablemente palabrero, con raras cadencias de música en medio de un torrente de sonoridades y de raros relámpagos de verdad ante nubes de palabras. Interesantes fenómenos literarios lo son indudablemente esos tres escritores. Y Poe, en particular, tiene un valor completamente único en su estrecha esfera; pero nombrar esos tres norteamericanos como significando algo ante el mundo entero, é ignorar aquéllos que, al lado de éstos, han expresado con tanta ó mayor fortuna el verdadero genio de América, es hacer de la crítica una pura búsqueda de novedad, y estimar los escritores por la curiosidad de su sabor más que por la plenitud de su inspiración y la adecuada correspondencia entre su forma y sus ideas.»

Se explica perfectamente que estos críticos—y con ellos va la opinión en los Estados Unidos—nieguen á Walt Whitman el sello de origen, la huella en su obra del espíritu de naciona-

dalid y de raza. Y es que el poeta de *Leaves of Grass* es un profundo innovador, un revolucionario. Dentro de la literatura norteamericana, y lo mismo dentro de la mentalidad de aquel país, es un original. No entronca, ni con sus antecesores, ni siquiera su genio arraiga en las tradiciones intelectuales y artísticas de Norte América. Por eso los críticos, en vez de estimarlo como un original, lo consideran como un extraño y hasta como un exótico. Y acaso sea el único poeta verdaderamente indígena, con savia propia y no de reflejo, con marcado sabor del terruño, que haya producido el genio de los Estados Unidos.

Walt Whitman rompe la tradición. Crea un mundo literario é intelectual completamente nuevo, más que hecho á su imagen y semejanza, formado en la espiritualidad de un pueblo joven, que se despierta á la vida de las ideas y de la acción. Aun mirando más lejos, puede añadirse que ese mundo nuevo, entrevisto por Whitman, en visión prodigiosa de los tiempos futuros, está formado en el molde de la humanidad de mañana.

(11)

El rastro del puritanismo religioso, que sigue todo el curso de la literatura yanqui en su desenvolvimiento, desde el primitivo Cotton Mather hasta el prodigioso Nathaniel Hawthorne, se pierde definitivamente en Walt Whitman. La moral estrecha de los puritanos, la rígida disciplina de los cuákeros, la intransigencia dogmática de los católicos, que habían, con los primitivos pobladores de los Estados Unidos, formado lentamente la austeridad del alma en el nuevo pueblo norteamericano, no tienen reflejo alguno en las páginas de *Leaves of Grass*. Walt Whitman es un iconoclasta. Desecha todos los escrúpulos religiosos y todos los prejuicios morales de sus antepasados. Él es hombre libre, casi salvaje, fuertemente primitivo, que deja á los instintos y á la naturaleza recobrar la plenitud de su dominio sobre la vida, sin que ninguna traba de un orden moral domeñe su ímpetu espontáneo y desbordado.



Con esta tendencia, claro es que Walt Whitman deserta la órbita en que ha venido girando durante siglos el pensamiento norteamericano. La tradición se ha mantenido viva allí, é inalterable, porque ella era á la vez el alma de la nacionalidad que había fundido en un molde único los diversos espíritus de tan opuestas razas. Porque es indudable que los puritanos han elaborado, y sólidamente, el alma del pueblo yanqui. Su acción es religiosa en el siglo xvii, después política en el siglo xviii, más tarde intelectual y literaria en todo el siglo xix.

Hay algunos escritores que desertan este movimiento rectilíneo del puritanismo, como Edgard Poe. Por eso, á pesar de sus talentos extraordinarios, los Estados Unidos le conceden una paternidad condicional, y con frecuencia negada. Y en este punto, ya que la deserción es completa, se niega en redondo el norteamericanismo de Whitman.

Para comprender la preponderancia dominadora y hasta tiránica del puritanismo en la vida y en las letras de los Estados Unidos, considerándosele como la esencia legítima del vivir nacional, basta leer el libro profundo de Schalck ó las páginas psicológicas de Nevers.

Esto en cuanto al fondo. Lo mismo acontecía en punto á la modalidad artística en que Walt Whitman se expresara. ¿Qué relación puede haber entre el poeta de *Leaves of Gras*, desordenado, tumultuoso, rebelde al ritmo ondulante y á la rima exquisita, y el poeta Lowell, más que clásico, académico, acaso en la construcción de sus versos admirablemente impecable? ¿Qué parentesco encontrar entre ese Walt Whitman, instintivo, brutal si se quiere, y ese Longfellow, refinado, sentimental, de un subjetivismo y de una sensibilidad quintesenciados? Ninguno. Acaso porque Walt Whitman no entronca en esa tradición literaria se ha negado su americanismo. Y acaso, por esa razón, ningún poeta sea, como él, tan solariega-mente indígena. Lowell sufre la influencia de los grandes poetas ingleses de su tiempo, lo mismo que Longfellow la de los poetas alemanes. Estas influencias extranjeras son bien mar-

cadras en las letras norteamericanas. Bret Harte procede de Dickens, como Irving de Goldsmith y Cooper de Walter Scott.

«Lo que la Biblia fué para los puritanos, el Libro de la vida—escribe acertadamente un crítico,—lo sigue siendo la literatura inglesa para nosotros, y toda la literatura norteamericana no es, en el fondo, más que un suplemento de aquélla.»

Es exacto el juicio. Claro es que se había intentado encarnar en la literatura el alma yanqui. Fueron un ensayo de epopeya indígena los *Biglow Papers* de Lowell y el *Hiawatha* de Longfellow. Pero quedan reducidos esos ensayos á manifestaciones de un simple carácter literario. El alma americana, plena, con calor de la tierra nativa y con el ímpetu de la raza originaria, no se manifestó hasta que apareciera *Leaves of Grass*, el libro prodigioso de Walt Whitman.

«Walt, con su libro—escribe su comentarista francés Bazalgette, que ha consagrado al gran poeta un estudio definitivo,—parecía llegar á punto para responder á los anhelos que, de todas partes, sugerían, sin poderlo definir, ese algo nuevo é indígena, cuya necesidad atormentaba el alma americana. Y helo ahí: él apareció tan nuevo y tan indígena y las *Hojas de hierba* encarnaron la idea que flotaba en el aire de una manera tan ruda, tan adecuada y verdadera, que nadie la quiso reconocer, y que el libro fué protestado por todos ó por casi todos, salvo el gran Emerson, quien nunca como en esta ocasión demostró mejor las facultades adivinatoras de la naturaleza.»

Hay otros críticos que niegan á Walt Whitman su americanismo, porque ha prescindido del color local. Creo que ese elemento artístico tiene un valor muy relativo. Además, está siempre al servicio de los costumbristas en la novela ó en el cuento. Yanqui es *The rise of Silas Lapham*, de Howell, porque en ese libro se refleja la vida social de Boston; yanqui es *The Octopus*, de Frank Norris, cuyas páginas son bocetos al

natural de tipos y costumbres californianos; yanqui es *The Gentleman from Indiana*, de Booth Tarkington, escenas campesinas del Far West; yanqui *The House of Mirth*, de Edith Warton, que describe los hábitos, preocupaciones y ridiculeces de la elegante sociedad neoyorkina.

Pero, toda esa literatura tiene un valor secundario. El alma yanqui, mejor dicho americana, en toda su plenitud y complejidad de ideas y sentimientos, hay que ir á buscarla entre los versos de Walt Whitman.

Claramente dice el propio poeta en el prólogo de *Leaves of Gras*:

«Los poetas americanos deben abrazar lo viejo y lo nuevo, porque América es la raza de las razas. La expresión del poeta americano debe ser nueva y trascendental; indirecta y no directa, descriptiva y épica.

»A través de estas dotes deben desenvolverse algunas otras. Sí cantan simplemente los siglos y las guerras de otras naciones, que ilustren los caracteres y las eras de aquéllos y que el verso entrañe todo este contenido. No así el gran salmo de la República. Su tema es creador y tiene su objetivo. Aunque se marchite cualquier cosa sobre lo externo de las costumbres, de la disciplina y de la legislación, no por eso se marchitará el poeta.

»La disciplina no lo domina; es él quien la domina; estando en alto, no al alcance de la mano, despide una luz concentrada; estando parado, se burla de los más rápidos corredores, y fácilmente los avanza y conquista. Si el tiempo se desvía hacia la incredulidad, lo ficticio y lo divisorio, él permanece firme en su gallarda fe. La fe es el antiséptico del espíritu, que se infiltra en las venas de un pueblo y lo conserva, porque no renuncia nunca á creer, á esperar y á confiar.»

Y defendiendo la estética de su famoso libro, hubo de hacer esta declaración:

«Un hombre de «salud perfecta» representa que ha consagrado su vida á la obra de cantar el nuevo mundo en un Canto

Nuevo—no solamente nuevo en espíritu, sino nuevo en la letra, en la forma.—Para él, América no significa una segunda edición, una adaptación de Europa; ella no se contenta simplemente con una nueva teoría y práctica de la política, sino que, por encima de su política, y más importante que ella, necesita inaugurar nuevas concepciones, infinitamente más generosas y comprensivas, de la sociología, de la literatura, de la religión y del compañerismo.»

¿No hay, en esas ideas y en esos propósitos de un poeta, no ya una innovación, sino toda una revolución?

La originalidad de Walt Whitman no hay quien la niegue. Todos los críticos la afirman, desde Bucke á John Addington Symonds, entre los anglo-sajones; desde Sarrazin á Bazalgette, desde Guilbeaux á Nencioni, entre los latinos. En los largos estudios que han consagrado al bardo de Long-Island, destácase, como una personalidad nueva, sin enlace con sus antecesores, adelantándose á los tiempos y cantando un ideal de las democracias futuras que han de realizar y vivir los pueblos de mañana, la del poeta que escribiera *Leaves of Grass*.

La frase de Emerson define al poeta. «Es un monstruo—decía el filósofo de Concordia—que tiene unos terribles ojos y una fuerza de búfalo, y que es indiscutiblemente norteamericano.»

Para conocer al poeta en Walt Whitman, conviene conocer antes al hombre. Es el procedimiento crítico de Sainte Beuve, que en este caso, muy especialmente, es indispensable.

No es necesario, para contar la vida de Walt Whitman, acudir á sus biógrafos, ni á Binns ni á Donaldson.

El propio Whitman trazó su autobiografía en su libro *Prose Works*.

Nació en Long-Island, y en el cortijo de West-Hills. Su padre fué el carpintero Walter Whitman y su madre Luisa Van Velsor. Toda su ascendencia la componían campesinos, artesanos, navegantes, pobres trabajadores manuales, gente de mar y tierra.

*Yo salgo del pueblo con su propio espíritu,*

pudo el poeta decir más tarde, orgulloso de su abolengo.

Los Withman, que habitaban la *farm-house* de West Hills desde hacía mucho tiempo, eran todos de la más pura raza inglesa. Los Van Velsor, que cultivaban el cortijo de Cold Spring, procedían de los primitivos colonos holandeses, los cuákeros emigrados que especialmente se habían consagrado, por tradición familiar, á la cría de caballos.

¿Cómo era esa familia del poeta? Él mismo lo cuenta.

«Después de cuarenta años de ausencia, he venido á pasar una semana en Long-Island, en el lugar donde he nacido, á cincuenta kilómetros de Nueva York. He recorrido los antiguos sitios familiares, mirando, soñando y deteniéndome mientras lo recordaba todo... Ahora escribo estas líneas sentado en una vieja tumba (que tiene más de un siglo), sobre el montículo funerario de numerosas generaciones de Whitman. Se puede reconocer fácilmente más de cincuenta tumbas, y otras tantas están en ruinas y deterioradas. Montículos con excavaciones, piedras rotas, cubiertas de musgo; el montículo es amarillo y estéril, con algunos castaños en la orilla y con un silencio únicamente turbado por el suspiro del viento. Hay siempre la más profunda elocuencia de sermón ó de poema en todos estos viejos cementerios que Long-Island posee en tan gran número. ¿Qué significa éste, entonces, para mí? La historia entera de mi familia, con sus eslabones sucesivos, desde el primero que se instaló hasta el presente, está aquí escrita; tres siglos se concentran sobre este puñado de tierra estéril.

»El día siguiente, 30 de Julio, lo he consagrado al país de mi madre y me he sentido aún más impresionado, si es posible. Escribo estas líneas sobre el montículo de los Van Velsor, cerca de Cold Spring, el más significativo campo de los recuerdos que se pueda imaginar, sin el más leve auxilio del arte, pero superando á éste en mucho: un suelo estéril, una llanada casi por completo desnuda, formado por la cúspide de un mon-

te y rodeado de matorral, de grandes árboles y de bosque espeso; un lugar muy primitivo, escondido, sin visitantes, sin camino... Unas cuarenta ó sesenta tumbas muy visibles; otras tantas casi borradas. Mi abuelo Cornelio y mi abuela Amy, así como numerosos parientes, próximos y lejanos, por parte de mi madre, están enterrados aquí. El escenario, mientras estaba en pie ó sentado, el olor delicioso y salvaje de la floresta, una lluvia menuda que caía, la atmósfera de emoción del lugar y los recuerdos que evocaba, eran un acompañamiento apropiado.»

¿Cómo era el rincón nativo?

Sigamos al propio Walt Whitman:

«Del lado acá de las barras ó peñascales, la bahía del Sur es relativamente poco profunda; durante los inviernos crudos, un hielo espeso cubre su superficie. Cuando era niño me aventuraba muchas veces, en esas sabanas heladas, en compañía de uno ó dos de mis camaradas, con un pequeño trineo, un hacha y un tridente para coger un plato de anguilas. Abríamos hoyos en el hielo, y, en ocasiones, encontrábamos un montón de anguilas con que llenar nuestros cestos. El lugar mismo, el trineo que arrastrábamos, los hoyos que abríamos, el harponaje de las anguilas, eran, naturalmente, de esos solaces que más agradan á la niñez. Las riberas de esta bahía, en verano é invierno, y todo cuanto he hecho en mi juventud, están en mis *Hojas de hierba*. Una diversión que me placía mucho, era bajar á la playa para recoger huevos de gaviota.

También he conocido muy bien la extremidad Este de Long-Island, la región de Peconic Bay—más de una vez he estado en barco alrededor de la isla Shelter y hasta en Montank,—y he estado en el punto extremo sobre la colina de la Tortuga, cerca del viejo faro, contemplando el rodar incesante de las ondas del Atlántico. Gustábame ir allá abajo para fraternizar con los pescadores de *blue-fish* ó en compañía de los dueños de bars. Algunas veces, á lo largo de la península de Montank—que tiene seis leguas, con buenos pastos,—encontraba los boyeros hirsutos, medio salvajes, que por aquel

tiempo vivían lejos de todo contacto con la sociedad y la civilización, ocupados en guardar, sobre esos prados, inmensos rebaños de caballos, bueyes y carneros, que pertenecían á los ricos cultivadores de las ciudades del Este. Algunas veces también, algunos indios ó mestizos que habitaban todavía por entonces la península de Montank, y que ahora creo han desaparecido por completo.

Hacia el centro de la isla se extendían las llanuras de Hempstead, que eran por entonces praderas rasas, inhabitadas, más bien estériles, á pesar de ser abundantes en magníficos pastos para animales, la mayor parte vacas de leche, que se apacentaban allí á centenares, por millares tal vez, y que, al atardecer, se las podía ver tomar el camino del establo, bifurcándose, sin equivocarse, en el sitio donde era necesario. Muchas veces me he encontrado en esas llanuras al ponerse el sol, y veo aún con la imaginación la interminable procesión de las vacas, y oigo la música de los cencerros tintinar lejos ó cerca, aspiro la frescura del aire de la tarde, delicioso y levemente aromático, y contemplo la puesta del sol.

A través de la misma región de la isla, pero más al Este, se extendían vastos espacios, cubiertos de abetos y robles talados (se hacía carbón en gran cantidad), monótonos y estériles. Pero yo he pasado allí muchos días agradables errando entre esas veredas solitarias, respirando un perfume especial y salvaje. En esa región, lo mismo que á través de la isla entera y á lo largo de esas riberas, he pasado momentos de mi juventud durante muchos años, en todas las estaciones, algunas veces en barco, ordinariamente á pie (por entonces era yo buen andador), observando la campiña, las riberas, los incidentes marítimos, los tipos, los hombres de la bahía, los labriegos, los pilotos—siempre he tratado mucho á estos últimos, así como á los pescadores.—Todos los veranos me iba allí para hacer excursiones en barca, porque siempre he gustado las playas desnudas del Sur, y allí he vivido algunas de las horas más felices de mi vida hasta este momento.

Al escribir esto evoco todas mis impresiones, tras un paréntesis de más de cuarenta años: el rumor adormecedor de las ondas y el olor salino; mi vida de muchacho, la busca de *clams* con los pies desnudos y los pantalones remangados, la barca que varaban en la playa, el perfume acre de la marisma, la barca cargada de heno, la olla de pescado y las partidas de pesca.»

Y, por último, físicamente, ¿cómo era este hombre? También Whitman se ha descrito en estos trazos: «Yanqui de nacimiento, con salud á toda prueba, el cuerpo perfecto, sin defecto alguno desde los pies á la cabeza, no habiendo conocido nunca ni la jaqueca ni la dispepsia, ni habiendo usado una sola vez medicamentos; bebedor nada más que de agua; nadador en el río, en la bahía ó á orillas del mar; erguido y andador á paso lento; un modo de ser indescriptible, en que se mezclan la indiferencia y el desdén; de amplias proporciones y pesando ciento ochenta y cinco libras; de treinta y seis años de edad (1855); la tez de un rojo transparente, la barba corta y con canas, los cabellos como el heno cuando, después de haber segado la hierba en los campos, se recoge mezclado para separar el heno; el rostro, ni refinado ni inteligente, pero tranquilo y sano—el rostro de un animal sin afectación,—rostro que absorbe el sol y acepta el salvaje y el hombre como es necesario, bajo un mismo pie de igualdad; rostro de uno que come y bebe y que es en un rudo amante; rostro de imperecedera amistad y de indulgencia para con los hombres y las mujeres, y de un sér que ha sido correspondido muchas veces con iguales sentimientos; un rostro con dos ojos grises, donde duermen la pasión y la altivez, y en el fondo la melancolía, un espíritu que se entrega alegremente al mundo.»

Ese rincón abrupto y medio salvaje de Long-Island; esa familia de labriegos, artesanos y marineros; ese medio ambiente rudo y fuerte, en que nace y se forma Walt Whitman, tenían que dar un hombre y un espíritu primitivos. Por más que su pensamiento se educa, se disciplina y se eleva, queda siempre



adherido, con indestructible raigambre, á la naturaleza salvaje, á la vida simple, á las ideas primitivas y al mismo tiempo fundamentales. El gran poeta de *Leaves of Grass*, á pesar de sus talentos y de sus triunfos literarios que le abrían fácilmente otras esferas sociales y le deparaban otras condiciones de existencia, permaneció siempre fiel á la humildad de sus orígenes. ¿Por qué? No fué ciertamente por vocación á la bohemia, ni por espíritu de excentricidad. Nada de eso. Fué por un imperativo de su naturaleza y hasta por una perfecta adaptación de su mentalidad. El poeta de la fuerza tenía que cultivar la fuerza; el cantor de las grandes masas humanas, sin individualidades de relieve—heroes, santos, sabios,—sino de las muchedumbres en su simplicidad admirables, tenía que vivir en contacto íntimo y directo con esas masas tumultuosas, cuya alma, mejor que ninguno sintiera y exaltara.

¿Cuáles fueron sus ocupaciones? Le vemos trabajando unas veces de carpintero, otras de maestro de escuela, luego de periodista y de tipógrafo. Su trato no es con gente *d'élite*. Frecuenta los cocheros, albañiles, marineros, labriegos. Cierto que va á nutrirse de ideas en las bibliotecas, donde adquiere, en los libros, una sólida y enciclopédica cultura; cierto que va á los teatros, apasionado de la música, donde su temperamento artístico se templó y se afinó. Pero necesita también conocer de cerca la vida. Y en curioso observador, visita tabernas, fábricas, mataderos, astilleros. Y además gusta de sentir palpitante el corazón de la multitud, y por eso se pierde en las calles rebosando gente; asiste á las salas de *meeting*, á las carreras de caballos, á las bodas populares, á las partidas en barca, á todas las fiestas públicas que congregan la plebe.

«Como los grandes vagabundos de la literatura—escribe á propósito Balzage, —los Hamsun, los Gorki, los London, pero con un instinto mucho más rico y en proporciones incomparablemente más amplias, él conoció toda la vida, él la ha vivido osadamente, antes de expresarla. El ha sido una de las partículas activas del gran todo que cantara más tarde. La

E. M.—Junio 1911.

democracia del Nuevo Mundo, con su rudeza, su diversidad, sus inclinaciones claras ó tenebrosas, su ímpetu arrebatado, estaba en camino de *encarnar* en un individuo salido de ella, de crear su tipo y su representante.»

Por la simplicidad se ha querido ver en Walt Whitman el tipo del «hombre-naturaleza» de Rousseau. Pero *the excessive sentimentalism of Rousseau*—frase de Stanton—*would constitute a patent difference*. Y es verdad, no hay parentesco entre el *Emile* de Rousseau y el libro *Leaves of Grass* de Walt Whitman. El artificioso amor á la naturaleza, que se refleja en el filósofo, es verdad íntima y profunda, sentimiento sincero en el gran poeta americano. No se trata de un convencionalismo abstracto, sino de un sentimiento vivo y actuando. La sencillez primitiva, el hombre libre de toda preocupación, viviendo plenamente la existencia, es una completa realidad en Walt Whitman. El poeta es el hombre. Y el hombre es el poeta.

Amén de este sentido atávico, que le representa como un sér de pretéritas edades primitivas, en comunión constante con la madre naturaleza, como lo estuvieran los primeros pobladores del mundo, los *Children of Adam*, el poeta no sólo canta, porque los comprende y los siente todos los progresos que á la hora presente ha conquistado el genio y la actividad humana, sino que tiene además una espléndida visión de la edad de lo «no realizado», los progresos de los futuros pueblos sobre la tierra.

Y no sólo canta los progresos espirituales, sino también los adelantos materiales. Comprende que en el mundo moderno ha surgido otra belleza, anteriormente desconocida, y que de sus entrañas ha surgido una poesía completamente nueva. Comprende el vértigo, y exalta la emoción de la máquina. Comprende el tráfico en su intensidad y en su expresión, que hace circular la vida, como la sangre en las venas crea y ordena la vitalidad humana.

Y en este sentido, Walt Whitman es un innovador. Después ha aparecido, siguiendo esa huella, aunque con inspira-

ción propia, Verhaeren, el gran poeta belga de las *Villes Tentaculaires*; orientación que, lamentablemente, ha encontrado eco también en las extravagancias del poeta *futurista* Marinetti. El autor de *Les forces tumultueuses* sí ha seguido el rastro inmortal del maestro. Verhaeren ha cantado también las muchedumbres inquietas, activas, enfebrecidas, que gesticulan en el «Music-hall», que grita en las Bolsas, que se mueve con ronco rumor en los grandes bazares, en campos, fábricas y talleres.

Y en estos versos lapidarios parece que toma voz la humanidad entera:

*O race humaine aux astres d'or nouée,  
as-tu senti de quel travail formidable et batant,  
soudainement, depuis cent ans,  
ta force immense est secouée?*

Walt Whitman es un producto espontáneo de su época, la concreción espiritual de la civilización contemporánea. Verbo de la democracia y cantor de los hombres de acción, su lugar de nacimiento tenía que estar en los Estados Unidos, donde un pueblo nuevo despertábase con un espíritu también nuevo. Es una coincidencia significativa que nazcan al mismo tiempo, y en el propio solar nacional, Emerson y Walt Whitman. El uno es filósofo y el otro poeta. Lo que el uno razona, el otro lo exalta. Hay entre ellos paridad de ideas. Se complementan y se funden. Y, ¡cosa rara!, á pesar de esta coincidencia, nada los ha puesto en contacto. Ambos se han desconocido mutuamente. Ya habían señalado cada cual su personalidad y exteriorizado sus ideas, cuando se conocen. Walt Whitman reconoce la grandeza mental del filósofo de Concord; Emerson saluda la magnificencia genial del poeta de Brooklyn. «El uno sale de las esferas del espíritu; el otro, de la vida vívida.» La procedencia marca la diferencia. No tienen más punto de contacto que el ambiente intelectual en que recogen sus ideas. Y el uno escribe sus *Essays*, henchidos de un sentido filosófico

innovador, y el otro escribe sus *Leaves of Grass*, donde se siente el hálito de una poesía nueva.

¿Qué expresó este poeta? ¿Qué ideas y qué sentimientos están contenidos en las páginas de ese libro de versos, formidable, trabajo de treinta y cinco años de labor, obra de toda una vida, el único que escribiera el hoy célebre bardo de Manhattan?

Exalta, ante todo, su personalidad. Canta su propio «Yo»:

«Yo me celebro y yo me canto;—y lo que yo me atribuyo, quiero que vosotros os lo atribuyáis;—porque cada átomo que me pertenece, pertenece también—á vosotros.»

Cuando su espíritu deja de observar introspectivamente, y sale á ver lo exterior, vuelve á encontrarse en todo. Y ve en la tierra su imagen:

«Tierra, imagen mía.—Aunque pareces tan impasible allá abajo en tu amplitud —y tu redondez—Sospecho ahora que eso no es todo;—Sospecho ahora que hay en ti algo de salvaje que es susceptible de estallar,—porque un atleta se ha enamorado de mí y yo de él;—pero en él hay algo de salvaje y en mí de terrible, susceptible de estallar.—No me atrevo á divulgar esto en palabras, ni siquiera en estos cantos.»

Este sentido materialista, esta convicción de la realidad, la acentúa más tarde en otras estrofas:

«Esta sombra, imagen mía que va y viene buscando su vida—charlando, titubeando;—Que de veces me quedo sorprendido viéndola escaparse;—Que de veces me pregunto, con dudas, si ella es realmente yo;—Pero cuando estoy entre mis amigos ó cuando trazo estos cantos;—¡Oh, nunca dudo que ella no sea realmente yo!»

Y aun concreta más:

«He visto un roble que crecía en Luisiana;—Alzabase enteramente solitario, y el musgo colgaba de sus ramas;—Crecía allá sin compañía alguna, desplegando alegres hojas de un verde oscuro;—Y su aire de rudeza, de inflexibilidad, de vigor, me ha hecho pensar en mí mismo;—Pero, yo me he pregunta-

do cómo podía desplegar alegres hojas, solitario como se hallaba, sin tener junto á él su amigo, porque sabía que yo no podía.»

En esa imagen está reflejada la complexión espiritual del poeta. Es un amante de la Naturaleza, pero es también un apasionado de los hombres. No puede ser un solitario. La contemplación y el contacto con la madre tierra, su imagen, lo fortifican; pero necesita el contacto humano, la comunión íntima con las multitudes. Su oído se complace en los rumores de la Naturaleza, la música del agua, el s6n del viento; pero su esp6ritu, alerta, siempre en escucha, necesita oír otras voces, las que vienen del tumulto de la vida, la que expresa las angustias, las alegrías, los anhelos infinitos de la gloriosa estirpe humana.

«Yo oigo los aires de bravura de los pájaros, el rumor del trigo que crece, el murmurio de las llamas, el ruido de los tizones que cuecen mi comida;—Yo oigo el sonido que yo adoro, el sonido de la voz humana;—Yo oigo todos los sonidos que ruedan juntos, combinados, fundidos 6 sucesivos;—Rumores de la ciudad y de fuera de la ciudad, rumores del día y de la noche;—Los niños que charlan con los que los aman, el reír clamoroso de los obreros al comer;—El tono grave y colérico de la amistad rota, la voz débil de los enfermos;—El juez, las manos agarradas á su pupitre, pronunciando con sus labios lívidos una condena á muerte;—El *ho-ho-hisque* de los estibadores descargando sobre el muelle los navíos, la canción de los que levan anclas.»

Con un pensamiento abierto al viento de todas las ideas y con un corazón que siente todas las emociones, necesariamente tenía que darse en Walt Whitman, por la amplitud y por la universalidad de sus motivos de inspiración, un gran poeta que llevase la voz de su raza y de su siglo, y acaso y sin acaso de todas las edades y de todos los pueblos. Nada, ni en la Naturaleza tan variada ni en el mundo de los esp6ritus tan complejo, deja de tener un eco de simpatía y una profunda reper-

cusión en el alma inquisitiva y, á la vez, enormemente sensible de Walt Whitman.

Así exclama:

«Yo soy el poeta del cuerpo y yo soy el poeta del alma;— Los placeres del cielo van conmigo igual que las torturas del infierno;— Los primeros yo los injerto en mí y me los apropio; los segundos yo los traduzco en un lenguaje nuevo.

—

Yo soy el poeta de la mujer lo mismo que del hombre;— Y digo que es tan excelso ser mujer como ser hombre;— Y yo digo que no hay nada más grande que la madre de los hombres.

—

«Yo canto la canción de la expansión y del orgullo;— Nosotros hemos bajado demasiado la frente y demasiado implorado;— Yo demuestro que la grandeza no es más que desenvolvimiento.

—

.....  
 Sonríe, ¡oh tierra voluptuosa, al hálito fresco!

¡Tierra de los árboles adormecidos y vaporosos!— ¡Tierra del sol ya ido;— ¡Tierra de montañas con la cúspide perdida entre las brumas!

.....  
 Sonríe, porque tu amante está cerca.

Pródiga, tú me has dado tu amor, y por eso yo te doy mi amor!— ¡Oh, amor indecible y apasionado!»

Y más adelante dice:

«¡Tu mar! También me abandono á ti,— adivino lo que me quieres decir,— miro desde la playa tus dedos curvados que me invitan,— pienso que rehusas de retornar sin haberme tocado;— Es necesario que demos una vuelta juntos, me desnudo, llévame en seguida y que pierda de vista la tierra;— recíbeme sobre tus cojines muelles, duérmeme con el cuneo de tus ondas, —salpícame de líquido amoroso, yo puedo corresponderte.

.....

Mar de la sal de la vida y de las tumbas que ninguna pala ha explorado, sin embargo, siempre prontas,—que grita y rompe las tempestades, mar caprichosa y deleitable;—Yo soy consustancial contigo, yo soy también el sér de una sola fase y de todas las fases.

Yo tengo también flujo y reflujo, yo exalto el odio y el amor,—yo exalto los amigos y aquellos que duermen el uno en brazos del otro.»

En la adoración del cuerpo humano pone Walt Whitman todo el cálido entusiasmo de un clásico. Para él, la figura del hombre, con sus líneas esculturales, con su musculatura recia, con su torso fornido, constituye la belleza extrema. En este punto hay en el poeta de *Leaves of Grass*, resabios del espíritu primitivo, todo el hálito inmortal del paganismo. Aun amando la desnudez, en su majestad soberana, en su simplicidad solemne, sin prejuicios ni morbosidades, se mantiene casto, en castidad ponderada y bellamente artística.

«El del hombre es perfecto, y el de la mujer es perfecto», dice refiriéndose al cuerpo humano.

De cualquier modo que lo contemple, en cualquier actitud que lo sorprenda, siempre encuentra líneas admirables, una plástica escultural prodigiosa. El nadador que hiende las aguas, los remeros en la barca, el muchacho escardando el maizal, el cochero que guía un trineo, encantan á este adorador de la forma, heleno superviviente de edades pretéritas, último pagano.

«Sí; todo esto yo lo adoro,—yo me ensancho, yo paso libremente, yo reposo sobre el seno de la madre con el niño,—yo nado con los nadadores, yo lucho con los luchadores, yo marchó en fila con los bomberos, y como ellos yo me detengo, yo escucho, yo calculo.» *creato*

Y ahora, la forma femenina:

«Una aureola divina la circunda de la cabeza á los pies.—Ella atrae con una furiosa atracción irresistible.—Yo me

siento aspirado por ese hálito como si yo no fuese más que un impotente vapor, todo desaparece, salvo ella y yo.

.....

La mujer encierra todas las cualidades y las combina,—ella está en su sitio y se mueve con un equilibrio perfecto,—ella es todas las cosas veladas como es necesario, ella es á la vez pasiva y activa,—ella está hecha para concebir hijas lo mismo que hijos, é hijos lo mismo que hijas.»

Llevado de ese entusiasmo, tiene para el cuerpo humano, junto con la admiración más honda, el más reverente respeto. (1)

Así exclama:

«El cuerpo del hombre es sagrado y es sagrado el cuerpo de la mujer.—Poco importa á quien pertenezca—aun cuando sea del más plebeyo de este equipo de cargadores—ó el de uno de esos inmigrantes embrutecidos que acaban de desembarcar en el muelle,—cada uno es, de aquí ó no importa de donde, igual que el rico, lo mismo que vosotros;—cada uno ó cada una tiene su sitio en el cortejo.»

Luego, aguijado por el instinto de la vida, de la perpetua renovación, describe los dos tipos perfectos de la especie humana:

*Without shame the man I like knows and avows the deliciousness of his  
Without shame the woman I like knows and avows hers. [sex,  
Now I will dismiss myself from impassive women,  
I will go stay with her who waits for me, and with those women that are  
[warm-blooded and sufficient for me;  
I see that they understand me, and do not deny me;  
I see that they are worthy of me—I will be the robust husband of these  
They are not one jot less than I am, [women  
They are tanned in the face by shining suns and blowing winds,  
Their flesh has the old divine suppleness and strength,  
They know how to swim, row, ride, wrestle, shoot, run, strike, retreat,  
[advance, resist, defend themselves,  
They are ultimate in their own right—they are calm, clear, well-possessed  
I draw you close to me, you women! [of themselves.  
I cannot let you go, I would do you good.*



*I am for you, and you are for me, not only for our own sake, but for  
Envelop'd in you sleep greater heroes and bards, [others'sake;  
They refuse to awake at the touch of any man but me.*

Después de cantar al individuo, Walt Whitman, elevando el espíritu, extendiéndolo como si quisiera abarcarlo todo, canta la colectividad.

El hombre es admirable, pero la estirpe humana es el compendio de todas las grandezas.

La atracción individual de los seres fundirá el universal amor colectivo.

«Sí; yo haré el continente indisoluble,—yo formaré la más espléndida raza sobre la cual haya brillado el sol;—yo formaré divinas tierras magníficas,—con el cariño de los camaradas,—con el cariño para toda la vida de los camaradas.

—

Yo plantaré el compañerismo tan junto como los árboles á lo largo de todos los ríos de América y de las orillas de los grandes lagos, y sobre la superficie entera de las praderas.—Yo haré inseparables las ciudades, los brazos de la una echados al cuello de la otra,—por el cariño de los camaradas—por el viril cariño de los camaradas.

—

Para ti éstos poemas que han salido de mí, ¡oh, Democracia!, ¡para servirte, mujer mía!—Sí; es por ti por quien yo entono estos cantos.»

En ese mundo nuevo, creado sobre la fraternidad humana, piensa y sueña el poeta.

Es el gran ideal de todos los pensadores y el gran sueño de todos los poetas. Todos los espíritus, verdaderamente excelsos, han suspirado por hacer una gran familia de toda la inmensa familia humana. Los redentores dieron por ese ideal su sangre, otros le consagraron toda su acción, y otros sus amores y pensamientos.

¿Cómo, pues, esa vieja voz, que va corriendo por el mundo

durante tantos siglos, no había de tener una profunda repercusión en los cantos de este poeta nuevo? ¿No sigue siendo ese ideal, hasta ahora inasequible, el ideal de los pueblos actuales y de las futuras generaciones?

¡La confraternidad! Ella opera los grandes milagros, funde las razas, borra las nacionalidades, pretende hacer de todos los pueblos un solo pueblo.

«Cuando leo el relato de la gloria conquistada por los héroes, y de las victorias de los más famosos generales, no envidio los generales,—ni el Presidente en su palacio presidencial, ni el ricacho en su espléndida residencia;—pero, cuando me hablan del fraternal afecto de ciertos amigos, lo que fueron el uno para el otro;—cómo á través de la vida, á través de los peligros, del odio, él se ha mantenido invariable durante años y años;—cómo, á través de la juventud, á través de la madurez y la ancianidad, permanecieron ellos, sin desfallecimientos, afectuosos y fieles,—entonces me pongo pensativo.—Me alejo aprisa, lleno el corazón de la más amarga envidia.»

Como su sentimiento es hondo, su visión es amplia. Para él no hay razas; no hay más que humanidad. Para él no hay naciones, sino el mundo. Las clases sociales no existen, ni pobres ni ricos, ni infelices ó desdichados. El bien y el mal los desconoce; el crimen y la virtud los ignora. Solo siente la vida que palpita, y solo comprende toda la humanidad que vive. Oye los clamores de los australianos persiguiendo el caballo salvaje, la vieja canción de los bateleros italianos, los psalmos que lee el hebreo, la voz del indio que enseña á sus alumnos, «los amores, las guerras, los preceptos sacados de poetas que han escrito hace tres mil años y transmitidos íntegramente hasta nosotros». Ve la tierra, y, en ella, minúsculos cortijos, aldeas, ruinas, cementerios, prisiones, fábricas, palacios, cuevas, tiendas de nómadas; ve las cumbres del Himalaya, el desierto de Arabia, las aguas del golfo de Guinea, los navíos que surcan todos los ríos y cruzan todos los mares. Se siente ciudadano de todas las ciudades y de todos los países, lo mis-

mo de París que de Melbourne, igual de Constantinopla que de Irkoutsk en la Siberia. Ve los parias adscritos á la gleba, los presos en las cárceles; ciegos, cretinos, jorobados, locos; ve piratas, ladrones, asesinos, negreros, niños abandonados, barbarie y civilización. Cada uno de estos seres posee sus derechos de hombre ó de mujer sobre la tierra; cada uno debe participar de la tierra.

A todos, desde lo alto de una roca<sup>(1)</sup>, el poeta grita:

«¡Salud al mundo!»

Y luego añade:

«Hacia vosotros todos, en nombre de América,—levanto alto y perpendicularmente mi brazo; yo hago la señal,—que debe, después de muerto yo, quedar para siempre visible desde todas las casas y los retiros de los hombres.»

Esa visión amplísima pocos espíritus la han tenido con un generoso y ardiente cosmopolitismo. Esa es la razón por que á Walt Whitman se le ha considerado como el poeta del porvenir. Sabía remontarse á las alturas, como el condor americano, para no ver de cerca la pequeñez del lugar y la minúscula miseria de los hombres, y sólo contemplar, con serenidad de alma superior, la extensión inmensa de la tierra y el rumor de vida de una humanidad que cumple sus destinos. Y de su corazón sale un acento largo, acaso rudo, pero en el fondo cálido y sensitivo, que baja á anunciar al mundo el próximo advenimiento de la ley del amor y el reinado por que se ha venido suspirando tantos siglos, á pesar de la sangre derramada que enrojece la tierra y acaso la fecunda y hace florecer, el reinado de la paz y de la confraternidad entre todos los hombres.

ANGEL GUERRA

# LAS CORTES DE LA REVOLUCIÓN

---

## CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

---

La Milicia Nacional.—La oratoria del Marqués de Albaida.—La candidatura del General Espartero.—La personalidad de Cánovas del Castillo.

En los primeros momentos de la revolución se había armado el pueblo de Madrid y el de todas las poblaciones de España, formando, á usanza de la antigua *Milicia Nacional*, un cuerpo que se titulaba *Voluntarios de la Libertad*. Como en el proyecto de Constitución no se consignaba referencia alguna á este instituto armado, el diputado Orense, aprovechando la discusión del art. 28 del citado proyecto, donde se consignaba á todo español la obligación de defender á la patria con las armas cuando fuera llamado por la ley, pidió al Gobierno el establecimiento de la Milicia Nacional, haciendo la historia de ésta en la política española, y considerándola como la defensa y garantía de la libertad.

Contestándole Romero Girón, dijo:

«S. S. ha llevado las cosas hasta el último extremo; hasta el extremo de legitimar, no la propia defensa, sino la defensa contra cualquier ataque, venga de donde viniere, con lo que ha venido á proclamar nada menos que la negación del Estado; y como quería que cada cual pudiese defender su derecho,

venía también á parar á la negación de la administración de justicia. *Yo quiero que las armas las puedan tener todos los ciudadanos para que puedan defender y sostener su derecho contra los demás ciudadanos*, decía S. S. Pues entonces borre S. S. la administración de justicia, destruya el Código, y desde el momento que cada ciudadano haga la defensa de sus derechos, volveremos á aquellos tiempos en que sólo imperaba la fuerza y una guerra continua individual.»

El Gobierno tenía miedo, y con razón, á la Milicia Nacional. Acosado por Paul y Angulo y por Figueras, que la defendían, Ruiz Zorrilla, progresista recalcitrante, tomó la palabra y se declaró contrario á aquella institución.

Entre otras cosas, dijo:

«Cuando yo no podía pensar en ser ministro, cuando tenía alguna consideración y algún prestigio, inmerecido siempre, en el antiguo partido progresista, he sostenido que la Milicia Nacional, salvo en el caso de guerra civil, de guerra extranjera ó de circunstancias extraordinarias, era uno de los inconvenientes más graves que podía haber tenido un partido político cualquiera, y que ese inconveniente era mucho más grave y mucho más trascendental cuando ese partido se empeñaba en proclamarlo como una institución permanente. La fuerza puede ser la negación de la libertad, llámese Ejército ó Milicia Nacional; y quizá, por lo mismo, no ha habido ninguna Junta de provincias ni de Madrid, ni ningún hombre público, después de la Revolución de Septiembre, que se haya atrevido á proclamar, ni haya proclamado como principio la organización de la Milicia Nacional.

»Pero no es esto solo. Cuando el partido progresista consideraba la Milicia como la salvación de sus libertades, como el principio *sine qua non* de lo que él había de hacer en definitiva; cuando nadie se había atrevido á combatirla después de excomulgados por *El Clamor Público* los hombres que en 1848 consideraban la Milicia como una calamidad, yo he tenido el disgusto, ó el placer, no voy á decir aquí lo que ha sido, de

decir, desde esos bancos (*los de la oposición*), que la Milicia Nacional había sido la complicación del partido progresista. Y esto lo dije el año 59, contestando, por incidencia, pero increpado, ó, por mejor decir, atacado por el Sr. Cánovas del Castillo; y lo dije con toda la franqueza y resolución que me caracterizan; porque yo creo que el deber de los hombres públicos no es halagar las pasiones, sino arrostrar la impopularidad cuando se cree que de ésta puede resultar un bien para el país.»

Más adelante añadió:

«Esta es una de las situaciones y de las circunstancias en que yo creo que el pueblo armado, llámese *Milicia Nacional*, llámese *Voluntarios de la Libertad*, puede prestar grandes servicios á la patria, á la libertad y al orden público; pero también debo decir, con toda sinceridad, que yo quisiera que en su organización, que en sus aspiraciones, que en su modo de ser, que en su modo de comprender lo que es el pueblo armado individual y colectivamente, comprendiera que son los defensores de la revolución, que son los defensores de la libertad, y que tanto más prestigio, y que tanta más consideración, y que tanta más valía tendrán á los ojos de la opinión, cuanto más civiles, cuanto menos militares se muestren. Y si yo pudiera conseguir que la Milicia Nacional, que los Voluntarios de la Libertad, en vez de cuidarse mucho de uniformarse, pensarán principalmente en tener el fusil bien arreglado, el mayor número posible de cartuchos en casa, examinar de qué gente se compone la compañía, y el batallón, y la brigada; y sin necesidad de organización militar, agruparse, reunirse, contarse y estar dispuestos en circunstancias críticas, que es en las que puede necesitarse la Milicia Nacional, á defender la libertad, á luchar contra la reacción, á evitar el que ésta venga, me alegraría mucho más.

»Más cálculo y menos táctica; más reflexión y más estudio de lo que les ha pasado hasta hoy, para que les sirva de enseñanza en el porvenir: en una palabra, señores diputados, que

la Milicia Nacional no se cuide de la forma y sí del fondo; que los ciudadanos que tienen que vivir de su trabajo, que tienen que vivir del comercio, que tienen que vivir de la industria, que tienen que vivir de la agricultura, que cuiden de esto con la debida preferencia para que no se diga que combatir, por un lado, el militarismo y la fuerza pública, y estar deseando, por otro, ser todos militares, es una cosa completamente contradictoria.»

En estas palabras quedan perfectamente delineados los vicios y defectos de la Milicia Nacional de aquella época, y nosotros, que la hemos conocido (hasta formando parte de un tercer batallón de artillería sin cañones, que no llegó á formarse), podemos confirmar la razón que á Ruiz Zorrilla le asistía para hablar de esta manera. Después de todo, no pudo emplear mejores frases para mostrarse contrario á la Milicia Nacional.

\*  
\* \*

Combatiendo el art. 33 del proyecto de Constitución, en que se establecía la Monarquía como forma de gobierno, don José María Orense, Marqués de Albaida, de quien ya hemos hablado dando cuenta de su oratoria especial, propuso, como es lógico suponer, dadas sus ideas, la forma republicana, presentando á la consideración de las Cortes argumentos que no dejan de tener interés.

«Para muchos no está claro el cómo entendemos los diputados de la minoría la República federal. Además de los ejemplos que nos dan otros países, tenemos en España, señores, las Provincias Vascongadas, que son una verdadera República. No había, pues, más que imitar lo que en aquellas provincias se practica; suprimir el rey, como una planta parásita é innecesaria, y todo el mundo comprendería en España el sistema de la República federal.

»Pero hay todavía una cosa más sencilla, y es el estudiar el cómo en todas las provincias que he tenido el honor de vi-

sitar, la han entendido. El Gobierno federal es el gobierno de las provincias por las provincias. Cuando el Sr. Castelar, explicando lo que era la República federal, decía *que era como si los Gobernadores civiles fueran nombrados en cada provincia por sufragio universal, en cuyo caso, naturalmente, ese nombramiento recaería en un habitante de la respectiva provincia*, esa idea era perfectamente recibida.

»En las Provincias Vascongadas, el sistema electoral y otra porción de cosas, desde muy antiguo, encierran el sistema liberal, que es el sistema de la independencia de la Corona; y ese sistema, señores, está reducido á que vengan á las Juntas de Guernica cada dos años los representantes de todas las jurisdicciones. Generalmente, se nombra en ellas un Alcalde y un comisionado, y éstos acuerdan allí lo que tienen por conveniente; de manera que aquellas Juntas constituyen el poder legislativo del país, y después las Diputaciones forales son las encargadas de llevar á efecto los acuerdos de las Juntas. Este sencillo sistema ha dado tan buenos resultados, que cuando nosotros estábamos sin caminos reales, las Provincias Vascongadas estaban ya hartas de tenerlos.»

«Los mismos diputados de la derecha están convencidos de que, fuera de los intereses de partido, lo más conveniente para el país es la República. El Sr. Echegaray pronunció (1), días pasados, un brillante discurso, que fué natural y justamente aplaudido por estos bancos y por esos: en realidad, no se sabe quiénes aplaudieron con más entusiasmo. Pues traducid en hechos lo que significa el discurso del Sr. Echegaray, y veréis que lo que aplaudíais era la República.»

«Una de las ventajas que tiene el poder actual, y que tuvo también el Gobierno de 1854 á 1856, fué la de encontrarse con una oposición que carecía de ambiciones. Pero, á pesar de esta

(1) El día 5 de Mayo. Hemos dado cuenta de su discurso.



gran ventaja, aquel Gobierno no pudo llevar adelante su sistema, porque sus hombres no se atrevieron á prescindir del amor que profesaban á los antiguos abusos. Yo entonces me preguntaba: ¿qué más quieren los señores que se han encargado del mando, teniendo á su disposición todos los destinos, puesto que pueden nombrar, de entre sus amigos, desde los guardas rurales y los carabineros, hasta los ministros, y cuando además, con el apoyo del centro parlamentario, pueden dar todas las leyes que juzguen convenientes? De manera, que lo que les incomodaba verdaderamente era el que nosotros fuésemos la conciencia que les acusaba. Nosotros, en efecto, pronosticábamos á los progresistas lo que les iba á suceder, y desgraciadamente acertamos.

»Pues bien; la situación de España, en estos siete meses de verdadera República, es exactamente igual á la del bienio del 54 al 56: una y otra se parecen como un huevo á otro huevo. Las mismas protestas, la misma ceguedad en punto á creer que, restablecida en sus derechos Isabel II, olvidaría sus malas mañas de los once años. Pues si entonces os equivocasteis respecto á esa mujer que sabía español, ¿cómo os vais á entender con un *gringo* que no sepa hablar castellano?»

«Se dice que el pueblo español no está preparado para la República. El día en que se celebró la gran manifestación republicana, encarecimos á todos los que asistieron que no dieran viva alguno, porque tras de los *vivas* era fácil pasar á los *mueras*. Pues bien; cuando la manifestación pasaba por la Puerta del Sol, salió el General Milans del Bosch á la puerta del ministerio de la Gobernación, y gritó: ¡*Viva el pueblo rey!* (1). Y aquellas masas se quedaron indecisas mirándole, sin saber qué decir, en obediencia á las instrucciones que llevaban, hasta que les dijimos: *No hay regla sin excepción; puesto que ha ocurrido una cosa con que no se contaba, no hay incon-*

(1) Este grito era corriente en aquellos días.

*veniente en que aplaudan ustedes.* Y entonces fué cuando aplaudieron, contestando á aquel viva que tanto había halagado nuestra aspiración.»

Para conocimiento de este hecho, hay que tener presente que Milans del Bosch era muy impresionable, y el pueblo de aquella época muy dócil. Hoy han variado las cosas.

«La sabiduría del pueblo está en sus refranes. Examinemos todos, y se verá que no hay un refrán que indique amor al rey por parte del pueblo. Hay un refrán que dice: *Con el rey y la Inquisición, chitón*; es decir, que no se podía hablar del rey ni de la Inquisición, porque se les tenía miedo. Dígame la Cámara si esto era tener amor al rey. Mi amigo el Sr. Garrido me indica otro refrán que yo he oído muchas veces: *de rey, río y religión, librenos el Señor*; lo cual quiere decir que de la calamidad del rey, de tener tierras al lado de los ríos, y de la religión personificada en los conventos de frailes... librenos el Señor.»

«No es decir con esto que la República sea el sánalotodo, que se han de cortar todos los males sociales, porque eso tampoco lo puede hacer la libertad. La libertad tiene muchos inconvenientes; ¡qué no tiene inconvenientes en la vida!

«En las Cortes se llega á saber todo lo que interesa al país, al paso que en la corte (*de un monarca*) se ignoran cuáles son las verdaderas necesidades del pueblo. Pues esto sucederá con el nuevo rey, porque lo mismo ha sucedido con Luis Felipe (*en Francia*); entonces los hombres más despavilados en política se quedaban con la boca abierta, y no sabían el origen y las causas que impulsaban al pueblo á la corriente revolucionaria. Ahora mismo no sabe el país la razón que hubo para dar el mando, para dar el poder al General Serrano y á sus compañeros de Gabinete, en Octubre último. Quién ha dicho que aquello fué un golpe de Estado; quién, que fué resultado de un

plan político; en fin, cada cual se lo explica á su modo; pero la verdad es que, hasta ahora, es un secreto que la Historia nos revelará algún día.»

Y aún no lo ha revelado. La observación de Orense es muy curiosa, porque Serrano, por su antiguo amor á la monarquía de Doña Isabel II, era el menos indicado para ponerse al frente del primer Gobierno de la Nación.

\*  
\* \*

Fernando Garrido, Castelar, Pierrad y Eduardo Chao presentaron una enmienda al art. 32 del proyecto de Constitución, pidiendo que la persona ó personas que ejercieran el poder supremo de la Nación, deberían ser españoles, hijos de padres españoles ó nacidos en España.

Garrido, después de ratificar su profesión de fe republicana, recomendó para el trono de España la candidatura del General Espartero. Causó extrañeza á todos este acto realizado por algunos republicanos tan caracterizados como el autor de la enmienda y los firmantes que le acompañaban, y ellos lo explicaron manifestando que lo hacían por patriotismo. «Ya que no puede votarse aquí ahora la República—decía Garrido (1),—puesto que la mayoría va á establecer la Monarquía, por el momento, yo no puedo pensar en regalar un rey; solamente que pienso que es mucho más patriótico que si algún tiempo ha de haber rey, lo sea un español, como, por ejemplo, el General Espartero, que no tiene hijos, que ya no está en edad de tenerlos (*Risas*), que podrá mandar en este período de transición desde el período actual al establecimiento de la República.

»Ruego, pues, á los liberales de esta Asamblea, y á aquellos á quienes no agrada la candidatura del Duque de Montpensier, que es la verdadera candidatura extranjera que hay, que vo-

---

(1) 14 Mayo.

ten esta enmienda, por la cual todo extranjero queda excluido de la Corona de España, por la cual todos los españoles no han de estar mandados más que por un español.»

Le contestó D. Manuel Silvela con evasivas y sutilezas, declarando una vez más que el Gobierno, ni él personalmente, no tenían candidato para ocupar el trono, y que parecía más liberal no exigir condición alguna al futuro monarca. La enmienda fué desechada, porque entorpecían el plan de los montpensieristas, y quizá el de Prim, aunque, como veremos más adelante, no tenía candidato decidido.

\*  
\* \*

Combatiendo la Monarquía, exclamaba Gil Berges (1): «El Sr. Cánovas del Castillo, hábil historiador y más hábil pensador todavía, al ver cómo surge, después de una gran revolución, la institución monárquica, sin saberlo, sin quererlo quizá, se comunicaba con esta institución (2), con esa nueva Monarquía, conferenciaba con ella por medio de ese magnetismo misterioso y secreto de los acontecimientos, y decía en su interior: No importa que el nuevo rey deba su trono á la soberanía nacional. No importa que le hayan traído los unionistas, los progresistas y los demócratas; no importa nada de eso; lo que importa es que haya un rey; porque si le hay, por una tendencia fatal, ineludible, por una ley necesaria de la institución, el rey no podrá menos de recordar que en la Asamblea constituyente se ha echado un memorial conservador, que es como si dijéramos un memorial reaccionario, y no podrá menos, también, de llamar á sus autores para que le ayuden en su obra de reconstrucción, en su obra de reacción.

»En España, conservador es sinónimo de reaccionario, y así habéis visto que los partidos conservadores, entre nosotros,

(1) 17 Mayo.

(2) En un discurso que había pronunciado defendiendo la Monarquía.

han pasado toda su vida borrando de una plumada la obra de los breves, de los fugaces períodos revolucionarios.

»Ejemplo de que en lo futuro se reproducirá eso, es el mismo Sr. Cánovas del Castillo. El Sr. Cánovas del Castillo debe su presencia en este sitio á una ley revolucionaria (1), y si el Sr. Cánovas del Castillo fuera fiel á sus ideas conservadoras, debía haber aceptado esa base, debía haber aceptado el principio generador de la ley que le trajo aquí. Ya visteis, sin embargo, cómo el Sr. Cánovas del Castillo combatió el sufragio universal; ya visteis cómo el Sr. Cánovas del Castillo combatió las menguadas instituciones democráticas que se han puesto en este proyecto constitucional. Y aún habréis observado otro fenómeno notable: El Sr. Cánovas del Castillo, que apareció como una individualidad, ha constituido ya un grupo, y aún me temo que varios de los que se sientan en esos bancos (2) simpaticen en secreto mucho, muchísimo, con el señor Cánovas.»

Bien patente queda declarada, con estas palabras, la importancia personal que ya entonces tenía D. Antonio Cánovas del Castillo.

#### El artículo 33.—Cuba otra vez.

En la discusión del art. 33 (3) tomaron parte todos los oradores notables de la Cámara (y había muchos); de suerte que resultó un debate interesantísimo, tanto ó más que el de la cuestión religiosa, pues unos y otros pudieron dar rienda suelta á sus pensamientos, sin consideración alguna que les cohibiese.

No podemos resistir la tentación de copiar algunos párrafos del discurso de Emilio Castelar (4):

---

(1) Aquí se figuraba Gil Berges la verdad de los hechos, porque Cánovas había sido diputado y ministro antes de la revolución.

(2) Los de la derecha, los de la mayoría.

(3) Donde se establecía la forma monárquica.

(4) 20 de Mayo.

«Tomad un gran fragmento de mármol de Paros; dadle á un boticario, y la otra mitad á un escultor; el boticario lo empleará para lo que más necesite, por ejemplo, para hacer un mortero en el cual pueda moler sus drogas; y el escultor cincelará la Venus de Milo. La materia es la misma; pero la forma, no. ¿Y os atreveréis á decir que porque la materia sea la misma, es igual el mortero del boticario á la Venus de Milo, en cuyos castos pechos se nutren los artistas en las inspiraciones del ideal y en los secretos de la forma?»

.....

«Yo creo que se renuevan periódicamente y con gran precipitación las moléculas; que nosotros no tenemos hoy el cuerpo que teníamos hace poco tiempo; que no llevamos el mismo cuerpo; que las moléculas van al laboratorio químico de la vida humana. ¡Quién sabe si en mi lengua habrá alguna molécula de rey, en mi lengua, que es el badajo de una campana que toca continuamente á rebato contra todos los reyes de la tierra!

»En la sangre de un perro existen muchos elementos de los que componen nuestra sangre; que un perro hace, como nosotros, la combustión de la sangre por medio del oxígeno, y exhala, como nosotros, el ácido carbónico. ¿En qué nos diferenciamos? En una cuestión de organismo. Y ya me parece escuchar al Sr. Moreno Nieto, que es uno de los más grandes espiritualistas y de los más ilustres filósofos que hay en esta Cámara: «¿De qué sirve todo lo que has dicho en toda tu vida? Tú, espiritualista como yo, ¿dices que una cuestión de forma separa al perro del hombre? Hoy te has ido de un salto á la escuela de los materialistas, á la escuela de los Sres. Suñer y Mata, escuelas que, francamente, cuando las oigo, me da gana de hacer lo que hacía Voltaire cuando leía un libro de Rousseau: echarse á andar á cuatro pies. Cuando oigo hablar sobre esta materia á los señores fisiólogo-materialistas, me da gana de ser perro.» (*Risas en todos los lados de la Cámara.*)

»Se me dirá que la diferencia que hay entre el perro y el

hombre consiste en la esencia, en el espíritu racional. Pero yo digo, señores diputados, yo no sé si, como dice Plotino, el espíritu se ha buscado la organización que tiene, y la ha hecho él en armonía con su procedimiento, ó, como quiere Hegel, el espíritu ha aparecido en el mundo cuando ha aparecido la forma humana; lo que sé es que sólo estos labios hablan, que sólo mi cerebro, esférico como la bóveda celeste, puede llevar el peso de esos grandes mundos que se llaman ideas. Pues bien; así como el espíritu tiene su forma propia, que es el organismo humano, la democracia tiene su forma propia, que es la República.»

.....

«La verdad es que las repúblicas atraen y que las monarquías repelen. Hay una monarquía federal, la de Austria. ¡Cuánto trabajo no le cuesta al Emperador tener en un haz la Hungría, la Bohemia, la Galitzia, el Trentino y los diferentes reinos que componen aquel monstruoso Imperio! ¡Qué diferencia de lo que sucede en Suíza! El cantón del Tesino pertenece á Italia, y no quiere ser italiano; el de Neufchatel pertenece á Alemania, y no quiere ser alemán; los cantones de Vaud y Ginebra pertenecen á Francia, hablan francés, pero Francia es esclava, y ellos no quieren ser franceses. *Ubi libertas ibi patria.*»

.....

«Otra declaración importante tengo que hacer. Yo, cuando la necesidad de mi argumento me lleva á combatir á la ex-reina Isabel, siento un inmenso dolor en el alma; yo, señores, lo respeto todo; pero lo que más respeto en el mundo es la santidad del infortunio, aunque ese infortunio haya sido merecido.»

Censuró la idea de la *Regencia*, manifestando que él votaría al General Serrano para Presidente de la República; pero que no le votaría para Regente, pues la regencia de Serrano, aun reconociendo las excelentes cualidades personales de éste, vendría á ser la regencia de la *unión liberal*.

«Yo no sé nada de esto de la regencia—añadió:—yo hablo

en el supuesto; yo creo que las Cortes no se la ofrecerán al General Serrano; yo creo que si las Cortes se la ofrecen al General Serrano, la renunciará. ¿Por qué? Porque no puede el General Serrano encontrarse en una posición ridícula. ¡Regente sin rey! ¿Qué significa esto? Negad la realidad; negad la democracia; negad la República, que os oxida. Estáis oxidados por la República, y en vez de nombrarle Presidente de República, le llamáis Regente. De suerte que el General Serrano es un Regente que está esperando la mayor edad de la forma republicana.» (*Risas y aplausos. Serrano aplaudió también.*)

«Esta solución de la regencia tiene todos los inconvenientes de la Monarquía y de la República. Tiene los inconvenientes de la Monarquía, porque crea un gran poder supremo, el cual distribuye los honores, los Ministerios, y lo hace todo. Tiene los inconvenientes de la República, porque otros Generales van á desear, y este es el gran argumento que nos oponéis... van á desear ser regentes, como el General Serrano. Yo me llamo el General Prim, por ejemplo; yo me llamo, por ejemplo... ¡Los Capitanes generales todos son reaccionarios!...»

Aprovechando la risa que la frase produjo, y comprendiendo que se metía en un terreno resbaladizo, hizo una pausa, y viró en redondo para abandonar un punto que consideraba peligroso.

.....  
«El Sr. Topete no sabe una cosa, y es que él no ha hecho la Revolución de Setiembre.

—» La ha hecho S. S.—dijo Topete interrumpiendo.

—» Mi señoría no la ha hecho tampoco—contestó Castelar,— como S. S. no hace los huracanes, ni los rayos, ni las tempestades, que las ha hecho Dios, el cual sabe de dónde salen y dónde van á caer. ¿Podréis hacer, haríais nunca una revolución artificial? ¿Podréis hacer, haríais nunca una tempestad artificial? Construid una máquina eléctrica, aunque tenga la extensión que hay desde Palacio á la Puerta de Alcalá, y ha-



ced un disco inmenso; ¿produciréis jamás el rayo que se forja en la atmósfera? El Sr. Topete, que es marino, que ha sentido á Dios en el mar, que tiene un alma religiosa como todas las almas que se crían en medio de la tempestad, que ha visto un abismo sobre su cabeza y otro abismo bajo sus pies, el abismo de lo infinito; el Sr. Topete, pues, sabe muy bien que no se dirigen el huracán y el rayo, y el día que, al frente de su escuadra, pronunció el grito de la revolución que le hace inmortal, que le ha colocado entre nuestros héroes, entre nuestros redentores, ese día el Sr. Topete lanzó el rayo contra todos los reyes, rayo que, tarde ó temprano, ha de fundir su corona de oro en todas las frentes.»

Este discurso, como todos los de Castelar, es modelo de sensatez y de cordura, aparte de su relevante mérito oratorio.

No estuvo tan afortunado Ayala defendiendo la Monarquía, ó, mejor dicho, atacando á los republicanos. Contó que cuando los Generales Serrano, Dulce, Zavala y otros fueron, hacía un año, arrestados y conducidos á Cádiz para desterrarlos á Canarias por liberales, los republicanos de aquella ciudad presenciaron impasibles el atropello.

«Llegó el momento del embarque—decía el ministro de Ultramar;—aún me parece que estoy viendo alejarse de los muros de Cádiz al vapor *Vulcano*, que era el encargado de conducirlos al destierro. Allí estaba la protesta de la libertad contra la reacción; allí estaba el pacto de los partidos liberales; allí estaba la esperanza y la libertad; y yo veía que todo esto se iba alejando, y parecía que el mar se lo tragaba, y me encontraba solo en la playa, solo y con el más profundo silencio. Pero no; no era tan grande este silencio; allá, allá á lo lejos, dentro de la ciudad, resonaban, á intervalos, frenéticos aplausos y grandes gritos; pero no hay que alarmarse, señores; eran gritos y aplausos con que manifestaba su regocijo en la Plaza de Toros la muchedumbre republicana.»

Este párrafo produjo una protesta por parte de la minoría

de aquel partido; Orense, Figueras y Paúl y Angulo gritaban desaforados, aumentando la confusión que se armó en el salón de sesiones; el Presidente no conseguía hacer oír su voz, y eso que Rivero tenía buenos pulmones. Restablecida aparentemente la calma, Ayala continuó su discurso diciendo:

«Pocos días antes de estos sucesos tuvo la autoridad militar, y es un detalle histórico muy importante, tuvo la autoridad militar de Cádiz que tomar algunas precauciones. El motivo, de puro pueril, se convierte en altamente significativo. Trabajaban en competencia dos toreros (1); los partidarios del uno y del otro se encontraban en tal estado de excitación, que todo el mundo temió un choque y encontró muy prudentes las precauciones que se habían tomado.

»Ni la presencia de los Generales, ni el momento de su embarque, ni la alianza, ya pública, de todos los partidos liberales, mediante la cual se encontraban, virtualmente, en el vapor *Vulcano*, lo mismo el Conde de Reus (2) que el Duque de la Torre; lo mismo los que iban á ser desterrados que los que ya gemían en el destierro, ninguna de estas circunstancias, con ser todas tan ocasionadas á mover la ira, movió á aquel pueblo, hoy republicano, á dar la más leve muestra de sentimiento. Y en efecto, no hubo necesidad de tomar ninguna precaución militar, absolutamente ninguna.»

Se reprodujo aquí la agitación entre la minoría republicana; pero quedó apaciguada con una leve indicación de Rivero.

Cuando terminó de hablar Ayala, en tal estado se encontraba la Cámara, que Serrano tuvo que levantarse á echar el jarro de agua fría, para lo que demostraba condiciones no comunes, y á fin de contentar á la minoría republicana, intercaló en su discurso el párrafo siguiente;

«Me encuentro embarazado al hablar, porque mi ardiente deseo es que se termine este desagradable incidente y que pro-

(1) Antonio Sánchez (*el Tato*) y Antonio Carmona (*el Gordito*), 25 de Julio de 1868.

(2) Prim.

cedamos á la votación. Creo que después de cuanto dejo manifestado, el levantarse y tomar la palabra para defender al partido republicano no es necesario: yo le defiendo en nombre del Gobierno; yo le defiendo, permitidme decirlo, en nombre de la mayoría.»

Excusado parece añadir que hubo aplausos prolongados en los escaños de toda la Asamblea.

Momentos después se procedió á la votación del art. 33, que fué aprobado por 214 señores que dijeron *sí*, contra 71 que dijeron *no*. Entre los primeros figuraban, como más conocidos: Llano y Persi, Serrano, Prim, Topete, Sagasta, Romero Ortiz, Lorenzana, Figuerola, Ruiz Zorrilla, Ayala, Posada Herrera, Gasset, Serrano Bedoya, López Domínguez, Madoz, Rojo Arias, Izquierdo, Milans del Bosch, D. Cirilo Alvarez, Olózaga, D. Augusto Ulloa, D. Manuel Silvela, Montero Ríos, Romero Robledo, Suárez Inclán, Moret, Balaguer, Vega de Armijo, Caballero de Rodas, Moreno Benítez, Núñez de Arce, Calderón Collantes, Abascal, Ortiz de Pinedo, Moreno Nieto, Elduayen, Alvarez Bugallal, Cánovas del Castillo, Alvareda, Ríos y Rosas, Echeagaray, Coronel y Ortiz, D. Gabriel Rodríguez, Becerra, Martos y Merelo.

Se levantó la sesión á las doce y media de la noche.

Epílogo.

El mal efecto que habían producido, bien á las claras, en varios lados de la Cámara, las manifestaciones de Ayala, le obligaron á presentar la dimisión, que, en vista de su insistencia, fué admitida (1).

Serrano hizo grandes elogios del ministro dimisionario. Contó la parte activa que Ayala había tomado en el alzamiento: que redactó el manifiesto de Cádiz; que en persona llevó una carta del mismo Serrano á Novaliches, General de las fuerzas isabelinas, situadas en la otra parte del puente de Alcolea, acto que pudo costarle la vida, pues las avanzadas no querían

---

(1) 21 Mayo.

reconocerle como parlamentario; y cumplida su misión, tomó parte voluntariamente en la batalla que lleva el nombre del puente citado, donde fué vencido el ejército de Isabel II.

Ayala dió sus excusas desde los bancos de la mayoría, y el Duque de la Torre se levantó de su asiento para ir á saludarle en unión de otros muchos diputados.

Se encargó interinamente del despacho del ministerio de Ultramar D. Juan Bautista Topete.

\* \* \*

El art. 107 del proyecto de Constitución decía:

«Las Cortes Constituyentes reformarán el sistema actual de gobierno de las provincias de Ultramar cuando hayan tomado asiento los diputados de Cuba ó Puerto Rico, para hacer extensivos á las mismas, con las modificaciones que se crean necesarias, los derechos consignados en la Constitución.»

Presentáronse enmiendas al artículo, y Castelar hizo, en defensa de una de éstas, importantes declaraciones.

«Nosotros hemos gobernado en los tiempos antiguos nuestras colonias, con arreglo á todos los principios de justicia que podían caber en un régimen tan injusto como era el régimen absoluto. Los virreyes españoles eran un modelo de prudencia: nuestras *leyes de Indias* son uno de los monumentos más grandes que en el régimen colonial pueda encontrarse. Nuestras *Salas de Indias* tenían, respecto de América, una política humanitaria.

»Los mayores y más grandes enemigos de la dominación española en América, reconocen que se sostenían aquellas colonias unidas con la madre patria, más bien por afecto que por la autoridad y por la fuerza. Así es que, desde Buenos Aires hasta Quito, en esa inmensa línea, no había más que 3.000 hombres para sostener la majestad de la nación española. Nosotros, que éramos tan implacables con la herejía, perdonábamos á los indios la herejía de la ignorancia, en medio

de la rígida unidad católica á que obedecía todo el imperio español.

»Viene el régimen constitucional en los tiempos de Doña Isabel II, y se sigue un sistema completamente opuesto al sistema antiguo. Llegan los diputados de las Antillas aquí, y no se les admite en las Cortes de 1837. Viene 1840, y no se aplica ningún principio liberal á aquellas apartadas regiones. Viene 1854, y nada se hace para impulsar la libertad en Cuba y Puerto Rico. Y cuando han llegado los últimos acontecimientos, destruída ya la dinastía, en 10 de Octubre hubo besamanos en Cuba. Ha habido, indudablemente, algún motivo ó pretexto para la rebelión que todos condenamos.

»Los hechos últimos han sido tristísimos. La *Unión liberal* había prometido á Cuba reformas liberales. El Sr. Posada Herrera lo había indicado desde uno de estos bancos en el discurso de oposición que pronunció contra el Gobierno del General Narváez. Entregóse el ministerio de Ultramar al Sr. Cánovas, y éste abrió una información; pero, por una de esas desgracias tan frecuentes en España, llegan aquí los comisionados de Puerto Rico, y presentan: unos, un gran plan económico; otros, un gran plan político; otros, un gran plan administrativo, y otros un gran plan social. Nada absolutamente se había olvidado de cuanto podía referirse al mejor régimen de las colonias. Los oyen, los atienden, los prometen tener en cuenta sus avisos y sus consejos; pero, apenas se van, se olvidan en aquella triste época de los últimos días de Isabel II, se olvidan, repito, todos sus consejos y todas sus advertencias, y no se hace más que imponerla una contribución.»

Moret contestó á Castelar que el Gobierno deseaba llevar á Cuba medidas de carácter liberal; pero que la insurrección impedía, por el momento, tomar una resolución favorable á este propósito.

«Ha habido una coincidencia—dijo Serrano—tan rara entre la Revolución de Setiembre y la insurrección de Cuba, coincidencia de fechas que induce fácilmente á confusión. La pri-

mera noticia que el Capitán general de Cuba recibió del alzamiento de Setiembre, fué el 9 de Octubre. El día siguiente era un día que conmemoraba la nación española en aquellos lejanos países (1), y creyó prudente callar el telegrama y festejar el día 10; el día 11 publicó el telegrama. Pues bien; el día 6 se había ya levantado Céspedes en el departamento oriental. Era de todo punto imposible, era absolutamente imposible que Céspedes supiera en el departamento oriental, con la gran dificultad que hay en aquel país, casi desierto, que supiese, repito, lo que pasaba en la Península en aquellos momentos; por consiguiente, la insurrección de Cuba, el alzamiento de Céspedes, no obedece á la revolución, como algunos han supuesto y sostienen; obedece á los motivos graves que, en efecto, pudieron nacer de la imposición inesperada de la contribución directa, que fué, con el mejor deseo, una de las cosas más imprudentes que se han llevado á un país lejano, por la metrópoli, y no preparado para ella.»

Todas estas declaraciones son muy curiosas, y sirven para puntualizar hechos de la historia; el lector no dirá que ha perdido el tiempo en leer estos pormenores.

Jura de la Constitución.—La Regencia de Serrano.—El Panteón nacional.—Un cuento de Sagasta.—Los Consumos y el Impuesto personal.

El domingo 6 de Junio, bajo un cielo azul y con un calor sofocante, se efectuó la promulgación de la Constitución.

Rivero, precedido de los maceros y seguido de los señores Secretarios y diputados, salió del salón de sesiones, y una vez todos en el pórtico que da á la Carrera de San Jerónimo, donde se había construído una extensa tribuna, en cuyo centro estaba colocada la mesa de la presidencia, tomó asiento el Presidente, á su lado los Secretarios, Llano y Persi, Sánchez Rúa-

(1) El cumpleaños de Isabel II.

no y Carratalá, y, en las sillas que les estaban destinadas, los diputados.

Las primeras sillas, á la derecha de la presidencia, fueron ocupadas por el Poder Ejecutivo, y las de la izquierda por la Comisión de Constitución.

En ambas alas de la tribuna tomaron asiento: el Cuerpo Diplomático, el Consejo de Estado, el Tribunal Supremo de Justicia, la Audiencia, las Corporaciones militares, científicas y literarias, la Diputación provincial, el Ayuntamiento de Madrid y las Comisiones y representantes de las Diputaciones, Ayuntamientos y Milicia ciudadana de toda la Península.

Llano y Persi se adelantó frente á la tribuna, y leyó en voz alta la mitad de la Constitución, leyendo Carratalá la otra mitad, después de lo cual dijo Rivero: «Como Presidente de las Cortes, declaro, en su nombre, solemnemente promulgada la Constitución de 1869.

Acto seguido pasaron los diputados al salón de sesiones, se tomó juramento al Ministerio, y quedó terminada la ceremonia á las tres en punto de la tarde.

El 13 de Junio juraron la Constitución, en manos del ministro de la Guerra, los Capitanes generales, los Tenientes generales y Mariscales de Campo, manifestándoles aquél, según referencias de un periódico, que, como era un acto de conciencia, les dejaba en completa libertad de verificarlo. Pierrad, que no había asistido al acto, preguntó (1) si eran ciertas las palabras atribuídas al ministro, á lo que contestó Prim:

«Es verdad que yo pronuncié esas palabras. Eso quiere decir, á mi entender, que yo no tengo autoridad para obligar á los militares que no quieran jurar la Constitución del Estado: no los puedo mandar procesar; pero estará en su derecho el Gobierno, por medio del ministro de la Guerra, en quitar los destinos á los militares que no quieran jurar la Constitución,

---

(1) 16 de Junio.

y después veré si hay lugar á borrar de la lista á los militares que no quieran jurar la Constitución.»

A. Prim no le dolían prendas.

La guarnición de Madrid y los cantones de Aranjuez, Alcalá, Leganés y Vicálvaro, que sumaban aproximadamente un total de 19.000 hombres, formados en los paseos del Botánico y de Atocha, juraron la Constitución á las cinco de la tarde del día 16 de Junio. El ministro de la Guerra se ponía frente á cada regimiento, los jefes de éstos colocaban sus espadas horizontalmente sobre el asta de la bandera ó estandarte, la fuerza presentaba las armas, y después de pronunciadas las palabras de rúbrica, juráis, etc., Prim daba un viva á la Constitución, con lo que se terminaba la ceremonia. Las tropas desfilaron por delante del ministro en la calle de Alcalá, situándose éste delante de la iglesia del Carmen.

\*  
\* \*

«Las Cortes Constituyentes nombran Regente del Reino, con el tratamiento de Alteza, al Presidente del Poder ejecutivo, D. Francisco Serrano y Domínguez, con todas las atribuciones que la Constitución concede á la Regencia, menos la de sancionar las leyes y suspender y disolver las Cortes Constituyentes.»

Este proyecto de ley se presentó á la Asamblea el 10 de Junio, y fué combatido tenazmente por la minoría republicana, no quedando el interesado bien airoso en la lucha, pues por ser una cuestión personal hubo de discutirse su historia con minuciosa escrupulosidad.

Castelar decía:

«En primer lugar, tiene para mí el General Serrano un grave inconveniente, que no va á ofender á ninguno de los militares: tiene el inconveniente de ser militar. La religión de la milicia, la inflexibilidad de la disciplina, el hábito y la vida de los campamentos y cuarteles, todo eso, que es tan grande, que es tan necesario, que es tan heroico, todo eso se convierte



en contra de ellos cuando quieren dirigir la máquina del Estado, y sobre todo esta máquina tan complicada y tan difícil de las instituciones parlamentarias y del sistema representativo.

»El aire de los campamentos no sirve, no puede servir, no ha servido nunca para la política. Y nosotros tenemos una prueba de ello en el mismo General Serrano. Siempre que aquí ha habido una gran batalla, siempre que aquí ha habido un gran conflicto, siempre que esto se ha asemejado á una gran lucha entre fuerzas beligerantes, el General Serrano se ha levantado y ha dicho una palabra, que es como la arenga que el General dirige á sus soldados en el campamento, que es como el modelo de la elocuencia militar. ¿Pero tiene S. S. esa misma facilidad, esa misma flexibilidad, tiene esos mismos elementos para las cuestiones políticas? En todas ellas ha ido conducido el General Serrano, desde que nos sentamos aquí, por una mayoría, ó por una Comisión directiva de la mayoría, que no conocemos, pero cuyo tacto político no se acredita ciertamente en las soluciones dadas aquí á todas las cuestiones políticas.

»¿Sabéis por qué he venido á decir todo esto? Pues no he venido á decirlo tanto por negar el carácter de hombre de Estado á los militares, como para explicar las inconsecuencias del General Serrano. ¿Las conocéis mayores que las que él ha cometido? Él trabajó con Espartero contra la Reina Cristina; después, en un paseo que dió á Barcelona, derribó á Espartero. Entró en el mes de Mayo en la coalición de 1843, y la abandonó en el mes de Noviembre. Sostuvo al Ministerio puritano algún tiempo, y le dejó caer en los abismos. Forzó con su febril mano al General O'Donnell para que firmara el programa de Manzanares en que se estableció la Milicia Nacional, y más tarde apoyó el golpe de Estado que disolvía la Milicia definitivamente. Con un gesto, con un ademán imperioso, salvó la dinastía de Isabel II el 22 de Junio (1) en la Montaña del Prín-

---

(1) De 1866.

cipe Pío, y con otro gesto, con otro ademán, derribó la dinastía de Isabel II, el 28 de Setiembre, en el Puente de Alcolea. ¿No teméis de entregar la suerte del país al General Serrano?»

Algo voluble resultaba efectivamente el General Serrano, y parece que en lo de dejarse influir por la opinión ajena, no iba descaminado Emilio Castelar. Cuéntase que, cierta vez, quejándose un diputado de la inconsecuencia de Serrano en un asunto político, decía: este hombre es del primero que llega. Del primero, no; del último, le contestó Prim al oído.

El proyecto se aprobó, votándose el 16 de Junio, y Serrano juró el cargo en sesión extraordinaria el día 18, con toda solemnidad, leyendo un discurso de gracias muy cortito: el Presidente (1) pronunció cuatro frases alusivas al acto, los dos personajes se dieron un abrazo y así terminó la ceremonia.

Prim fué encargado de formar Ministerio, y lo compuso con las personas siguientes: D. Manuel Silvela, Estado; don Cristóbal Martín de Herrera, Gracia y Justicia; D. Laureano Figuerola, Hacienda; D. Práxedes Mateo Sagasta, Gobernación; D. Manuel Ruiz Zorrilla, Fomento, y D. Juan Bautista Topete, Marina, quedándose el Marqués de los Castillejos con la cartera de Guerra.

\*  
\* \*

Con fecha 6 de Noviembre de 1837, acordaron las Cortes formar un Panteón nacional de hombres célebres, y en 1.º de Junio de 1869 se determinó realizar este proyecto para solemnizar la proclamación de la Constitución votada en la fecha indicada de 1.º de Junio.

Según manifestación de Ruiz Zorrilla, el Panteón «no se iba á destinar á héroes de circunstancias, á celebridades contemporáneas ensalzadas por la pasión política, sino á guardar los restos del Cid, Guzmán el Bueno y Gonzalo de Córdoba,

---

(2) Rivero.

los héroes de la reconquista; de Lanuza, el mártir de la tiranía de Felipe II; de Mariana, Cisneros, Quevedo, Arias Montano, Nebrija, Jovellanos, el Conde de Aranda y Campomanes, los hombres de ciencia y de paz; de Alonso Cano, Juan de Juanes, Herrera y Rodríguez, los grandes genios artísticos; de Garcilaso, Ercilla, Calderón, Tirso, Moreto y Meléndez Valdés, ornamento de las letras españolas; de Jorge Juan, Graviña y Churruca, orgullo de nuestra Marina (1).»

Ruiz Zorrilla desplegó extraordinaria actividad para reunir los restos de Villanueva, Ventura Rodríguez, Conde de Aranda, Marqués de la Ensenada, Calderón de la Barca, Quevedo, Lanuza, Ercilla, Ambrosio de Morales, Garcilaso de la Vega, el médico Lagunas, Gonzalo de Córdoba y Juan de Mena, todos con el beneplácito de las Cortes y el de las familias, Corporaciones ó localidades donde á la sazón descansaban.

La ceremonia se verificó el 20 de Junio, saliendo de Atocha la comitiva, entre la que iba el Gobierno y el Regente, á las cinco de la tarde, y siguiendo por el Prado, calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle y Plaza Mayor, y por la de Toledo á San Francisco, adonde llegó ya casi de noche. En la Plaza Mayor, sobre un tablado construído al efecto, un coro de 200 voces de ambos sexos, acompañado por la música de Ingenieros militares, cantó un himno, dirigido por Arrieta, música de este maestro compositor y letra de Eusebio Blasco.

Andando los años se desistió del proyecto, y las cenizas de aquellos hombres ilustres fueron reintegradas á los panteones de su procedencia.

\*  
\* \*

Habiendo dicho el Sr. Serraclara, diputado republicano, que el Gobierno tenía miedo á la libertad, Sagasta, ministro

---

(1) Cuando estaba hablando Ruiz Zorrilla sobre este asunto, se sintió indispuerto el General D. Enrique O'Donnell, de tanta gravedad, que no fué posible trasladarle á su domicilio, conduciéndole á uno de los salones de la Presidencia, donde falleció á las nueve y cuarto de la noche.

de la Gobernación, le contestó, entre otras cosas, con el cuento siguiente (1):

«Dos ingleses, trabajadores en un camino de hierro, cuyas obras se encontraban cerca de un gran río, eran tan famosos nadadores, y tenían tal afición al agua, que apenas pasaba día en que no dedicaran una gran parte de las horas de descanso al ejercicio de la natación. Eran estos dos ingleses un poco dados á la bebida, y un domingo se entregaron á esa costumbre más de lo regular; pero á pesar de su no buen estado, el hábito les impulsó al sitio del río donde solían hacer sus proezas, y llegados á la orilla, el que mejor nadaba, el que en todas las apuestas había llevado la palma de la victoria, se quedó pensativo, y le dijo á su compañero: «Hoy no me baño yo.» El otro, que había tenido la desgracia de perder todas las apuestas que con su compañero hiciera, se burló de esta declaración, y le contestó muy satisfecho: «Hoy no te bañas tú, porque tienes miedo al agua.» A lo cual replicó el primero: «Yo no tengo miedo al agua; á lo que tengo miedo es al vino.» Nosotros no tenemos miedo á la libertad; tenemos miedo á la licencia y á la anarquía.»

\* \* \*

Sabido está que uno de los gritos de la Revolución de Setiembre de 1868 fué el de «abajo los Consumos», y quedaron, por lo tanto, abolidos *por la tácita*, desde esa fecha, pues ni el público se cuidó de pagar los derechos de entrada que las especies devengaban, ni los encargados de la recaudación se atrevieron á ejercer sus funciones. Verificada de hecho la supresión de los Consumos por la misma fuerza impulsiva de la Revolución, el Poder ejecutivo se vió en el duro trance de autorizar aquella determinación por un Decreto que expidió en 13 de Octubre siguiente; y siguiendo por este camino, en el que no había medio de retroceder, el ministro de Hacienda,

(1) 25 Junio.

D. Laureano Figuerola, buscó el medio de compensar con un ingreso la baja que la supresión de los Consumos causaba en el presupuesto de la nación.

Orense pedía (1) que se suprimiese la mencionada contribución sin imponer al país otro gravamen, petición extraña en un hombre que conocía ya de muchos años la Administración pública, y que estaba enterado por las sesiones de Cortes de la verdadera situación del presupuesto. Este arrojaba en aquellos días un déficit de 525 millones de reales, que con los 320 que representaba la falta del ingreso por Consumos, ascendía á 845 millones. Cantidad suficiente para causar la desesperación de cualquier ministro de Hacienda.

Figuerola, apremiado por la necesidad de sustituir con otra la contribución de Consumos, inventó un *impuesto personal* que fué mal recibido por las gentes, y la Comisión respectiva, al dar dictamen sobre el presupuesto de ingresos para 1869-1870, lo modificó notablemente, estableciéndolo bajo las siguientes bases, que no son mejores:

1.<sup>a</sup> Se establece en sustitución de la contribución de Consumos un impuesto de repartimiento personal, que pagarán, sin excepción de clase ni fuero, todos los individuos de ambos sexos mayores de catorce años, con la sola excepción de los pobres de solemnidad y presos y penados sostenidos de fondos públicos.

2.<sup>a</sup> El cupo para el Tesoro, que fije la ley anual de presupuestos, se repartirá entre todos los contribuyentes en proporción del haber de cada uno, con un recargo de 6 por 100 por gastos de recaudación y partidas fallidas.

3.<sup>a</sup> El Gobierno, teniendo en cuenta los datos de la Administración, señalará á cada provincia el cupo que ha de satisfacer. Las Diputaciones provinciales, de acuerdo con la Administración, harán la distribución entre los pueblos de la res-

---

(1) 26 de Junio.

pectiva provincia, y las Juntas repartidoras que se nombren al efecto fijarán las cuotas individuales.

4.<sup>a</sup> Para fijar estas cuotas se tendrá en cuenta el haber que declare disfrutar cada individuo, después de deducidas las cantidades con que tribute por cualquier otra contribución directa. La ocultación da lugar á responsabilidad criminal y administrativa.

5.<sup>a</sup> La Administración tiene derecho á investigar la exactitud de las declaraciones, comprobándolas con las rentas, sueldos, pensiones, salarios y jornales de los contribuyentes, y cuando se careciese de un signo cualquiera positivo de riqueza, se fijará el haber por la Junta de repartimiento en la forma que se determine por instrucción.

6.<sup>a</sup> La unidad para fijar la cuota es un día de haber por cada individuo contribuyente.

7.<sup>a</sup> Las cuotas de los contribuyentes se formarán con los días de haber que sean necesarios para cubrir el cupo fijado á cada Municipio.

8.<sup>a</sup> En la cuota que con relación al haber diario pague el cabeza de familia, se comprende la participación que corresponde tener en el impuesto la mujer y los hijos mayores de catorce años.

Cuando la mujer ó los hijos mayores de catorce años disfruten algún haber independiente del que tenga el cabeza de familia, se imputarán á éste, salvo los casos en que los interesados opten por satisfacer directamente la cuota que les corresponda.

9.<sup>a</sup> A las clases cuyos haberes son eventuales, se les computará como haber diario para tributar la mitad del que ordinariamente ganan como jornal, salario, etc.

10.<sup>a</sup> La cobranza de este impuesto se hará en los plazos y con las formalidades establecidas para la recaudación de las demás contribuciones directas.

11.<sup>a</sup> Se autoriza al Gobierno para resolver las dudas que ocurran en el planteamiento y desarrollo de este impuesto.

La sola enunciación del proyecto puede dar idea bastante aproximada de su carácter y del estado de opinión que produciría en los que habían creído que la suprimida contribución de Consumos no se iba á reemplazar con otra, teniendo el público en general un concepto del presupuesto de gastos aún más equivocado que el Marqués de Albaida; así es que se levantó una marejada contra el pobre Figuerola, blanco de todas las iras, que no se pudo atenuar con el sinnúmero de artículos officiosos publicados por la prensa ministerial en defensa del proyecto.

En las Cortes, también los diputados republicanos la tomaron contra el *impuesto personal*, sacando á luz todos sus defectos y las dificultades que su cobranza iba á ocasionar; pero sin dar una solución práctica, pues el déficit de los 320 millones que producía la supresión de los Consumos había que subsanarlo de alguna manera.

Y lo malo fué que todos tenían razón; el *impuesto personal* casi resultaba peor que los Consumos.

El caso es que, como no había otro remedio, la mayoría aprobó el proyecto (1) y se convirtió en ley. Sin embargo, el *impuesto personal* no llegó á cobrarse, y tuvimos que volver á los asendereados Consumos.

La prisión del Conde de Cheste.—Los motivos de una crisis.

D. Cruz Ochoa explanó (2) una interpelación al Gobierno sobre la detención y procesamiento del Capitán general don Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, dirigiendo con tal motivo fuertes recriminaciones al ministro de la Guerra. Prim contestó: que el citado General conspiraba contra la situación y á favor de restaurar en el trono á D.<sup>a</sup> Isabel II; que se le mandó pasar de cuartel á Canarias; que no habiéndolo queri-

(1) 26 de Junio.

(2) 2 de Julio.

do cumplir, se le destituyó, sin perjuicio de juzgar su falta de obediencia cuando fuese habido. Al efecto, el Brigadier de la Guardia civil, Sr. Merelo, detuvo en la estación del Norte, de Madrid, al Conde de Cheste, que, hallándose en Francia, con autorización del ministro de la Guerra, había regresado á esta corte sin el competente permiso; y de esta población fué llevado á Cádiz, donde iba á ser juzgado por un Consejo de guerra.

Sagasta manifestó que el Gobierno tenía plena convicción de que conspiraba el Conde de Cheste, entre otras pruebas, por unos papeles que cierto General alfonsino perdió al abandonar una residencia, que no quiso nombrar, en los cuales papeles constaba toda la trama de la conspiración.

El debate producido por la interpelación de D. Cruz Ochoa hubo de suspenderse por haber pasado las horas de reglamento; pero días después, el 9 de Julio, el diputado carlista leyó, con el fin de que figurara en el *Diario de las Sesiones*, la siguiente carta que el Conde había dirigido á Sagasta:

«Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta.—Cádiz, 5 de Julio de 1869.—Muy señor mío: Entre los varios equivocados juicios y acusaciones contra mí y mis amigos que ha hecho usted en la sesión del 2 del corriente, con motivo de la interpelación del Sr. Ochoa, acerca de mi prisión, hay un cargo tan grave, que no puedo menos de dirigirme á usted para rebatirle enérgicamente. Ha dicho usted que yo pedí á S. M. el Emperador del vecino Imperio el auxilio de la Francia en favor de la restauración de Isabel II, para llevar á España la guerra, y que el Sr. Emperador lo negó, dándome una lección de españolismo.

»Pues bien, Sr. Sagasta; no hay nada de verdad en semejante relato. En la única conversación que yo he tenido, durante mi ausencia última de España, con S. M. el Emperador, no he tratado otro asunto sino del de la conveniencia ó desventaja para la España, y para la dinastía de Isabel II, de la abdicación de esta augusta señora en la persona del Príncipe



de Asturias.» Y terminaba diciendo que esperaba de la probidad del ministro una satisfacción tan pública como el agravio que se le había inferido.

«Quedo de usted atento servidor que besa su mano, *El Conde de Cheste.*»

Después de leer esta despedida, añadió Ochoa:

«Tomando los señores taquígrafos lo que he tenido la honra de leer, según las prescripciones del Sr. Presidente, quedo completamente satisfecho.»

«Es verdad—dijo Sagasta,—que el Sr. Conde de Cheste me ha dirigido una carta con fecha 5 del corriente. No la he contestado todavía porque mis ocupaciones no me lo han permitido; pero debo hacer una observación al Sr. Ochoa y á todos los señores diputados. Si la carta del Sr. Conde de Cheste ha de insertarse en el *Diario de las Sesiones*, á cuyo efecto, y tomando pretexto de eso, ha leído S. S. un párrafo de la misma, yo desearía dar desde aquí la contestación que no he dado todavía. Para eso, hágame S. S. el favor de darme la carta, cuyo contenido no recuerdo; yo la contestaré en el acto, y me ahorraré el trabajo que tendría que tomarme después.»

Pausa. Ochoa envió á Sagasta la carta por medio de un ujier; el ministro la leyó brevemente, y después de devolverla á su destino, continuó diciendo:

«No es este el procedimiento normal, no es esto lo que se acostumbra á hacer; pero tampoco me parece que es procedimiento normal el que quiere seguir el Sr. Ochoa, y el que las Cortes, por complacencia á S. S., han adoptado, que consiste en hacer que cartas que se cambian particularmente vengan al *Diario de las Sesiones*; pero puesto que la carta que particularmente me ha dirigido el Sr. Conde de Cheste ha venido aquí y va á insertarse en el *Diario de las Sesiones*, justo es que mi contestación siga también este mismo camino extraordinario, y allá va tal y como se me ocurre en este momento, sin perjuicio de que del *Diario de las Sesiones* saque yo luego la copia manuscrita para dirigírsela al interesado, porque no

quiero faltarle, como no falto á nadie, á las consideraciones sociales. Voy, pues, á contestar al Sr. Conde de Cheste, y en la forma en que se contestan las cartas.

«Excmo. Sr. Conde de Cheste.—Muy señor mío: Parte usted de una equivocación en la carta que desde Cádiz se ha servido usted dirigirme con fecha 5 del corriente. Yo no dije en el Congreso, al contestar á la interpelación del Sr. Ochoa, que usted haya solicitado de S. M. el Emperador de los franceses el *auxilio de la Francia* para restaurar en el trono de España á Doña Isabel de Borbón, sino que usted y sus compañeros habían pretendido (y ahora añadiré que siguen pretendiendo), para sus trabajos de restauración, *el apoyo del Emperador*, lo cual no es lo mismo que *el apoyo de Francia*, como usted sabe muy bien.

.....

»Y añadí, además, entonces, que S. M. el Emperador les había á ustedes negado, no *el auxilio de la Francia*, porque eso ni ustedes ni nadie se atrevería á pedirlo, ni el Emperador á concederlo, cuando España ni ha hecho ni piensa hacer daño alguno á Francia, sino que les había negado el apoyo que le pedían para poder venir aquí, con sus aspiraciones de restauración, á encender la guerra civil, dándoles en esto una lección de españolismo.

»Y como tengo la íntima convicción de que lo que dije es verdad, no pienso que al decirla infería agravio ninguno á usted, ni mucho menos me creo en la necesidad de dar explicación alguna de las palabras que en cumplimiento de mi deber tuve por conveniente pronunciar, juzgando la conducta, no del hombre privado, sino del hombre político que conspiraba en el extranjero contra el Gobierno establecido en su país.»

En otros párrafos ratificó su afirmación de que el Conde de Cheste conspiraba, y echándole en cara haber faltado desde las alturas del mando á todas las consideraciones políticas y sociales, dictó el final corriente en este género de cartas de cumplido:

«Queda de usted atento s. s., q. b. s. m., *Práxedes Mateo Sagasta*.—Madrid, 9 de Julio de 1869.

Luego añadió: «Así quedan cumplidas las prescripciones sociales que se usan entre caballeros, á pesar de que yo dudo mucho de que si el Sr. Conde de Cheste ocupara mi puesto de ministro de la Gobernación, y yo ocupara el suyo, ni yo le escribiría cartas, ni él me las hubiera contestado.» (*Risas.*)

\* \* \*

El 13 de Julio, día aciago, presentaron la dimisión de sus cargos D. Cristóbal Martín de Herrera y D. Laureano Figuerola, ministros, respectivamente, de Gracia y Justicia y Hacienda, nombrándose para estas vacantes, con la misma fecha, á D. Manuel Ruiz Zorrilla y D. Constantino de Ardanaz. La cartera de Fomento, que hasta entonces la había tenido Ruiz Zorrilla, se confirió á D. José Echegaray, y la de Ultramar, servida interinamente por Topete, desde la renuncia de Ayala, pasó á manos de D. Manuel Becerra. Así se dió entrada en el Ministerio al elemento *democrático*, representado por Becerra y Echegaray, para calmar el descontento que entre los hombres de esta agrupación existía, por no tener dentro del Gobierno una voz que hiciera conocer sus tendencias políticas, orientando en este sentido el criterio de las disposiciones que emanaban del poder.

Con motivo de un decreto de Martín de Herrera, ministro saliente de Gracia y Justicia, hubo de ponerse de manifiesto la escisión que existía entre los individuos de la mayoría parlamentaria, compuesta de tres procedencias: los *unionistas*, rayanos del antiguo partido moderado; los *demócratas*, partido nuevo, con vistas á la República si se terciaba le ocasión, y los *progresistas*, que representaban el elemento liberal templado, transigente, contemporizador y hasta cándido en determinados casos. Capitaneada por Martos la hueste democrática en aquella ocasión, dió la señal de alarma, y aquel elocuente

é intencionado orador amenazó con abandonar á la mayoría si se preterían las aspiraciones que su fracción representaba en el Parlamento. Prim quiso contentarle, y dió entrada en el Ministerio á Echegaray y á Becerra, pero reservando la cartera de Hacienda á D. Constantino Ardanaz, procedente de la *Unión liberal*, hombre refractario á los temperamentos radicales en materias económicas.

Prim, contestando á una pregunta de Sánchez Ruano sobre la modificación ministerial, dijo que ésta obedecía á la necesidad de dar entrada en el Gobierno á las tres procedencias que formaban la mayoría; que no había cambiado la política de aquél, y que el nuevo ministro de Hacienda estaba animado de los mismos deseos que el anterior, respecto á cumplir con todos los compromisos que la Nación tenía.<sup>o</sup>

Sánchez Ruano no se dió por convencido con las manifestaciones de Prim, y éste, malhumorado, dijo: «Yo siento mucho que las explicaciones que he dado no hayan podido complacer al Sr. Sánchez Ruano; y lo siento tanto más, cuanto que no le puedo dar otras. S. S. podía ya conocer al Presidente del Consejo de Ministros, y, conociéndole, debía saber que es inútil que se le ponga el anzuelo: ni dice, ni dirá más que lo que discreta y prudentemente debe decir, con tanto mayor motivo, cuanto que las razones que ha dado para explicar la modificación del Ministerio, de seguro que son las bastantes para la gran mayoría de los señores diputados.»

Figueras dijo á Prim que le faltaba corazón para romper con la *Unión liberal*, que le tenía encadenado como las serpientes á Laocoonte.

Castelar contó un caso muy gracioso. Parece que Prim, al reformar el Ministerio, había ofrecido la cartera de Gracia y Justicia, primero, á D. Cirilo Alvarez, que no la aceptó, y luego, á D. Cristino Martos, que también declinó el honor; pero conviene saber que aquél había combatido los derechos individuales cuando se discutieron en el Congreso, y éste los había defendido, de modo que representaban tendencias opuestas, y,

por lo tanto, decía el orador, sacando una consecuencia: *esta es una política de personas.*

A Cánovas le tiraron de la lengua, obligándole á hacer una declaración importante para sus biógrafos: «No teniendo el deber de contribuir desde el primer instante, ni todavía desde ahora, á un orden de cosas que ni he creado, ni me ha sido dado dirigir en el sentido que hubiera podido yo creer útil á mi patria; completamente independiente, pues, y sin compromisos de ningún género, *no por eso me niego, por mi parte, á las transacciones.* Yo podré transigir con lo conocido y lo concreto; yo transigiré con la Monarquía cuando la haya, pero con una verdadera Monarquía, *aunque no esté fundada en mis antiguos principios.*»

Esto era tanto como ponerse al habla con la Revolución.

En resumen, este debate no tuvo otra finalidad que hacer resaltar lo heterogéneo que era el espíritu que animaba la política de las diferentes fracciones de que estaba formado el Gobierno.

Hacia un calor bochornoso, y no contando con fuerzas, ni físicas, ni morales, para seguir las discusiones, se suspendieron éstas, de común acuerdo, hasta 1.º de Octubre.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

# PARNASO INTERNACIONAL

---

## DESPUÉS

*(De Augusto Vacquerie)*

Mi madre—¡madre mía!—  
Tenía junto al mío su aposento;  
Al abrir sus cristales, yo la oía  
Cada mañana, y al rumor atento,  
—«¿Has dormido bien, madre?»—le decía.  
—«¿Y tú?» me contestaba.—¡Qué ventura!  
No era el júbilo aquél júbilo vano:  
Padecí suerte dura;  
A mi padre perdí, perdí á mi hermano,  
A los dos niños, ángeles del cielo,  
Y á tantos otros... y con duda fiera  
Temí que ella muy pronto los siguiera,  
Dejándome en el mundo sin consuelo.  
Y cuando la escuchaba,  
Creía que feliz la recobraba.  
    Cuando á casa, algún día,  
Después de media noche yo volvía,  
Y durmiendo ella estaba, caminando  
Con paso lento y blando,  
Cerraba suavemente la vidriera,

Y me acostaba al punto silencioso:  
Quería que durmiera  
Sin que nada turbara su reposo.  
¡Hoy puedo pisar fuerte,  
Sin miedo á que despierte!  
En el lecho en que al cabo se ha dormido,  
No la despertará ningún ruido.

En la eterna morada,  
La que mía ha de ser, ya está marcada  
Junto á la sepultura bendecida  
Donde enterramos con amargo lloro  
A la madre querida,  
Que, viva, amaba, y que, difunta, adoro.  
Quiero que sean en su forma hermanos  
Los sepulcros que exige nuestra muerte;  
Pienso que, de esa suerte,  
Estaremos los dos aun más cercanos.

Así, al perder la cotidiana lumbre,  
No sufriré sorpresa ni tormento;  
Todo será volver á la costumbre  
De tener junto al suyo mi aposento.

TEODORO LLORENTE

## RECUERDOS

---

Mala era la situación del partido zorrillista en Palacio, y pocas sus simpatías en los círculos palatinos.

Ya hemos visto en el artículo anterior cuál era el estado de ánimo de la Reina.

Hay que confesar y reconocer que el partido democrático de entonces no le inspiraba á la noble dama, ni gran confianza, ni grandes simpatías. Luego veremos las simpatías y las confianzas que logró inspirar en el ánimo de D. Amadeo.

Como se dice vulgarmente, y como dije al principio, mal andábamos en Palacio.

No quiero decir, que en Palacio se conspirase contra el Ministerio, aunque no es imposible que se conspirara.

Lo que sí afirmo es que en aquellas conspiraciones ó conjuras, si las hubo, no entraban el Rey ni la Reina, á cuya lealtad hay que pagar este tributo.

Y esta afirmación mía bien se comprobó con los hechos.

Pero en el espíritu de D. Amadeo, los acontecimientos políticos, la guerra civil, el alejamiento de la nobleza, la actitud fría y un tanto sospechosa del partido conservador, el mismo sosiego de los republicanos y varios incidentes de que luego daré cuenta, fueron predisponiendo la voluntad de D. Amadeo, hasta precipitarle en la resolución extrema de la abdicación.

\*  
\*  
\*



Uno de los acontecimientos á que antes me refiero, fué el atentado contra el Rey, ó, mejor dicho, contra el Rey y la Reina, en la calle del Arenal.

Ocurrió en uno de los meses de verano del año 1872.

Todo lo que voy á referir, en gran parte, lo supe por Martos, y otra parte la presencié yo mismo.

Y ocurrió lo siguiente:

Se presentó una tarde, en casa de Martos, Topete, el propio D. Juan Topete, manifestando que deseaba hablarle con gran sigilo, y le dijo lo que Martos me repitió, y Martos tenía buena memoria, y yo voy á repetir, advirtiéndole que para estas cosas mi memoria fué y sigue siendo buena.

Olvido fechas, olvido nombres, pero jamás olvido sucesos.

Tengo, si vale la palabra, memoria de autor dramático.

Buena memoria para sucesos y hasta para el diálogo.

Diálogo y sucesos quedan grabados en la masa cerebral de mi cerebro como en plancha fotográfica.

Pues D. Juan Topete habló en estos términos:

«Amigo D. Cristino, la política nos separa; soy enemigo irreconciliable de ustedes; creo que ustedes nos llevan á un abismo; pero hay cosas en que un hombre de honor, y sobre todo, un hombre honrado, debe prescindir de la política y de sus pasiones políticas.

»Yo no vengo al hablar con usted, á prestar un servicio al Gobierno de Zorrilla, vengo á evitar un crimen, y acaso á salvar la vida del Rey, descubriéndole á usted el atentado que se prepara.

»Pero, ante todo, va usted á darme su palabra de honor, de que no ha de revelar usted á nadie que yo he sido la persona que le ha dado el aviso.»

Martos, sorprendido é interesado, dió su palabra de honor de guardar el secreto respecto al nombre de D. Juan Topete.

Y éste siguió diciendo:

«Es preciso que eviten ustedes, á todo trance, que esta noche vaya el Rey á los jardinillos.

E. M.—Junio 1911.

»Yo sé, por una casualidad, pero sé positivamente, que si esta noche sale de Palacio D. Amadeo, acaso pierda la vida; por lo menos correrá grave peligro.

»Y es lo que tenía que decir á usted, y mi conciencia queda tranquila.

»Pero no pierdan ustedes un momento.»

Y con esto, se despidió Topete de D. Cristino Martos.

El cual, sin perder un momento, se fué á ver á Zorrilla.

Zorrilla iba á sentarse á la mesa; pero Martos le dijo que quería hablarle con urgencia extraordinaria.

Y rápidamente le repitió lo que D. Juan Topete le había dicho, aunque sin decir de quién tenía la noticia; pero repitiendo que se trataba de persona digna y honrada, de gran seriedad y alta posición, y que, en su concepto, sin perder un instante, debía ir á Palacio, prevenir al Rey, é impedir que fuera aquella noche, según costumbre, á pasear en los jardinillos, porque, en su concepto, el asunto era serio, de extraordinaria gravedad y de responsabilidad inmensa para el Gobierno si algo ocurría.

Y en efecto, Zorrilla se fué en seguida á Palacio.

¿Le acompañó Martos? Esto no lo recuerdo, pero creo que no fué, por lo que luego he de referir.

Llegó Zorrilla á Palacio, y para un asunto de extraordinaria urgencia pidió hablar con D. Amadeo, relatando, palabra por palabra, cuanto Martos le había referido, y sin ocultar el nombre de Martos, porque no había para qué.

D. Amadeo no tomó en serio el aviso; según Zorrilla nos contaba, se rió mucho; manifestó que, en su concepto, habían sorprendido el celo y la buena fe de Martos, y que no daba la menor importancia á la noticia.

—Señor—insistió diciendo Zorrilla,—viene de buen origen, de persona muy seria y muy adicta á Vuestra Majestad, y no es para desdeñar ni la persona ni la noticia.

—Si yo diera importancia—replicó el Rey—á todas las noticias, avisos y anónimos que recibo, crea usted que no me movería de Palacio.

Ya me han asesinado una docena de veces, y todavía no me han asesinado.

Yo no puedo estar á merced de esas amenazas anónimas, porque sería ponerme constantemente en ridículo.

—Pero, Señor...

—Dipense usted, pero esta noche iré, como siempre, á los jardinillos. Yo le agradezco á usted su buena voluntad y su celo, pero yo no retrocedo, ni ante peligros reales, ni ante peligros imaginarios.

Es cosa resuelta, esta noche iré á los jardinillos.

Tal fué la entrevista de Zorrilla con el Rey. Claro es que yo no la presencié ni oí á los personajes; pero recuerdo perfectamente lo que Zorrilla nos contó, y en sustancia es lo que yo acabo de contar á mis lectores.

Claro es que Zorrilla y Martos tomaron inmediatamente todas las precauciones posibles: avisaron al Gobernador, que era D. Pedro Mata, encargándole que en toda la noche no se separase del Rey; sembraron de policía toda la carrera, desde Palacio á los jardinillos, y cuajaron éstos de agentes, oficiales y secretos, porque es claro que los jardinillos, con la afluencia de gente, con sus bosquetecillos y espesuras, eran muy á propósito para cualquier atentado.

Hicieron, en suma, cuanto humanamente puede hacerse.

Y el Rey salió de Palacio, y á los jardinillos se fué, y en ellos estuvo paseando con la Reina toda la noche, y tranquilamente regresó á Palacio.

Pero, en la calle del Arenal, según Topete había anunciado, se consumó el atentado contra los Reyes, del cual, por fortuna, salieron ilesos, mostrando el Rey y la Reina gran serenidad.

Ni presencié yo el atentado, ni he de repetir pormenores que fueron públicos. Diré, sin embargo, que tan á punto estaba la policía, que pudieron dar muerte en el acto á uno de los conjurados.

\* \* \*

Y vamos ahora á la escena que yo presencié.

Me avisaron, no sé si en los mismos jardinillos ó en mi casa, de lo que acababa de ocurrir, é inmediatamente fui á Palacio.

En uno de los salones estaban el Rey y la Reina, los ayudantes y alta servidumbre, algunos ministros y algunos hombres políticos.

La etiqueta palaciega estaba, por decirlo así, en suspenso; todos en pie, formando una especie de círculo, y hablando unos con otros, con animación é interés.

A poco de llegar yo entró Martos, saludó á los Reyes, y vino á formar parte del círculo, en el pequeño grupo que formábamos los ministros.

El Rey estaba animadísimo, sonriente y hablando como nunca le había oído hablar, ni en cantidad de palabras ni en facilidad de expresión.

Como persona que hace una vida de monotonía y de fastidio, y á quien un suceso interesante anima y despierta.

En voz alta, y de un extremo á otro de aquel círculo que todos formábamos, dirigió la palabra á Martos, diciéndole:

—¡Era cierto! ¡Era cierto! No le engañaron á usted. La verdad, yo no le di importancia, pero confieso que me equivocaba.

—Señor, yo le di importancia desde el primer momento.

Y el Rey, con mucha expresión, le dirigió esta pregunta, á quemarropa, adelantando algunos pasos:

—¿Y quién ha sido el que le dió á usted el aviso?

La situación de Martos era difícil, mas para Martos no había situaciones difíciles.

Con el aplomo, la seriedad y la gravedad consiguientes, le contestó:

—Señor, la persona que me dió el aviso á que Vuestra Majestad se refiere, me exigió palabra de honor de que no revelara su nombre. Pero, sin embargo, yo estoy seguro que...

Y pronunció lentamente estas palabras, para dar tiempo á D. Amadeo de interrumpirle.

—¡Ah! Dispense usted—dijo D. Amadeo;—ignoraba esta circunstancia. No hablemos más del asunto; la intención era buena, y sin conocer á esa persona, yo se lo agradezco.

En aquel momento entró Topete, y se dirigió á saludar á los Reyes, que le recibieron, como de costumbre, con grandes muestras de afecto.

Topete quedó al lado del Rey, y pasados algunos instantes, viendo á Martos enfrente, le dijo en voz alta, de un extremo á otro del círculo, porque ya he dicho que la etiqueta estuvo en suspenso aquella noche.

—Ya ve usted, Martos, que no le engañaba.

Así es la humanidad y así era D. Juan Topete: muy bueno, muy leal, pero obedeciendo en cada momento á las impresiones dominantes. Quería guardar el incógnito, pero no podía resistir á la tentación de aquel triunfo palaciego.

Entonces Martos le preguntó en voz alta:

—Eso es distinto. Según parece, usted no tiene inconveniente en que se sepa lo que yo, cumpliendo mi palabra, he reservado hasta aquí, á pesar de que la pregunta de Su Majestad y altos deberes me impulsaban á declararlo.

Y Topete contestó:

—Ningún inconveniente; ya no hay motivo para que yo guarde el incógnito.

—Está bien—dijo Martos; y agregó dirigiéndose al Rey:—Ya puedo, sin faltar á mi palabra, contestar á la pregunta que Vuestra Majestad se dignó dirigirme hace un instante. La persona que me dió esta tarde el aviso del complot, fué el señor de Topete.

Gran movimiento en el círculo palaciego.

El Rey y la Reina estrecharon, agradecidos, la mano de Topete; deshaciéndose, dentro de la dignidad, en demostraciones expresivas de gratitud.

Topete triunfaba; le rodeaban afanosos los palaciegos, y se oían frases de mal fingido entusiasmo en honor del ilustre marino.

Hay que confesar que la situación del Gobierno no era muy airosa, porque el Gobierno, con todos sus medios, no había descubierto lo que había descubierto D. Juan Topete por sí solo, ni después de descubierto pudo prevenir lo que, á decir verdad, no podía prevenirse.

Pero cuando estas cosas suceden al Gobierno, siempre se le acusa de torpe ó de descuidado.

*A posteriori*, todo el mundo es un modelo de previsión.

La masa humana tiene un fermento de injusticia y de imbecilidad de que tardará muchos siglos en librarse.

Y todas estas cosas no afirmaban, seguramente, la situación del Ministerio Zorrilla, ni ante los Reyes ni en los círculos palaciegos.

\*  
\* \*

Pero aún me queda un pequeño epílogo para este drama político, cuyo escenario fué la calle del Arenal, y en que murieron un caballo y uno de los conjurados.

La manifestación de Topete había sido pública. Todo el mundo supo, en Palacio y fuera de Palacio, que Topete tenía conocimiento del complot, y las consecuencias fueron las que no podían menos de ser.

De lo que sigue no tuve conocimiento personal ni lo supe por Martos; pero me lo contaron personas dignas de crédito y en situación para estar bien enteradas.

En suma: que el Juez que instruía la causa del atentado contra el Rey, se enteró, como se enteró todo el mundo, de que Topete había sido el primero que tuvo conocimiento de lo que se preparaba y, naturalmente, llamó á D. Juan para tomarle declaración.

Yo tengo casi la seguridad de que esto que voy á referir es cierto; pero empiezo declarando que no me consta personalmente.

Y hechas estas salvedades, para descargo de mi conciencia, el epílogo empieza.

El Juez, según parece, le preguntó á D. Juan Topete si era cierto que había tenido noticia de que se preparaba un atentado contra el Rey.

Topete contestó resueltamente que sí.

—¿Y cómo llegó á su conocimiento?

—Porque vino á casa á referírmelo un amigo, en quien tengo confianza absoluta.

—¿Y cuál es el nombre de ese amigo?

—Dispense usted, pero me es imposible decirlo; tengo empeñada mi palabra de honor.

Naturalmente, el Juez no se dió por satisfecho.

Ante la justicia, estos compromisos de honor no prevalecen.

El Juez siguió insistiendo.

D. Juan siguió resistiéndose.

Y sólo al fin, acosado por las reflexiones, las naturales exigencias y hasta los mandatos de la autoridad judicial, transigió, en parte, haciendo la siguiente relación, aunque reservando siempre el nombre de la persona.

La relación que, según Topete, le había hecho su amigo, es de lo más extraña que puede imaginarse.

Y, sin embargo, yo no la niego en absoluto, porque, á veces, la realidad se esmera en aparecer absurda, extravagante é inverosímil.

Ha dicho, no sé quién, á propósito del arte dramático, que sólo la realidad puede satisfacer el capricho de tales inverosimilitudes y extravagancias.

Pues le dijo D. Juan Topete al magistrado, y quien, según parece, pudo oírlo, y á mí me lo refirió, que su amigo (el de D. Juan) le había ido, alarmadísimo, con el siguiente cuento:

Que al salir de la Biblioteca Nacional (de la antigua Biblioteca) observó que se le había soltado una cinta del calzoncillo, y como viese un coche de punto detenido junto á la acera, puso el pie en el estribo para atarse la oportunísima y desatada cinta.

No podía verle el cochero, porque estaba en pie y del otro lado del coche, hablando con un individuo de mal aspecto.

Ni uno ni otro, como queda dicho, podían ver á la persona en cuestión, porque toda la caja del coche les separaba; pero, como ambas ventanillas estaban abiertas, lo que el cochero y el personaje sospechoso hablaron pudo oirlo el amigo de Topete.

Desde las primeras palabras que oyó, parecióle que el asunto era grave, y siguió prestando atención y oyendo cuanto hablaban.

Por la conversación sorprendida, adquirió el profundo convencimiento de que se trataba de asesinar, aquella noche, al Rey, é inmediatamente fué á casa de D. Juan Topete á darle cuenta del complot.

Esta fué la relación que hizo ante el Juez el ilustre marino.

Si la relación es cierta, ha de confesarse que la realidad es, en ocasiones, soberanamente idiota.

Un juicio parecido á éste debió formar el Juez, porque insistió, con todo el peso de su autoridad, en que D. Juan le dijera el nombre de la persona en cuestión.

Al fin Topete, batiéndose en retirada, le dijo al Juez que no podía faltar á su palabra, pero que iría á ver á su amigo, para ver si éste le dejaba en libertad.

Y salió, en efecto, y se fué á ver á su amigo, y el Juez, como sin duda le repugnaba el espionaje, ó la policía no había adquirido el desarrollo que hoy vemos en las novelas, le dejó ir, y no mandó que le siguiesen.

Pasó un largo rato; volvió Topete. Aseguró que su amigo insistía en guardar el incógnito, con lo cual no pasó más, y el atentado fué á refugiarse en las sombras densas del olvido, en que se agazapan las cosas que han de quedar eternamente ignoradas.

Y no más. Un hombre muerto, un caballo malherido, y el Gobierno grandemente quebrantado.

**JOSÉ ECHEGARAY**



## UNA EXCURSIÓN POR SANTIPONCE (SEVILLA)

---

### EN LAS RUINAS DE ITALICA

Como á cinco kilómetros al NO. de Sevilla, en la margen derecha del Guadalquivir, y sobre las irregularidades del recuesto que se forma al terminar de la allí denominada *Vegueta*, se levanta la moderna villa de Santiponce, humilde en su apariencia, con no crecido vecindario, y nombre que parece recuerdo del de su señor y dueño primitivo, después de la Reconquista cristiana; pero famosa, á despecho de su humildad, por el *Monasterio de San Isidoro del Campo*, cuya iglesia, que sirve de parroquia, guarda los restos venerandos del héroe de Tarifa, y principalmente por las ruinas de Itálica y las de su despedazado *Anfiteatro*, que son de universal renombre.

Oficial misión, que había aceptado con reconocimiento por lo que de honroso para mí tenía, llevábame á visitar la villa mencionada; y una hermosa mañana del pasado mes de Marzo, tomando uno de los carruajes que en las gradas de la celebrada Catedral estacionan, dispúseme á ir allí, acariciando ensueños y esperanzas lisonjeras, no «livianos como el placer», sino fundamentados en hechos positivos y seguros.

Mientras el vehículo seguía por la orilla del padre Bétis, y cruzaba el puente para internarse por el populoso barrio de Triana, tan sugestivo como pintoresco, iba yo recordando cuanto los autores de todos los tiempos han dicho acerca de

Itálica y de Santiponce, lo cual llevaba obligadamente fresco en la memoria.

A ella acudía, con efecto, lo asegurado por Ambrosio de Morales, por el P. Juan de Mariana, por Rodrigo Caro, y por cuantos de los citados escritores lo toman, indicando que en el emplazamiento de Itálica existía de antiguo una ciudad denominada *Santios*, *Sancios* ó *Sanctius*,—pues de estos tres modos aparece el nombre,—la cual fué escogida por Scipión el Africano, luego de pacificada la provincia, para que en su recinto se reconcentrasen los milites enfermos y debilitados por las heridas que habían en la campaña recibido, y en aquel lugar se restablecieran y se curasen, como en adecuado y propicio sanatorio.

Yo no sé hasta qué punto ésto del nombre sea realmente aceptable. Es de suponer, de acuerdo con el discretísimo P. Flórez, que cuando Scipión dispuso reconcentrar *in unam urbem* los legionarios heridos y quebrantados durante la campaña dicha, según el texto de Appiano Alejandrino, tuviese aquella ciudad apellido propio que la distinguiera, si bien el sabio agustino, contra la interpretación de Celio Secundo Curion, citado por Matute y Gaviria, declara no descubrir en Appiano «semejante especie» (1).

Apunta el autor del artículo *Santiponce*, en el *Diccionario* de Madóz, que la opinión en virtud de la cual se afirma que la ciudad llamada luego Itálica llevaba antes «nombre de *Sanctius*, parte de un error de impresión que aparece en la edición italiana de Appiano, hecha por Braccio, donde se ha escrito *Santii* por *Santi*, que equivale á debilitados ó estropeados», añadiendo luego, que «tal vez el mismo nombre de *Santiponce*» es recuerdo «de la condición de los veteranos de Escipión avendados en este sitio, habiendo podido formarse de *Sancio-*

---

(1) *España Sagrada*, t. XII, pág. 228. El texto de Appiano dice: «Scipio milites omnes vulneribus debiles in unam compellit urbem, quam ab Italia Italicam nominavit.»

*rum positio*, esto es, establecimiento de los inválidos ó estropeados» (1).

Muy buena voluntad se necesita para dar como verosímiles estas revesadas y caprichosas indicaciones etimológicas; porque si el texto de Appiano,—que publica por nota el P. Flórez,—no dice nada de nombre semejante, y la ciudad denominada Itálica desde aquella reconcentración sanitaria, no consta, ni puede constar, sirviera anteriormente nunca para depósito de inválidos ó estropeados en la guerra, ¿cómo había de llamarse, ni *Santios*, ni *Sancios*, ni *Sanctius*, cuando se supone gratuitamente que en tal apelativo se alude á los legionarios debilitados á causa de las heridas?... Ni ¿cómo admitir la hipótesis singularísima de que pudiera el recuerdo del fantaseado *Sanciorum positio* conservarse en el nombre de Santiponce?...

Lo mismo habría de decirse de otras varias invenciones etimológicas, que Matute llama arbitrarias, relativas todas al apellido de la humilde villa actual, y no mayor respeto merece en justicia la peregrina del P. Quintana Dueñas, que el referido Matute apadrina, de juzgarle «deducido de San Geroncio», primer Obispo de Itálica. «Nada es más fácil, en caracteres antiguos y desusados,—escribe ingenuamente el dicho Matute,—que perder la R su rasgo inferior, quedando convertida en P, en cuyo caso ya se leería SANGEPONCIO, y de aquí, *Santiponce*» (2).

Siempre he tenido por ocasionadas estas lucubraciones etimológicas, fundadas las unas en testimonios inciertos é inadmisibles, y deducidas las otras, ya al capricho, ya por similitudes fonéticas; pero, á pesar de ello, ¿no pudo provenir, con más visos ó apariencias de verosimilitud, de un Sancio ó Sancho Ponce, dueño del lugar, que primeramente llevó por él tal apelativo?... Porque sobre mencionar los escritores arábigos

(1) Tomo XIII, págs. 837 y 838.

(2) *Bosquejo de Itálica* (Sevilla, 1827), págs. 148 y 149.

con el de *Talca* á la que fué Itálica, no hallo ninguno que consigné el nombre de Santiponce, siendo muy extraño que, así como hoy suena, se perpetuase entre los musulmanes, por espacio de más de quinientos años, para llegar sin alteración al de 1248, fecha de la reconquista de Sevilla por San Fernando, y perpetuarse incólume hasta nuestros días.

Por otra parte,—pensaba yo al correr del carruaje,—¿no están conformes todos los autores en que el lugar llamado Santiponce en el *Repartimiento de Sevilla*, era una pequeña alquería (aldea, burgo, lugar, poblado), situada en la misma playa del Guadalquivir, en la denominada hoy *Isla de Hierro*?... Pues si aquella alquería,—hubiese ó no sido propia de un cierto Sancho Ponce,—fué destruída totalmente, como aseguran, en las riadas de 1595 y 1603, y sus vecinos, vasallos de los monjes jerónimos,—á quienes Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno* dió en propiedad todos aquellos terrenos en los principios del siglo xiv,—erigieron en *Sevilla la Vieja* una nueva Santiponce, que es la villa actual, ¿qué tenían que ver con ella, ni los pretendidos *Sancios* que Escipión reconcentró en la ciudad llamada luego Itálica, ni San Geroncio, el primer prelado italicense de los tiempos apostólicos?...

Tal iba yo pensando, en el momento en que el carruaje torcía á la derecha, y apartándose así de la carretera de Extremadura, tomaba por la orilla del río la dirección de la Cartuja, que quedó al fin á la izquierda con sus tapias y sus chimeneas en forma de embudo invertido, y por carriles estrechos y profundos á veces, donde la huella de los pesados carros de carga se hacía sentir en los vaivenes y bruscos saltos del vehículo, corría éste por entre feráz y verdegueante campiña, cruzando y recruzando senderos que, como la trama de la urdimbre, se entretejían constantes.

Allá, á la izquierda, dibujaban sus contornos rígidos y oscuros en el horizonte, entrecortadas colinas, de figura diferente y más ó menos íntimamente eslabonadas, con penachos de olivos ó crestas informes, que les daban extrañas aparien-

cias. Había colinas, al parecer aisladas, cónicas, semejantes á pirámides, cuya configuración hacía semblante de revelar la mano del hombre primitivo, y constituir por aventura uno de aquellos túmulos que con tanta abundancia sembraron por las campiñas andaluzas las razas antehistóricas; otras alturas, cuyas depresiones y accidentes les daban diversidad de aspectos, se extendían perezosamente, con el pelado lomo al aire, sobre un mar de lujuriosa verdura, para morir cortadas de repente.

A través de las cruzadas ramas de los olivos, allá en la lejanía, al pie de aquellas desiguales eminencias discontinuas, veíase marchando, sobre levantado terraplén, cual mecánico juguete, los coches y las vagonetas encadenados de largo tren minero de Cala, que apenas casi se distinguían, mientras á impulsos de la brisa, las blancas bocanadas del vapor lanzado al espacio por la negra chimenea de la locomotora, jiraban desgredadas por entre el ramaje, se retorcían luego, se desgarraban después, y se desvanecían á la postre, dejando girones tenues, prendidos un instante en los descarnados brazos de los árboles.

Más adelante, se dibujó á mi frente, sobre el límpido celaje, á los rayos del sol, y asentada en otra pequeña eminencia, la masa blanquecina de religioso edificio, con su rechoncha torre de piramidal cubierta de pintados azulejos, y sus muros manchados. Era aquél, bastardeado por el mal gusto de otros tiempos, el famoso *Monasterio de San Isidoro del Campo*, el cual, como preludio de lo que esperaba hallar en Santiponce, me salía al paso, á modo de heraldo vocinglero, henchido de memorias y de recuerdos de edades ya pasadas, y disfrazado de un modo lamentable.

¿Cómo, en presencia de aquel monumento, erigido por la piedad de Alonso Pérez de Guzmán el *Bueno* á los comienzos del siglo xiv, y reconstruído en las postrimerías del xv, cómo olvidar la noble generosa figura del héroe incomparable de Tarifa?... Reposan allí, en el lado del Evangelio del presbíte-

rio de la iglesia, dentro de la hornacina adonde fueron en 1609 trasladados, los restos del magnate valeroso y aventurero, progenitor insigne de los Duques de Medina Sidonia, y sobre ellos se aparece la estatua orante del prócer, en súplica continua.

Enlazado con este recuerdo, acude el del gran Isidoro de Sevilla, cuya historia se desarrolla en los sombríos y borrosos lienzos colocados cerca de la bóveda, á los pies de la iglesia... Allí está su juventud interpretada, y allí los principales episodios de su vida: hasta el momento en que, hallado por milagrosa inspiración el lugar en que desde el año 636 yacía enterrado, Al-Môtamid, el régulo de Sevilla, entregaba á los embajadores de Fernando el Magno en 1063 el cuerpo del sabio autor de las *Ethimologias*, é instituidor glorioso de la española iglesia.

Dícese que, si no en el sitio mismo en que fué construído el *Monasterio*, en aquellas cercanías hubo de ser por aventura descubierto el lugar donde San Isidoro fué inhumado; esto á lo menos sostienen los escritores de Sevilla, señalando precisamente á Itálica... ¡Qué dato más precioso, si resultare cierto por alguna manera lo que con notorio optimismo se afirma, para historiar los días postreros de la espléndida Colonia, supuesta patria del gran Trajano y de Teodosio! Nada hay en la realidad que lo atestigüe; no pasa todo ello de la categoría del supuesto gratuito, convertido en hecho incontrovertible casi, por la fantasía, la credulidad y la fe, con la cual ciertos espíritus miran las tradiciones que, aun de soslayo, con la religión se rozan.

Quién sabe si, con efecto, guió la casualidad en 1063 á los descubridores del pretendido sepulcro de San Isidoro, para hallar en aquellas tierras que forman el egido de Santiponce, alguna de las muchas sepulturas, de mártires cristianos las más de ellas, encontradas allí el año 1903, y trasladadas al *Museo Arqueológico* hispalense por la diligencia de la Comisión provincial de Monumentos! ¡Quizás así aconteciera, y el hallazgo

de tal sepulcro, por las indicaciones de cristianismo que en los demás aparecen, diera de buena fe pábulo con ellas á la creencia, de que allí fué sepultado el santo hermano de San Leandro, Santa Florentina y San Fulgencio!

En la segunda nave, agregada por el N. á la iglesia del *Monasterio*, enséñase piadosamente, dentro del rectangular y pequeño hueco en el muro practicado, un fragmento de mármol blanco ordinario, que lo es del borde superior de un brocal de pozo, presentado por su cara interna. A causa del ludir constante de la sogá de que pendía la *sítula* ó acetre con que de la cisterna se extraía el agua, hállase acanalado, aunque no muy profundamente, y por la cara exterior, que no es posible ver, pero sí palpar, se muestra como moldurado; grabada por bajo en otra piedra del propio hueco, figura la conocida sentencia: *Gutta cavat lapidem*.

De puro ingenua y candorosa, es verdaderamente peregrina la anécdota que refiere por vez primera en la *Vida de San Isidoro* el Cerratense, y que después, alterada, se ha difundido; de ella se pretende sea valedero fiador y auténtico testimonio irrefutable, el fragmento de brocal marmóreo, allí guardado y reverenciado como santa reliquia. Dice, con efecto, el Cerratense, que como San Isidoro en su niñez tuviera tenaz dificultad en aprender los rudimentos de las ciencias y de las letras, temeroso del castigo (verbera) que por su desaplicación le impondría el maestro, huyó de Sevilla, y, fatigado, se dejó caer á la orilla de un pozo, del cual no expresa tuviese brocal alguno. Había en aquel sitio una gran piedra, ó singular peñasco, perforado por irregulares agujeros, é hincadas en el borde del pozo, unas tablas ó maderas acanaladas, que de brocal hacían seguramente oficio.

Llamáronle la atención, tanto la piedra agujereada como las acanaladas maderas; y como llegase en aquel momento una mujer para sacar agua, el niño hubo de preguntarle, movido por la curiosidad y preocupado, por qué causa tenía la piedra aquellos agujeros y aquellas canaladuras la madera. La mujer,

entonces, hubo de responderle: «Esta piedra ha sido horadada por la frecuencia con que las gotas del agua caen sobre ella, y estos maderos están acanalados por el roce continuo de las cuerdas.»

Entonces el niño, reflexionando, se dijo: «Si la piedra durísima es horadada por el agua, y es seccionada la madera por la cuerda, ¡cuánto mejor yo, que soy hombre, podré, trabajando todos los días, llegar á vencer mi resistencia al estudio!» (1). El Cerratense, pues, que no menciona á Itálica, no hablaba tampoco de brocal de mármol acanalado, ni la sentencia grabada en el hueco en que figura la reliquia tiene relación con tales canaladuras, pues alude al gran peñasco horadado que había al lado del pozo, según el escritor referido.

A estos recuerdos, uníanse los del retablo mayor, que comenzó á labrar en 1613 Montañés, y en el cual se ostentan con la de *San Jerónimo*, las notables esculturas de *San Isidoro*, *San Juan Evangelista* y la *Asunción de la Virgen*, y cuatro relieves de gran bulto que el retablo adornan, todo ello obra de la mano de aquel insigne escultor hispalense, gloria de las artes, viniendo también á mi memoria, sobre todo, la del pequeño *patio de los Frescos*, denominado así por las inestimables pinturas al temple que decoran el zócalo desde el siglo xv, al cual corresponden, y que están hoy defendidas por medio de articuladas portezuelas de madera, que mandó colocar allí, con plausible acierto y previsión laudable, la Comisión Provincial de Monumentos.

Ya en esto, el carruaje, siguiendo por la orilla del terraplén del ferrocarril de Cala, y bordeando la *Vegueta*, convertida á trechos en lagunas, cruzaba por una de las alcantarillas del dicho terraplén, y penetrando en Santiponce, dejaba á su derecha la Casa Consistorial, y se detenía delante de la del señor Alcalde, D. José Moreno Castilla, en la *calle* que se denomina de *Rodríguez de la Borbolla*, donde hube de apearme.

---

(1) *España Sagrada*, t. IX, págs. 394 y 395.



Es el señor Alcalde persona amable y complaciente (1); y así, luego de enterarse cortésmente de mis propósitos, púsose á mi disposición con entera galantería, comenzando á recorrer juntos la población, en la parte que á su juicio podría más interesarme. Aunque llana, por lo general, la villa ofrece con frecuencia desigualdades en las rasantes de su piso, que visiblemente, y sin gran esfuerzo, se advierte no son producto de la natural conformación del terreno en que tiene asiento. El caserío, cuidadosamente enjabelgado al exterior y al interior, si bien no presenta aspecto de magnificencia, parece cómodo; hay calles empedradas, con aceras de ladrillos, aunque son las menos, y delante de muchas puertas, á modo de alfombra, se extiende un rectángulo de enladrillado, en el cual, con frecuencia, aparecen utilizados segmentos de círculo de barro cocido, colocados en su propia forma, y que son piezas con las cuales se construyeron los fustes de algunas columnas en la espléndida Colonia italicense, las cuales piezas vuelven á ver la luz, al cabo de los siglos, dedicadas á uso bien diferente.

Fué aquella la primera aparición de las reliquias de Itálica con que me brindaba al paso Santiponce. Después, al dirigirme á la *calle de Pitás*, hollaron mis pies los anchos y recios frogones de indestructible argamasa romana que, cortando verticalmente las escabrosidades del terroso piso de la torcida vía, marchaban solemnes y compactos á enlazarse con otras manifestaciones análogas de construcción, las cuales, por su desarrollo y por su fortaleza, parecían denotar que correspondieron al *Arce* de la población desaparecida.

Luego, no sé si allí colocados por el capricho de alguien, ó si conservan su original yacimiento, en las excrecencias inferiores de enjabelgado edificio, vinieron á saludarme varios restos de pavimento de mosaico, formado de policromados y menudos cubos, casi todos de mármoles de colores y afectando

---

(1) En los momentos de publicarse este artículo, desempeña la Alcaldía, por enfermedad del propietario, su sobrino el primer teniente don Teodomiro Velázquez.

geométricos dibujos. Sobre aquel saliente desigual, tan ricamente decorado, corrían los descalzos pies de los muchachos de uno y otro sexo, que me importunaban silenciosos, poniéndose siempre por delante.

Así llegamos á la *calle de Siete Revueltas*. Encontrando por todas partes en el suelo artificial por el cual caminábamos, y como los crestones que afloran sobre el terreno, denunciando la naturaleza mineral del mismo, rastros abundantes de sólida construcción romana, que, sabe Dios, á qué fábricas habrán hace veinte siglos correspondido! Delante de la casa que lleva el número 12 detúvome el Alcalde, encaminándose á ella. Habló con una mujer recia y morena, tocada con un pañuelo anudado á modo de bonete, costumbre característica en esta población y en otras como Villalba del Alcor, en la inmediata provincia de Huelva, y penetramos en el edificio, dirigiéndonos sin más al corral que en su fondo se abría.

—De aquí—me dijo el Sr. Moreno Castilla, señalando uno de los extremos del corral, donde la tierra parecía no ha mucho tiempo removida,—de aquí, de este sitio, fué el año de 1900 extraída la estatua de Diana, que figura en el *Museo Arqueológico* de Sevilla, y que allí habrá usted sin duda visto.

Verdaderamente, el hallazgo había sido, con razón, muy sonado dentro y fuera de España, para que yo no recordase el feliz acontecimiento, y con él, que casi al propio tiempo, y de aquel mismo paraje, habían sido extraídos los magníficos fustes, los labrados capiteles corintios, las basas y los trozos de bien tallados y marmóreos frisos, que, á uno y otro lado del pedestal donde en el *Museo* sevillano se ostenta la hermosa escultura mutilada de la diosa, tienen colocación en aquella galería. Recordé asimismo que, grabada sobre el mármol del pedestal en que surge la citada escultura, está la planta del templo que los italicenses erigieron á aquella divinidad y fué descubierta en parte, reconstituída por el arquitecto provincial D. Aurelio Alvarez; y todos estos recuerdos, evocados de golpe, hiciéronme detener en aquel sitio, calculando cuánto no

podría obtenerse del vaciado del mismo para futuras investigaciones, si todo permanecía en el mismo estado.

La mujer de Casimiro Arribas, pues tal es el nombre del dueño de la finca, vino á distraer mi atención preocupada, llevándome á otro rincón del corral y mostrándome cuatro pedazos de blanco mármol, tirados en el suelo, y revueltos en él con otros varios objetos de distinta índole. Como persona diestra, separó los trozos de cuanto les rodeaba, y, ayudada por mí, reconstituyó con ellos muy hermoso capitel corintio de pilastra, que mide 0,60 metros de altura por 0,80 de mayor latitud, y que sólo á falta de una pequeña voluta, resultaba entero, con sus gallardas hojas de acanto, que volvían graciosamente, y la concha característica de resalto, en el centro ó eje latitudinal de la moldura del cimáceo.

Habían sido aquellos fragmentos, según me aseguraron, pocos días antes encontrados allí mismo, donde la Diana, y me proponía que los adquiriese con los otros restos en tal lugar amontonados, y que eran ponderales de barro, el metacarpo de una pequeña mano fracturada, correspondiente á una estatua de no grandes dimensiones, fragmento del friso de que ya había muestra en Sevilla, y otro de mármol, que decía ser de la propia Diana. Al fin me decidí á adquirir, para el *Museo Arqueológico Nacional*, el capitel de pilastra, que ya en el citado Establecimiento científico figura, y á él añadió los otros fragmentos de mármol, con el que suponía ser propio de la Diana, el cual remití al digno jefe del *Museo* sevillano, mi afectuoso compañero D. Manuel de Campos y Munilla, quien no encuentra, según me dice, que pertenezca á tan bella escultura.

Llevóme después á otro lado del corral, donde, en cierta excavación como de dos metros, hecha á manera de pozo, criaba algunos conejos. Los roedores, decía, habían practicado varios agujeros en la tierra húmeda de las paredes, y á través de uno de ellos, caída sobre un tablero de mármol blanco, liso al parecer, asomaba blanqueando una hermosa basa, idéntica á las que de allí fueron llevadas al *Museo Provincial* con la Diana.

A ser todo esto cierto, parecía indudable, en presencia de aquellos parlantes y expresivos testimonios, y de aquellos otros recogidos ya anteriormente, que, debajo de la tierra revuelta del corral, debían yacer aún restos del templo de Diana, cuya planta había sido cubierta de nuevo, y suponía respetada por el propietario, á quien, como á la generalidad de los exploradores de las ruinas italicenses, no interesaba sino el rebusco de objetos de mayor ó menor interés con que lucrarse. Desmontado cuidadosamente el terreno en mayor extensión; descubierta otra vez, si existía, la planta reconocida del templo, la cual, daba la rasante primitiva, no sería difícil, pensaba yo, encontrar alguna de las vías afluyentes, y recoger, si perduraban, los demás restos del edificio religioso y los de los particulares adyacentes, cuyas reliquias, más ó menos despedazadas, debían permanecer, tantos siglos ha, ocultas en aquel paraje.

Interrumpiendo estas reflexiones mías, el señor Alcalde guióme, ya en el otro lado de la carretera de Extremadura, á la barriada de la villa, surgida en las que fueron de antiguo denominadas *Eras del Monasterio*, sin duda porque allí estuvieron las de *San Isidoro del Campo*, cuando todo este terreno, apellidado en común otro tiempo *Sevilla la Vieja*, según Rodrigo Caro, fué propiedad de los religiosos por espléndida merced de Guzmán el Bueno.

Fué aquél uno de los sitios explorados con mayor insistencia el año 1839, con una brigada de presidarios, por el benemérito y ya olvidado oficial tercero segundo del Gobierno político de Sevilla, Sr. D. Ivo de la Cortina, siendo sucesivamente *Gefes políticos* de la provincia (con *g*, como entonces se escribía el nombre) los Sres. D. Manuel Alvarez Guerra y don Joaquín María de Alba; y tanto los periódicos locales, el *Diario de Sevilla* y *El Sevillano*, como la *Gaceta de Madrid*, cuenta dieron, más ó menos circunstanciada, de los *objetos extraídos* en aquellas excavaciones, autorizadas por Real orden de 30 de Enero del año referido.

Fué allí, donde señalaban los autores el emplazamiento del

*Foro* de la antigua colonia italicense; donde el 28 de Marzo de 1839 aparecía un mosaico, del cual decía el oficial director de las excavaciones que en «mérito sobrepujaba á los conocidos hasta el presente», pavimento que mandó «tapar» entonces, proponiéndose descubrirle más adelante (1); donde en Mayo era hallado el bello *Mosaico de las Estaciones*, del que es dado gozar por el acabado dibujo hecho por mi señor tío don Demetrio, director que fué más tarde de las excavaciones en Itálica, y que ha desaparecido, cuando en la relación que lleva fecha de 1.º de Junio, é insertó la *Gaceta de Madrid* del 23, decía el Sr. D. Ivo de la Cortina, por medio de nota, que «sin costar cantidad alguna al fondo de la obra», quedaba encerrado en una pared de seis varas de elevación y tres cuartas de espesor»; donde era asimismo descubierto el famoso *Mosaico de las Musas*, destruído también, y que no podría ser hoy debidamente apreciado, si aquel hermano de mi Padre, citado arriba, no hubiese hecho de él muy hermoso dibujo, publicado luego en el tomo primero del *Museo Español de Antigüedades* (2).

Fué en aquel sitio, al cual me guiaba complaciente el señor Alcalde, en aquellas *Eras del Monasterio*, donde, durante el mes de Marzo, tuvo el señor de la Cortina la fortuna de que las herramientas de los penados, que trabajaban á sus órdenes, tropezasen con la marmórea estatua mutilada que, á juicio del explorador, representaba la figura del emperador Trajano, con parte de la que atribuyó á Junio Bruto, y con una cabeza de Minerva, «que excede,—escribía,—á todo lo más bello que se ha recolectado en todo tiempo en estas ruinas», siendo difícil encontrar «en Roma pieza que le exceda» (3); donde, en el mes de Abril, hallaba, entre otros varios restos de estatuaria

---

(1) *Gaceta de Madrid* del 16 de Abril de 1839.

(2) Asegura mi señor tío, en la monografía á que sirve de ilustración la cromolitografía del Mosaico, fué éste hallado el 12 de Junio de 1839; pero de él no hace con tal fecha mención ninguna de las *Relaciones* oficiales publicadas en la *Gaceta* de aquel año.

(3) *Gaceta de Madrid* del 16 de Abril de 1839, ya citada.

y de escultura de mayor ó menor importancia, otra cabeza, á su parecer, «retrato... de persona notable», y las piernas y un brazo de la misma figura, la cual estimaba «ejecutada en la época más florida del imperio» (1).

En aquella extensión de terreno, á lo largo de la carretera de Extremadura, y sobre los escombros de la destruída Itálica, levántase hoy una barriada de labradores, distribuída en calles, denominadas pomposamente dos de ellas *de Trajano* y *del Duque de Medinasidonia*. Quizás la primera deba el nombre que ostenta á la circunstancia de haber sido hallada allí la estatua mutilada que atribuyó á aquel emperador italicense el señor de la Cortina, en 1839. En su extremo inferior, subsisten en una hondonada restos de construcción romana, revestida de ladrillo, bóvedas soterradas, la apariencia de un edificio de grandes dimensiones, á que nombre dan de *las Thermas*, vulgarmente en Santiponce.

El corral de una de aquellas humildes casas, pequeño y sin cultivo, insiste sobre otros restos de construcciones, trozos abovedados que ofrecen al exterior la apariencia de murallo-nes de más de 3 metros de ancho; pero que, según el señor Alcalde, estaban «huecos por bajo»; al lado, fueron hallados tres mosaicos, de los cuales sólo queda la memoria; de otra casa inmediata fué en 1889 extraída hermosa tabla de bronce, del siglo II, y 1<sup>m</sup>,60 de longitud por 0<sup>m</sup>,93 de latitud, que contiene un fragmento de un Senado consulto reglamentando los juegos de los gladiadores, y hoy, en el *Museo Arqueológico Nacional*, figura al lado de los famosos bronce de Osuna, y otros no menos notables.

Es frecuente el hallazgo en estos lugares de monedas y de objetos suntuarios; en el corral de otra casa de la *calle del Duque de Medinasidonia*, me señalaron otra cisterna, un pozo, como allí dicen, en el centro de un mosaico que ha desaparecido, cisterna ó pozo que hubo de ser el *impluvium* de un edi-

---

(1) Idem del 20 de Mayo.

ficio; en la *calle Nueva*, casa de Manuel García Ortiz, hallábase á medio descubrir un mosaico, ya de época decadente, formado de piedras ó cubos negros, blancos y acaramelados, que dibujaban diversos rombos, con una cara de piedras acarameladas, y la guardilla ú orla decorada por sutil vástago negro serpeante; pero cuya ejecución y la regularidad de las piedras son perfectas, y trajeron á mí el recuerdo de otro trozo de mosaico hallado en *el Castellón*, cerca de Antequera.

Poco más allá, en el corral de la casa de D. Teodomiro Velázquez Moreno, sobrino del señor Alcalde, hallé hechas catas diversas; y arrinconado contra el muro, extraído de una de aquellas excavaciones, hallábase tendido un trozo de un fuste de mármol gris estriado y de gran módulo, como testimonio eficaz de que allí hubo de levantarse hermosa fábrica arquitectónica, cuyos escombros yacen todavía quizás hacinados y ocultos en aquel paraje.

Fragmentos epigráficos; *un muñeco*, es decir, una escultura vendida á no se sabe quién: trozos de labradas cornisas, de cloacas, de construcciones de todo género, aparecen allí con frecuencia, diciendo por modo harto expresivo que aún quedan en aquel sitio restos, indicaciones, ruinas de la ciudad donde nació Teodosio.

No sé en casa de quién de los vecinos de Santiponce que llevan en la actualidad el apellido *Artillo*; pero sí que en el llamado *Pajar de Artillo*,—ya sobre la carretera,—el día 3 de Mayo de 1898, los jóvenes Antonio Marín y Castillo y Mariano Jiménez, «con el propósito de sacar tierra para una edificación que proyectaba hacer» el padre del primero en su casa, comenzaron á trabajar, cuando «tropezó la espiocha... con un objeto duro, que se rompió al golpe». «Examinado aquél, se vió que era una vasija de cobre, tapada con una barra de plomo, y que de allí caían monedas de oro», que se apresuraron á recoger, «así como otra barra de oro que estaba junto á la vasija», y que, en perfecto estado de conservación, afectaba la forma de un paralelepípedo, con 3.702 gramos de

peso, y además otra barra de plata, en forma de tronco de pirámide cuadrangular, con 3.875 gramos de peso» (1).

Sospéchase, y no sin fundamento á mi juicio, que aquel depósito de monedas y de metal precioso, fué motivado por un acontecimiento histórico de importancia: por la presencia de los moros que en los días de Marco Aurelio y de Lucio Vero invadieron la Península y devastaron casi todas las Hispanias. Ante el terror que aquellas hordas produjeron en los habitantes de la una y de la otra, es muy de presumir, con efecto, que uno de los moradores de la ciudad italicense, noticioso de la aproximación de los feroces invasores, se apresurase á reunir y guardar el numerario que á la sazón poseyese y las barras allí encontradas, ocultándolo en las entrañas de la tierra, y en lugar sólo de él conocido. Muerto en aquella triste ocasión, nadie pudo sospechar el depósito, del cual ha sido fiel guardadora la tierra hasta el año de 1898... Es este hecho natural y legítimo, y de él hay frecuentes ejemplos, tanto en la edad antigua, como en la media y la moderna.

Poco tiempo ha, en el año de 1904, practicando un labrador en los *Llanos de Vanda*, provincia de Córdoba, un hoyo para plantar un pie de olivo, tropezó también con otra vasija, aquí de barro y de no exiguas dimensiones, llena de monedas romanas de plata. Eran todas ellas del tiempo de la República, familiares, y en tan perfecto estado de conservación, que parecían recién acuñadas, como los áureos de Itálica. Si, como han tratado de demostrar algunos escritores militares, tanto españoles como extranjeros, fué en aquellos *Llanos* donde riñeron César y Pompeyo la última y definitiva batalla, es indudable que, el dueño de aquel dinero, temeroso de los excesos de la soldadesca, ya triunfante César, ya saliera victorioso

---

(1) Véase la erudita Memoria que acerca de estos *áureos y barras de oro y plata*, escribió y publicó, por encargo honroso de la Comisión Provincial de Monumentos de Sevilla, mi docto amigo y compañero, ya difunto, D. Francisco Caballero-Infante y Zuazo en el mismo año de 1898.



Pompeyo, creyó más prudente enterrarlo en el campo, en sitio sólo de él conocido, que guardarlo en su casa; pero así el cordobés como el italicense cayeron á los golpes de los cesarianos y de los moros respectivamente, y allí quedaron ocultas aquellas riquezas que la casualidad hubo de descubrir, como ha descubierto algunas de las que ocultaron los míseros moriscos al ser desterrados de su patria, las que guardaron los españoles en días de tribulación con motivo de la invasión francesa, y durante las dos guerras civiles que en el pasado siglo XIX han ensangrentado el suelo de la madre España.

El espectáculo de todo aquello que había visto en Santiponce, gracias á la amabilidad del Sr. Moreno Castilla, su actual Alcalde, y á la de los vecinos, en cuyas viviendas hube de introducirme para llevar mi investigación á cabo, despertaron en mí tal cúmulo de ideas relativas á las obras que podrían practicarse en la villa para descubrir algo de la celebrada Itálica, que bien merecen las dedique capítulo aparte, recordando, sobre todo, cuanto se ha venido haciendo desde las notables excavaciones dirigidas durante más de veinte años consecutivos por mi ya nombrado tío, el arquitecto D. Demetrio de los Ríos—á quien tanto se debe allí,—se ha hecho hasta el año de 1903, en que aquella población, que parecía agotada para la ciencia, ofreció nuevas y muy interesantes sorpresas, dignas de estimación y de estudio.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

# CORAZONES GENEROSOS

---

## I

Estamos en una sala de Juzgado municipal. Presidiendo el tribunal, allí, en el fondo de la sala, se halla sentado el juez, hombre de edad proecta, de elevada estatura, complexión robusta y rostro de expresión ruda y enérgica. Sin interrupción, durante varias horas, no ha hecho otra cosa que resolver litigio sobre litigio, y á la postre se ha sentido invadir por un sentimiento de huraño malestar. Es difícil saber si lo que le incomoda es el calor sofocante de la sala, ó si es que le han disgustado á la larga tantas querellas mezquinas, que no parecen haber nacido sino para acusar el afán de triquiñuelas, la falta de caridad y la despiadada competencia de los hombres.

Acaba de abordar la última de las causas que deben juzgarse aquel día. Trátase de una demanda de pensión alimenticia.

Este asunto se ha visto ya en el transcurso de la sesión precedente, y el secretario da lectura del acta de los debates anteriores. Dedúcese de ella que la parte demandante es la hija de un pobre jornalero, y que el demandado es un hombre casado.

Declara éste, según consta en el acta, que la acusación de la parte adversa es sencillamente falsa é interesada. Reconoce haber tenido á la muchacha, durante algún tiempo, á su servicio. Pero niega haber mantenido con ella relaciones íntimas,

y no la reconoce, por lo tanto, derecho alguno para que le pida ninguna clase de socorro. La demandante ha persistido, sin embargo, en su demanda, y, después de oídas las deposiciones de algunos testigos, el tribunal ha resuelto exigir el juramento al demandado, so pena de verse condenado á pagar la pensión para alimentos exigida por la parte demandante.

Las dos partes están presentes y se encuentran juntas ante el tribunal. La demandante es muy joven, y parece completamente azorada. Llorra de timidez y se enjuga á cada momento sus lágrimas con un pañuelo retorcido, que parece no acertar á desdoblar. Lleva un traje negro, de aspecto casi nuevo; pero que la sienta tan mal, que puede creerse que lo ha pedido prestado para poder presentarse de una manera conveniente ante el juez.

En cuanto al demandado, reconócese desde luego que es un hombre de buena posición. Parece tener unos cuarenta años, y es de aspecto resuelto y enérgico. La actitud que mantiene ante el tribunal es indiscutiblemente irreprochable. Echase bien de ver que preferiría encontrarse en otro lugar que no fuese aquél; pero, no obstante, no acusa turbación alguna.

En cuanto ha terminado la lectura del acta, el juez, dirigiéndose al demandado, le pregunta si persiste en su negativa, y si está dispuesto á prestar juramento.

En contestación á estas preguntas, el demandado pronuncia sin vacilación un *sí* enérgico. Regístrase el bolsillo del chaleco, del que saca un certificado del pastor, en el que se declara que él, el demandado, conoce el sentido y la importancia del juramento, y que nada se opone á que lo preste.

Durante todo este tiempo, la demandante continúa llorando. Parece que no consigue vencer su timidez, y mantiene obstinadamente su mirada fija en el suelo. Todavía no ha alzado los ojos lo suficiente para que se encuentren con los del demandado.

Al oírle pronunciar aquel *sí*, se ha estremecido. Da unos pasos hacia el tribunal como si tuviese algo que objetar, pero

detiéndose de repente. «No es posible, parece decirse á sí misma. No puede haber dicho que sí. He debido de engañarme.»

Mientras tanto, el juez toma el certificado y hace al mismo tiempo una indicación al alguacil, el cual se acerca á la mesa para buscar la Biblia, que se oculta bajo un enorme montón de papelotes, y se apresura á ponerla ante el demandado.

La demandante se da cuenta de que alguien ha cruzado por delante de ella, y se siente inquieta. Hace un esfuerzo para alzar los ojos y mirar al otro lado de la mesa, y ve el movimiento del alguacil al preparar la Biblia.

De nuevo parece que ella quiere hacer algunas objeciones, pero de nuevo se contiene. No es posible que le permitan á él prestar juramento. El juez debe impedirlo.

El juez es un hombre listo, que sabe muy bien lo que piensan y dicen las gentes del país del que ella procede. Debería saber hasta qué punto es allí severo todo el mundo, respecto á cuanto se refiere al matrimonio. No conocen delito más odioso que el que ella ha cometido. ¿Hubiera hecho ella nunca semejante confesión, en su propia deshonra, si no fuese verdad lo que afirmaba? El juez debía comprender el horrible desprecio que ella se había atraído. Y no solamente desprecio, sino toda suerte de miserias. Nadie quería ya emplearla, nadie quería ya sus servicios. Sus propios padres apenas la toleraban ya en su hogar, y todos los días hablaban de ponerla en la puerta. ¡Oh, no! Bien debía saber el juez que ella no hubiera pedido socorro á un hombre casado, de no haber tenido derecho para hacerlo.

El juez no puede, por lo tanto, creer que mienta ella en semejante asunto; que se haya atraído una desgracia tan horrible, cuando hubiera podido acusar á cualquier soltero. Y si sabe esto, debe evidentemente impedir la prestación del juramento.

Ve ella que el juez relee varias veces el certificado del pastor. Por esto es por lo que la joven empieza á creer que el magistrado va á intervenir.

Cierto es, en efecto, que el juez parece preocupado. Fija

varias veces la mirada en la demandante; pero mientras tanto, se acentúa la expresión de cansancio y de aversión que flota en su rostro. Parece que ha cobrado odio á la muchacha. Si el demandado, por su parte, dice la verdad, ella es un sér abyecto, por el que no podrá interesarse el juez.

Ocorre á veces, que el juez interviene en un asunto, como consejero benévolo y discreto, para impedir que las partes se perjudiquen ellas mismas; pero este día está cansado y repugnado, y no piensa sino en dejar que el asunto siga su curso legal.

Deja el certificado, y, dirigiéndose de nuevo al demandado, manifiesta la creencia de que éste habrá reflexionado bien sobre la gravedad de un juramento en falso. El demandado le escucha con la misma calma de que ha dado pruebas todo el tiempo; contesta respetuosamente, y no sin dignidad.

La demandante oye todo esto con ansiedad grandísima. Hace algunos movimientos violentos, y se retuerce las manos convulsivamente; ahora quiere hablar ante el tribunal. Sostiene una lucha horrible con su timidez y contra sus sollozos que la impiden hablar. En resumidas cuentas, no llega á articular una sola palabra perceptible.

Así, pues, el juramento va á ser prestado. ¡Le permitirán prestarlo! ¡Nadie le impedirá ser perjuro!

Hasta aquí, ella no ha podido creer que pudiera ocurrir semejante cosa. Pero ahora, ahora tiene la certeza que es inminente, que va á ser un hecho en aquel mismo instante. Experimenta en la garganta una angustia horrible, como jamás la había experimentado. Permanece petrificada. Ya ni siquiera llora. Sus ojos se inmovilizan en sus órbitas.

¡Y él está dispuesto á atraerse la condenación eterna!

Bien comprende ella que lo que quiere él, con semejante juramento, es desligarse de todo compromiso, á causa de su mujer. Pero aun cuando tuviera cuestiones con ésta, no debería, sin embargo, comprometer de tal manera la salvación de su alma.

Nada hay tan horrible como un perjurio. Queda algo misterioso y horrible ligado á este género de pecado. No hay redención alguna, no hay ningún perdón para él. Las puertas del infierno se abren por sí solas cuando se pronuncia el nombre de un perjuro. Si en aquel momento hubiera ella alzado su mirada al rostro de aquel hombre, hubiese temido verle estigmatizado con el sello de la condenación, puesto por la cólera de Dios.

Mientras que ella exaspera así su ansiedad, siempre creciente, el juez ha enseñado al demandado la manera de poner la mano sobre la Biblia. Después abre el Código para buscar la fórmula del juramento.

Al verle poner la mano sobre la Biblia, da ella un paso más, y se diría que quiere lanzarse sobre la mesa para apartar aquella mano.

Pero se ve aún contenida por una suprema esperanza. Cree que él cederá en el último momento.

El juez ha encontrado la página del Código que buscaba, y ahora empieza á dictar el juramento en voz alta y clara. Después hace una pausa para que el demandado pueda repetir lo que acaba de oír. Y el demandado comienza, efectivamente, á repetir la fórmula; pero se equivoca en una frase, y el juez se ve obligado á empezar desde el principio.

Ahora, ella no puede conservar ya la menor esperanza. Ahora sabe que él va á ser perjuro, y que va á atraerse la cólera de Dios en esta vida y en la otra.

Se retuerce las manos desesperadamente. Todo aquello es por su culpa, puesto que ella es quien le ha acusado.

Estaba ella sin trabajo, cierto es; tenía hambre y frío. El niño estaba en peligro de muerte, por falta de cuidados. ¿A quién iba, pues, á dirigirse para obtener socorro?

Tampoco hubiera creído nunca que pudiese él cometer un pecado tan abominable.

Ahora el juez acaba de dictar de nuevo la fórmula del juramento. Dentro de unos instantes, el acto se habrá consumado.

Un acto que nada puede abolir, que no se puede reparar nunca, que no se borra jamás.

En el mismo momento en que el demandado empieza á repetir la fórmula sacramental, lánzase ella, aparta la mano y se apodera bruscamente de la Biblia.

Su atroz angustia es la que, por fin, la ha dado el valor de obrar. Es preciso que no sea perjuro. ¡Es preciso!

El alguacil acude para quitarla la Biblia y tranquilizarla. Todo lo que se refiere al tribunal le inspira un temor inmenso, y cree firmemente que lo que acaba de hacer va á llevarla á la cárcel; pero, sin embargo, no suelta la Biblia. Cueste lo que cueste, no prestará el juramento. Como él quiere prestarlo, forcejea también para apoderarse del libro, pero ella resiste á los dos.

—¡No debes prestar juramento—exclama ella,—no debes prestarlo!

Esta escena provoca, naturalmente, el mayor estupor. El público se agolpa para ver mejor; los jurados empiezan á inquietarse; el secretario se levanta precipitadamente con el tintero en la mano, por miedo de que lo tiren.

Entonces el juez exclama en voz alta é indignada:

—¡Silencio!

Y todo el mundo se queda inmóvil.

—¿Qué es lo que le ocurre á usted? ¿Qué quiere usted hacer con la Biblia—pregunta el juez á la demandante, con el mismo tono severo y enfadado.

Habiendo logrado al fin con esta acción desesperada dar libre curso á su ansiedad, consigue ella vencer su timidez y puede responder:

—¡No debe él prestar juramento!

—Cállate y vuelve á poner el libro en su sitio—ordena el juez.

Pero ella, lejos de obedecer, aprieta el libro con las dos manos.

—¡No puede prestar juramento!—vuelve á exclamar con frenética violencia.

—¿Tan empeñada estás en que se le condene?—le pregunta el juez con tono cada vez más mordaz.

—¿Lo que quiero es retirar la demanda—replica ella; y su voz se hace aguda, desgarrante.—No quiero obligarle á jurar.

—¿Qué es lo que dices?—pregunta el juez.—¿Has perdido la razón?

La joven respira violentamente, tratando de dominarse. Ella misma se da cuenta del són agudo de su voz. El juez va á creer que se ha vuelto loca si no puede expresar tranquilamente lo que tiene que decir. Una vez más lucha contra su emoción para conseguir dominar su voz, y lógralo esta vez. Dice lentamente, tranquilamente, claramente, mirando al juez bien á la cara:

—Retiro la demanda. El es el padre del niño. Pero le sigo queriendo. No quiero que sea perjuro.

Mantiénese erguida y resuelta ante el tribunal, y continúa mirando fijamente el rudo rostro del juez. Este, con las dos manos fuertemente apoyadas en la mesa, la mira también sin apartar los ojos. Pero, al mirarla así, el juez parece haberse transformado. Toda la expresión de disgusto y de cansancio que había en sus facciones desaparece, y el rostro rudo se ilumina con bellísima emoción. «He aquí verdaderamente mi pueblo—se dijo.—No me volveré á enfadar contra él, puesto que hasta en el más humilde hay tanto amor y tanta piedad.»

De repente, el juez siente que las lágrimas le humedecen los ojos; hace un movimiento brusco, y, casi avergonzado, echa en torno de él una ojeada furtiva. En este momento ve que el secretario, el procurador y los jurados alargan el cuello para mirar á la joven, erguida ante el tribunal, con la Biblia apretada contra su pecho. Y percibe una luz en sus caras, como si acabaran de entrever algo bellísimo que les llega hasta lo más profundo del alma.



Después, el juez mira al público, y observa que todos permanecen silenciosos, sin atreverse á respirar apenas, como si se acabara de oír la palabra más ardientemente deseada.

Por fin, el juez mira al demandado. Ahora es él quien baja la cabeza y mira al suelo.

De nuevo el juez se dirige á la pobre muchacha.

—Será como lo deseas—dice.—Se sobreseerá el asunto—añade, dirigiéndose al secretario.

El demandado hace un gesto como para intentar una objeción.

—¿Qué se te ofrece?—le grita el juez.—¿Tienes algo que replicar á esto?

El demandado baja un poco más la cabeza, y con voz apenas perceptible contesta:

—¡Oh, no! Sin duda está mejor así.

El juez permanece un instante inmóvil; luego, corriendo el pesado sillón, se levanta y se dirige á la demandante.

—Gracias—dice, tendiéndole la mano.

Ella ha dejado la Biblia, y sigue allí toda llorosa, enjugándose los ojos con el pañuelo retorcido.

—Gracias—repite el juez, y la coge una mano, que estrecha como si fuera la de un valiente.

## II

No hay que creer que la muchacha, que acababa de pasar un rato tan malo ante el tribunal, estuviese ella misma convencida de haber realizado una acción meritoria. Antes bien, juzgaba que se había cubierto de vergüenza ante todo el público. No comprendía que el acto del juez al estrecharla la mano era un honor para ella. Creía que la cosa significaba solamente que el asunto había terminado, y que quedaba en libertad de marcharse.

Tampoco veía que las gentes la miraban de una manera

E. M.—Junio 1911.

benévola, y que varios querían estrecharla la mano. Se deslizaba y trataba de marcharse. Pero la salida estaba interceptada, pues, una vez terminada la audiencia, eran muchos los que tenían prisa por partir. Fué ella una de las últimas en la sala. Parecíale que todo el mundo tenía derecho á pasar antes.

Cuando por fin estuvo fuera, vió ante la escalera el cochecillo de Gudmund Erlandsson, el cual, sentado en el pescante, con las riendas empuñadas, parecía esperar á alguien. En cuanto Gudmund vió la á joven entre la multitud que salía, le gritó:

—¡Ven aquí, Helga!—Hay aquí un sitio para ti, puesto que seguimos el mismo camino.

Pero aunque sintiera pronunciar su nombre, no pudo creer la joven que fuese ella á la que así llamaban. No era posible que Gudmund Erlandsson quisiera llevarla en su coche. Era el hombre más atractivo de toda la localidad; joven, simpático, de buena familia y bien visto de todos. Nunca hubiera podido creer la joven que quisiera él tener trato con *ella*.

Con el pañuelo echado sobre los ojos, siguió adelante, de prisa, sin mirar ni responder.

—¿No oyes, Helga, que hay un sitio en mi coche?—repitió Gudmund, procurando dar á su voz una entonación afectuosísima.

Pero ella no acertaba á comprender que Gudmund quisiera hacerla ese favor. Creía que lo que pretendía sencillamente era burlarse de ella de una manera ó de otra, y esperaba ver echarse á reír á todos los circunstantes. Le lanzó una mirada asustada é indignada á la vez, y apresuró el paso, echando casi á correr para ponerse fuera de alcance cuando estallaran las burlas.

Gudmund era todavía soltero, y vivía en casa de sus padres. El padre era labrador. Su labranza no era muy grande y su fortuna tampoco, pero vivía con holgura. El hijo había ido al juzgado á buscar unos papeles por encargo de su padre; pero

como su viaje tenía también otro objetivo, habíase equipado con mucho esmero. Había elegido el cochecillo nuevo, cuyo barniz no tenía aún el menor desconchado, y limpió por sí mismo los arneses y el caballo, hasta hacer que éste brillara como la seda. A su lado, en el pescante, puso una hermosa manta encarnada, y se vistió con una americana de caza, un sombrerillo gris y botas de montar sobre el pantalón ceñido. No era un traje de ceremonia, pero sabía él muy bien que tenía un aire de apuesta virilidad.

Por la mañana, al salir, Gudmund iba sólo en su coche, pero no le había parecido largo el tiempo, á causa de las ideas agradables que le bullían en el cerebro. A la mitad del camino se adelantó á una joven de aspecto pobre, que por su andar tan lento que parecía no poder mover los pies, le dió la impresión de un extraño cansancio. Era el otoño; el camino estaba lleno de baches y hoyos por la lluvia, y Gudmund veía que la muchacha vacilaba á cada paso. Paró el caballo para preguntar á la joven adónde iba, y al saber que se encaminaba al juzgado, le ofreció asiento en el coche. Ella aceptó, dando gracias, y subió á sentarse en la estrecha banqueta de atrás, como si no se atreviese á tocar la hermosa manta encarnada puesta al lado de Gudmund. Tampoco había entrado en las intenciones de él acomodarla á su lado. Ignoraba quién era, pero á juzgar por su aspecto, debía de ser la hija de algún pobre jornalero, y era él de parecer que bien podría ella contentarse con un asiento en la banqueta posterior.

Al llegar á una cuesta en la que el caballo moderó su marcha, Gudmund entabló la conversación. Quería saber cómo se llamaba la joven y de dónde era. Al saber que su nombre era Helga, y que habitaba en el Pantano Alto, empezó á sentirse inquieto.

—¿Has vivido siembre allá arriba, ó has tenido alguna colocación?—preguntó.

Ella vivía en su casa en aquellos últimos tiempos, pero antes había estado sirviendo.

—¿En dónde?—se apresuró á preguntar Gudmund.

Parecíale que la respuesta tardaba.

—En Vestgard, en casa de Per Mortensson—dijo ella al fin, bajando la voz, como si hubiera preferido no ser oída.

Pero Gudmund la oyó perfectamente.

—Entonces—dijo—eres tú la que...—pero no terminó la frase.

Volvió la cabeza, se irguió en el pescante y no volvió á dirigirle la palabra.

Gudmund daba de latigazos al caballo, murmuraba contra el mal estado del camino y parecía de malísimo humor. La joven permaneció sin moverse unos momentos, pero al poco rato, Gudmund sintió que una mano se apoyaba en su brazo.

—¿Qué quieres?—preguntó sin volver la cabeza.

Quería ella que hiciese el favor de parar para dejarla apearse.

—¿Por qué?—preguntó Gudmund con cierto tonillo.—¿No vas bien?

—Sí, pero prefiero andar.

Gudmund se rehizo un poco. Era muy enojoso haber ofrecido, precisamente en aquel día, un asiento en su coche á una mujer como Helga; pero, de otra parte, pensó que ya que lo había hecho, no podía echarla.

—Pára, Gudmund, haz el favor—volvió á decir la joven.

Había en su voz tal decisión, que Gudmund tiró de las riendas.

«Puesto que es ella la que desea apearse—se dijo—no debo obligarla á seguir contra su voluntad.»

Ella se apeó antes de que el caballo hubiera podido parar, y dijo:

—Creía que sabías quién era, al ofrecerme un asiento en tu coche. De otro modo, no hubiera subido.

Gudmund se limitó á saludar ligeramente y siguió adelante. Helga tenía motivos para creer que la conocía. Muchas veces había visto él á la muchacha del Pantano Alto, cuando era

niña, pero había cambiado mucho desde entonces. Al pronto, Gudmund se alegró mucho de haberse desembarazado de su compañía; pero poco á poco empezó á sentirse descontento de sí mismo. Evidentemente, no hubiera podido él obrar de otra manera, pero no gustaba de mostrarse cruel con nadie.

A los pocos minutos de haberse separado de Helga, Gudmund dejó la carretera y tomó por un camino que conducía á una finca de aspecto opulento. Cuando Gudmund paró el coche ante la escalinata, abrióse la puerta y apareció en el umbral una de las hijas de la casa. Gudmund la saludó quitándose el sombrero, mientras que un ligero rubor coloreaba su rostro.

—Vengo á ver si su padre está todavía en casa—dijo.

—Lo siento, pero se ha marchado ya al Juzgado—contestó la joven.

—¡Ah! ¿Se ha marchado ya?—dijo Gudmund.—Hubiera querido ofrecerle un asiento en mi coche. También yo voy al Juzgado.

—¡Está siempre tan apremiado mi padre!—dijo la joven con tono de pesar.

—¡Qué se va á hacer!—replicó Gudmund.

—Mi padre se hubiera alegrado mucho de ir en un coche tan bonito, tirado por tan hermoso caballo—añadió amablemente la joven.

Sonrió el joven ante estas lisonjeras frases, y dijo:

—Entonces, me voy.

—¿No quiere usted entrar un momento?

—Muchas gracias, Hildur, pero tengo que ir al Juzgado. No puedo retrasarme.

Ahora Gudmund continuó su camino sin detenerse hasta el Juzgado. Estaba de muy buen humor, y ya no se acordaba para nada del encuentro con Helga. Satisfaciale mucho que se hubiese asomado Hildur, como de propósito para admirar el coche, y la manta, y el caballo, y los arreos. Había debido de fijarse muy bien en todo.

Era la primera vez que Gudmund asistía á una sesión del Juzgado. Observó que había allí muchas cosas que aprender, y se quedó todo el día. Encontrábase, pues, en la sala cuando se vió el asunto de Helga; pudo ver cómo la joven se apoderaba de la Biblia, y resistía heroicamente, tanto al alguacil como al mismo juez. Cuando todo hubo concluído y el juez estrechó la mano de la joven, Gudmund se levantó precipitadamente para salir. Enganchó á toda prisa, y llevó su coche al pie de la escalera. Pensaba que Helga se había conducido muy dignamente y merecía que se la honrase. Esta, sin embargo, hallábase de tal modo azorada que no comprendió las intenciones de aquél, y se sustrajo al honor que le estaba destinado.

Aquel mismo día, ya muy tarde, Gudmund fué al Pantano Alto. El lugar así llamado era una cabaña situada en la pendiente de la montaña boscosa que cobijaba al pueblo. El camino que allí conducía no era practicable para los caballos sino durante el invierno, en la época de los trineos, y Gudmund tuvo que ir á pie, y no pasó pocos trabajos para llegar. A punto estuvo de romperse las piernas más de una vez entre los troncos de árboles y las piedras que sembraban el camino, y tuvo que vadear varios arroyos que en más de un lugar cerraban el paso. Gracias á la luz de la luna llena, pudo no perder el sendero que llevaba á la cabaña, y pensaba en las penalidades que había tenido que sufrir Helga en la jornada.

La cabaña del Pantano Alto se encontraba en un claro del bosque, á la mitad de la pendiente. Gudmund no había estado nunca allí hasta aquel momento; pero muchas veces había visto el lugar desde el fondo del valle, y conocíalo lo suficiente para saber que no se había equivocado de camino.

En rededor del claro había una barrera de ramas secas, muy densa y muy difícil de franquear. Debía, sin duda, de constituir una especie de defensa contra los animales dañinos. La cabaña se alzaba en el borde superior del cercado. Ante ella se extendía un pradezuelo de hierba corta y fina; al final del pradezuelo había dos tinglados de planchas grises y una

cueva con techo de turba verde. Era una morada de las más humildes; pero no se podía negar que el paraje tenía su belleza. El pantano que había dado su nombre á la cabaña, situado en las cercanías, exhalaba una bruma que, desarrollándose magníficamente á la luz de la luna, rodeaba la montaña con una corona plateada. La punta más elevada emergía aún en la bruma, y la cima, erizada de abetos, se destacaba sobre el cielo. Abajo, en el valle, la luz de la luna era tan intensa, que se veían perfectamente los campos, las casas y un arroyo sinuoso, sobre el que flotaba la bruma como una ligera humareda. La distancia no era muy grande; pero lo sorprendente era que el valle parecía, sin embargo, un mundo extraño en el que no tuviera nada que hacer lo que pertenecía al bosque. Hubiérase dicho que las gentes que habitaban en la cabaña forestal debían permanecer siempre bajo los árboles protectores. Al igual de las plantas, las flores y los seres animales del bosque, no hubieran podido habituarse al valle.

Gudmund se acercó á la cabaña á través del pradezuelo. Una débil luz aparecía tras la ventana desprovista de cortinas. Había una lámpara encendida en la mesa, al lado de la ventana, junto á la que estaba el padre sentado; ocupábase en recomendar un par de zapatos viejos. La madre estaba un poco más distante en la habitación, junto al hogar, en el que ardían lentamente unas ramas secas. Tenía ante ella la rueca, pero había dejado el trabajo para jugar con el pequeñuelo. Habíale sacado de su cuna, y el rumor del juego llegaba hasta Gudmund. El rostro de la anciana estaba lleno de arrugas, lo que la daba un aspecto severo; pero cuando se inclinaba sobre el niño, dulcificábanse sus facciones, y sonreía al pequeño tan tiernamente como hubiera podido hacerlo la verdadera madre.

Gudmund buscaba con los ojos á Helga, pero no la veía en ninguna parte, en ningún rincón de la cabaña. Entonces juzgó preferible quedarse fuera hasta que ella volviese. Chocábale que no estuviera todavía de vuelta. Tal vez se habría

detenido en el camino para descansar ó comer en casa de algunos amigos. De todos modos no podía tardar, si quería estar bajo cubierto antes de ser completamente de noche.

Gudmund seguía quieto en medio del pradezuelo, prestando oído á los menores ruidos. El silencio era completo. No soplaban viento alguno. Parecíale que nunca, hasta entonces, había observado semejante serenidad. Era como si el bosque entero contuviese el aliento, en espera de algún acontecimiento extraordinario.

No había un sér humano en el bosque. No se percibía rumor alguno de rama quebrada ni de canto rodado. Helga, evidentemente, estaba todavía lejos.

«Me pregunto lo que se dirá ella cuando me vea aquí—dijose Gudmund:—Gritará tal vez, huirá al bosque, y no se atreverá á volver en toda la noche.»

En este preciso momento de sus reflexiones, le chocó la singularidad de un hecho, á saber: el interés que desde la mañana se estaba tomando por los asuntos de aquella pobre muchacha del Pantano Alto.

Al salir de la sesión del Juzgado, había ido, como de costumbre, á contar á su madre lo que había hecho durante el día. La madre de Gudmund era una mujer discreta y generosa, que había sabido conducirse con su hijo de tal manera, que de adulto tenía con ella la misma confianza que de niño. Estaba enferma desde hacía muchos años, y no podía andar; permanecía el día entero inmóvil en su butaca. Era siempre un regalo para ella el que Gudmund, al volver de sus excursiones, le llevase noticias.

Cuando hubo referido á su madre la aventura de Helga del Pantano Alto, Gudmund la vió quedarse pensativa. Guardó silencio largo rato, con la mirada en el vacío.

—Es indudable—dijo al fin—que no se ha extinguido todo buen sentimiento en esa muchacha. No hay que rechazar á nadie por una primera falta. Pudiera ocurrir muy bien que fuese agradecida con quien la ayudase en estos momentos.



Gudmund comprendió en seguida lo que quería decir su madre. Como no podía manejárselas por sí sola, necesitaba una persona que estuviese por completo á su disposición. Pero era siempre muy difícil encontrar alguien que quisiera encargarse de este servicio. Su madre era muy exigente, muy difícil de contentar, y además las jóvenes preferían un trabajo que les diese un poco más de libertad. Ahora bien; sin duda se le habría ocurrido á su madre tomar á su servicio á Helga del Pantano Alto, y á Gudmund le parecía que era una excelente idea. Seguramente, Helga sería muy adicta á su ama, y pudiera ser que de este modo quedase resuelta por mucho tiempo la difícil cuestión del servicio.

—Lo más delicado es el niño—dijo la madre, tras una pausa; y Gudmund comprendió por esto que aquélla reflexionaba seriamente.

—Podría quedarse en casa de los abuelos—dijo él.—No sé lo que ella pensará; pero no creo que esté en situación de pensar demasiado en lo que quiere y en lo que no quiere. Me ha parecido desfallecida. No deben de tener gran cosa que llevarse á la boca, allá arriba, en el Pantano Alto.

A esto, la madre no contestó nada, y abordó otro asunto de conversación. Veíase bien que le habían asaltado otros escrúpulos que la impedían tomar una decisión.

Gudmund contó entonces su visita á Elvokra, en donde vió á Hildur. Refirió lo que ella había dicho del caballo y del coche, y no ocultó la satisfacción que le causaba esta entrevista. También á su madre le satisficieron mucho las noticias. Inmovilizada en su casa, ocupábase sin cesar en forjar proyectos de porvenir para su hijo, y ella fué la primera que le propuso la conquista de la linda hija del propietario de Elvokra. Era la mejor boda que pudiese hacer. Aquel labrador era un personaje importante. Poseía las mejores tierras de todo el pueblo, y, por añadidura, mucha influencia y mucho dinero. A decir verdad, era casi insensato esperar que se contentase con un yerno tan poco adinerado como Gudmund; pero, de otra parte,

siempre era posible que se aviniese al gusto de su hija. Y que Gudmund fuese capaz de la conquista de Hildur, si se lo proponía, era cosa de lo que su madre no dudaba un solo momento.

Era la primera vez que Gudmund dejaba ver á su madre que el proyecto había arraigado en él; pusiéronse á hablar largamente sobre Hildur, sobre las ventajas de una tal boda; pero no tardó en interrumpirse de nuevo la conversación; la madre había vuelto á ponerse pensativa, y dijo:

—¿No podrías enviar á buscar á esa Helga? Quisiera verla antes de tomarla á mi servicio.

—Me alegro mucho de que quiera usted interesarse por ella—dijo Gudmund, pensando además que si su madre encontraba una enfermera que le agradase, su mujer llevaría una existencia más agradable en la casa.—Ya verá usted cómo está usted contenta con ella—añadió.

—Sería además una buena acción emplearla—dijo la madre.

Al atardecer, la enferma se acostó, y Gudmund fué á la cuadra para cuidar de los caballos. El tiempo estaba hermoso; todo el valle se bañaba en la luz resplandeciente de la luna. Ocurriósele ir entonces mismo á llevar en persona al Pantano Alto el recado de su madre. Si seguía el buen tiempo al día siguiente, tendríase tanto que hacer con la recogida de la avena, que ni él ni ningún otro tendría tiempo de ir allí.

Cierto es que desde el lugar en que seguía apostado Gudmund ante la cabaña, Gudmund no percibía ningún rumor de pisadas; pero había otros rumores que turbaban el silencio á cortos intervalos. Eran lamentos sordos, un gemido débil y ahogado, entrecortado de vez en cuando por sollozos. Gudmund creyó oír que el rumor procedía del cobertizo, y se dirigió á él. En cuanto se acercó, los sollozos cesaron, y oyó que alguien se movía en el tinglado. En seguida comprendió lo que era.

—¿Eres tú la que está ahí llorando, Helga?—preguntó, colocándose ante la salida para impedir que la joven huyera sin hablarle.

De nuevo se hizo un absoluto silencio. Evidentemente,

Gudmund había acertado: era Helga la que estaba allí llorando; pero trató de acallar sus sollozos para hacer que Gudmund creyese que se había equivocado y se fuése. Bajo el cobertizo reinaba densa obscuridad, y estaba segura de no ser vista.

Pero Helga era en aquellos momentos presa de una desesperación tal, que no le fué fácil contener su llanto. No se había presentado aún á los padres. No había tenido el valor de hacerlo. Cuando al atardecer subía la penosa cuesta, diciéndose que tendría que hacerles saber la pérdida de toda esperanza respecto á socorro por parte de Per Mortensson, sintió tal temor ante las palabras duras y crueles que esperaba de ellos, que no se había atrevido á entrar. Prefirió quedarse fuera hasta que estuviesen acostados, porque así no se vería obligada tal vez á contar su desgracia el mismo día. Habíase, pues, escondido en el cobertizo. Una vez sentada allí, presa del frío y del hambre, tuvo la plena y entera sensación de su miserable estado. Toda la vergüenza y toda la angustia que había tenido que sufrir, toda la vergüenza y toda la angustia que le quedaba por sufrir, se le aparecieron para pesar sobre ella como una masa de plomo. Lloró sobre sí misma. Lloró por ser tan miserable que nadie quisiera nada con ella. Recordó que un día, cuando era niña, se cayó en un agujero del pantano, hundiéndose muy profundamente. Cuantos más esfuerzos hacía para salir, se hundía más. Todas las hierbecillas y todo el ramaje á los que se aferraba, habían cedido: Lo mismo sucedía ahora. Todo lo que trataba de agarrar para sostenerse, huía de su mano. Nadie quería ayudarla. La otra vez, cuando se cayó en el agujero del pantano, llegó por fin para librarla un vaquerillo; pero hoy nadie acudía en su socorro. Estaba escrito, sin duda, que debía perecer.

Cuando Helga empezó á pensar en el pantano, se le representó con evidencia que lo mejor que podía hacer era ir á él para meterse y dejarse sumergir por el lodo. Un sér tan miserable, cuyos servicios no quería nadie, no podía evidentemente hacer nada mejor que morir. También para el niño valdría

más que ella desapareciese, porque la madre de Helga le quería, aunque no quisiera demostrarlo cuando Helga estaba presente. Pero una vez desaparecida ésta para siempre, la abuela se ocuparía del pequeño como si fuera su propio hijo.

No comprendía que, en medio de su gran miseria, acababa de realizar una acción que había inspirado á todos una mejor idea de ella. A cada instante que transcurría, hacía mayor su certeza de que el pantano era su único verdadero refugio. Y cuanto más comprendía esto, más lloraba.

Así, pues, no le fué fácil contener sus lágrimas. No tardó mucho tiempo en volver á ponerse á sollozar.

Gudmund no conocía nada peor que oír llorar á una mujer. Así fué que estuvo á punto de marcharse en seguida; pero puesto que se había tomado el trabajo de trepar hasta allí, preciso era que diese el recado de su madre.

—¿Qué tienes?—preguntó á Helga, con tono rudo.—¿Por qué no entras?

—¡Oh! no me atrevo—le contestó Helga; y sus dientes castañeteaban al hablar.—No me atrevo.

—¿De qué tienes miedo? No te has dejado asustar hoy ni por el alguacil, ni por el mismo juez. ¿Acaso tienes miedo de tus padres?

—Sí, sí; son mucho peores que todos los demás.

—¿Por qué habían de estar más enfadados hoy que los otros días?

—Por que no tendré dinero.

—Eres, sin embargo, lo bastante animosa para ganarte la vida, y también la del pequeño.

—Sí, pero no hay nadie que me quiera tomar á su servicio.

De repente, Helga se espantó ante la idea de que sus padres podrían percibir el rumor de la conversación y salir á ver con quién hablaba. Y en este caso se vería bien obligada á contarle todo. Y de este modo no podría buscar la salvación en el pantano. En su terror, hizo un ademán para huir de

Gudmund. Pero éste fué más ágil. La cogió por el brazo y la sujetó á la fuerza.

—¡Oh! no. No te escaparás antes de que haya podido hablarte.

—¡Déjame pasar!—dijo ella, mirándole con ojos sombríos.

—Tienes aspecto de querer tirarte al lago—replicó él.

Ella estaba ahora fuera del cobertizo, y su rostro estaba iluminado por la luz de la luna.

—¿Qué mal habría en que lo hiciera?—exclamó Helga, echando la cabeza hacia atrás y mirándole con fijeza.—Esta mañana tú mismo no has querido dejarme que fuese en tu coche. Nadie quiere rozarse conmigo. Debes comprender que un sér como yo, lo mejor que puede hacer es concluir.

Gudmund no sabía absolutamente qué hacer. Hubiera querido hallarse muy lejos de allí; pero, de otra parte, juzgaba que no podía abandonar un sér humano en semejante estado de desesperación.

—Escúchame bien. Prométeme solamente oír hasta el fin lo que tengo que decirte; luego podrás ir donde quieras.

Prometiólo ella.

—¿No hay medio de sentarse aquí?

—Hay unos haces ahí dentro.

—Pues bien; siéntate y estate quieta.

Ella fué á sentarse muy dócilmente.

—Y ahora no llores—dijo él, pareciéndole que tenía ya cierta autoridad sobre ella.

Pero no hubiera debido hacerle tal recomendación, porque inmediatamente ella se tapó la cara con las manos, llorando más que nunca.

—¡No llores!—exclamó él, presto á golpear el suelo con el pie en su exasperación.—Muchos hay que son más desgraciados que tú.

—¡Oh, no! Nadie es más desgraciada que yo.

—Tú eres joven y de buena salud. Ya verías lo que tiene

que sufrir mi madre. Está tan llena de dolores, que no puede moverse, y, sin embargo, no se queja nunca.

—Pero no está abandonada de todos como yo.

—Tampoco estás abandonada tú. Acabo de hablar de ti á mi madre, y me ha dado un encargo para ti.

Los sollozos cesaron. Teníase la sensación de oír el gran silencio del bosque, que continuaba conteniendo el aliento en espera del acontecimiento maravilloso.

—Tengo que decirte que vayas á casa mañana para que hables con mi madre. Se propone preguntarte si quieres entrar á su servicio.

—¿Que quiere proponérmelo á mí?

—Sí, pero quiere verte antes.

—Sabe ella que...

—Sabe lo que todos.

La joven dió un grito de alegría y de estupor á la vez, y á renglón seguido sintió Gudmund dos brazos en rededor de su cuello. Asustóle la acción, y su primera idea fué desprenderse, pero se repuso y permaneció sin moverse. Comprendió que la joven estaba en un transporte de contento, hasta el punto de no saber lo que se hacía. En aquel momento hubiera podido lanzarse al cuello del peor granuja, únicamente para compartir con alguien la grande felicidad que le había llegado.

—Si quiere tomarme á su servicio, podré vivir—dijo ella, reclinando su cabeza en el pecho de Gudmund; y lloró de nuevo, pero con menos vehemencia que antes.—Preciso es que sepas que, efectivamente, tenía el propósito de ir á tirarme al pantano—añadió.—Te agradezco que hayas venido. Me has salvado la vida.

Hasta entonces, Gudmund había permanecido inmóvil; pero, poco á poco, sentía un movimiento de dulce ternura. Por un movimiento instintivo, alzó la mano y le acarició el pelo. Entonces ella se estremeció, como si se hubiera despertado de un sueño y se irguió ante él.

—Gracias por haber venido—repitió.

Estaba ruborizada, y también él enrojeció.

—¿De modo que vendrás á vernos mañana?—dijo él, tendiendo la mano á modo de despedida.

—No olvidaré nunca que has venido esta misma noche—dijo Helga, en quien el reconocimiento se sobrepuso á la turbación.

—Pues sí, está bien que haya venido—contestó él muy tranquilo, sintiéndose al mismo tiempo muy satisfacho de sí mismo.—Supongo que ahora entrarás en tu casa—añadió.

—Sí, ahora voy á poder entrar.

Gudmund sintió repentinamente esa gran simpatía que se experimenta tan á menudo hacia aquellos á los que hemos tenido ocasión de ayudar.

Permanecía allí vacilante, sin poder resolverse á marchar.

—Me alegraría verte entrar antes de marcharme.

—Había pensado dejar que se acostaran antes de entrar.

—No; vas á entrar en seguida, para que puedas tomar algún alimento y descansar—dijo él, hallando cierto placer en imponerle su voluntad.

Ella se dirigió inmediatamente hacia la casa, y él seguía muy contento y muy orgulloso de verla obedecer sin discusión. Cuando Helga estuvo en el umbral, volvieron á despedirse; pero, apenas hubo dado él unos cuantos pasos, cuando ella volvió á alcanzarle.

—Quédate ahí hasta que haya entrado. Me será menos difícil si sé que estás ahí.

—Bueno—dijo él,—me quedaré aquí hasta que hayas pasado el momento más penoso.

Después Helga abrió la puerta, y Gudmund observó que la dejaba entornada, sin duda para no sentirse completamente separada del protector quedado afuera. Así fué que no tuvo ningún escrúpulo en ver y escuchar lo que ocurría en el interior.

Los viejos recibieron á Helga de la manera más afectuosa. La madre se apresuró á poner el niño en la cuna; fué al arma-

rio, y sacó una escudilla de leche y un pedazo de pan, que puso en la mesa.

—Anda, come ahora—dijo ella. Y fué á avivar el fuego.—He mantenido el fuego para que te puedas secar y calentarte; pero come antes, porque seguramente es lo que más necesitas.

Mientras tanto, Helga seguía junto á la puerta.

—No deberían recibirme tan bien—dijo en voz baja.—No obtendré dinero de Per. He renunciado á su ayuda.

—Ya nos ha visitado alguien que asistió al juicio, y vió todo lo que ha ocurrido—dijo la madre.—Lo sabemos todo.

Helga continuaba junto á la puerta, con expresión de no comprender nada.

Entonces su padre, el anciano jornalero, dejó su trabajo, se quitó las gafas, y escupió para pronunciar un discursito que había rumiado toda la tarde.

—Es que tu madre y yo, Helga—dijo solemnemente,—nos hemos esforzado siempre en ser gentes honradas, y nos pareció que tu falta nos había deshonorado. Era cosa de creer que no te habíamos enseñado á distinguir el bien y el mal. Pero cuando hemos sabido lo que has hecho hoy, tu madre y yo nos hemos dicho que ahora, á lo menos, las gentes se verán obligadas á reconocer que has recibido una buena educación y buenas enseñanzas, y hemos pensado que tal vez podríamos tener motivos todavía para estar contentos de ti. Y tu madre no ha querido que nos acostásemos hasta que vinieras, para hacerte un recibimiento afectuoso.

### III

Helga del Pantano Alto fué á Narlunda, y todo se realizó satisfactoriamente. Era dócil, servicial, y agradecía la menor palabra amable que la dirigieran. Considerábase siempre como la más humilde y nunca se ponía en primer término. Así fué



que no tardó mucho en granjearse la estimación de sus nuevos amos y la amistad de sus compañeras.

Los primeros días, Gudmund pareció como si tuviera miedo de dirigirse á Helga. Temía que aquella muchacha del Pantano Alto se hiciese ilusiones por haberla socorrido; pero eran vanas preocupaciones. Helga le juzgaba demasiado admirable, demasiado superior, para alzar los ojos hasta él. Así fué, que Gudmund no tardó en observar que no tenía razón alguna para mantenerla á distancia. Hasta era ella más reservada con él que con los demás.

En el transcurso del mismo otoño en que Helga había ido á Narlunda, Gudmund hizo repetidas visitas á casa del rico labrador de Elvokra, y corrió el rumor de que tenía serias probabilidades de ser el yerno. Sin embargo, hasta Navidad no se tuvo la certeza del buen éxito de la demanda. Por aquella época, el labrador mismo, con su mujer y su hija, fué de visita á Narlunda, y era evidente que el objeto de su visita era darse cuenta de la situación que le estaba reservada á Hildur, si se casaba con Gudmund.

Era la primera vez que Helga veía de cerca á la que iba á ser mujer de Gudmund. Hildur Eriksdotter no tenía aún veinte años; pero ofrecía la particularidad de que nadie podía verla sin decir que haría un día un ama de casa admirable. Era de elevada estatura, robusta, rubia y bonita, y parecía gustar de tener á su alrededor muchos quehaceres á que atender. No se mostraba nunca perpleja ni intimidada, hablaba copiosamente, y parecía siempre saber mucho más que la persona con quien departía. Había frecuentado el colegio de la ciudad durante algunos años, y llevaba los trajes más lindos que Helga hubiera visto en su vida, y, sin embargo, no parecía ni vanidosa ni coqueta. Rica y bella como era, hubiérale bastado querer para casarse con un verdadero señor; pero decía siempre que no quería convertirse en una dama ociosa y permanecer con los brazos cruzados. Quería casarse con un labrador, y dirigir ella misma su casa como verdadera labradora.

E. M.—*Junio 1911.*

A Helga le parecía Hildur una verdadera maravilla. Jamás había visto á nadie que tuviese tantos atractivos. No hubiera creído que pudiese haber un sér humano tan perfecto, desde todos los puntos de vista. Parecíale una verdadera dicha el tener que servir en lo futuro á un ama semejante.

Todo había estado bien durante la visita de los moradores de Elvokra, y, sin embargo, Helga sentía una viva inquietud al evocar sus recuerdos de aquel día. Es que, en cuanto llegaron los visitantes, entró ella á servir el café. Cuando se presentó con la bandeja, la madre de Hildur se inclinó hacia el ama de Helga, y le preguntó si era la muchacha del Pantano Alto. No había hablado tan bajo que Helga no hubiese oído muy bien la pregunta. La señora de Ingeborg contestó afirmativamente, y la otra dijo algo que Helga no pudo entender. Pero le pareció que hallaba singular que quisieran tener una muchacha así en la casa. Esto causaba mucho dolor á Helga; pero se consolaba diciéndose que era la madre, y no Hildur, la que había pronunciado tales palabras.

Un domingo, á fines del invierno, Helga y Gudmund acertaron á salir juntos de la iglesia. Al bajar la cuesta, se habían encontrado en medio de una porción de feligreses; pero éstos se les adelantaron, y Helga se encontró sola con Gudmund.

Al punto, Gudmund se acordó de que no había estado á solas con Helga desde la lejana tarde que fué al Pantano Alto, y el recuerdo de lo que había pasado en la ocasión aquélla se presentó con intensidad á su mente. Muy á menudo, en el transcurso del invierno, había recordado su primer encuentro, y siempre le había inspirado este recuerdo una sensación dulce y agradable. Al hallarse solo en su trabajo, se complacía en traer á su memoria toda la hermosa noche: la plateada bruma, el resplandor intenso de la luna, el bosque umbrío, el valle bañado de luz, y la joven que le había echado los brazos al cuello llorando de felicidad. Esta escena se hacía más bella cuanto más la evocaba. Pero al ver á Helga ocupada como las demás en la tarea diaria, á Gudmund le costaba mu-

cho trabajo imaginar que era ella la que había figurado en tal escena. Ahora que iba solo con ella por el camino de la iglesia, no pudo menos de desear que volviese á ser, á lo menos, por un corto momento, la misma de aquel día.

Helga se puso inmediatamente á hablar de Hildur. La colmaba de elogios, diciendo que era la muchacha más linda y más inteligente de toda la comarca, y felicitaba de todo corazón á Gudmund, que iba á tener una mujer semejante.

—Hay que decirle que me conserve en Narlunda—dijo ella.—Será un verdadero placer servir á un ama así.

Gudmund sonreía, y no contestaba sino con monosílabos, como si no prestase más que una atención relativa. Evidentemente, estaba muy bien que sintiera tanto entusiasmo por Hildur, y que se alegrase hasta tal punto de la boda.

—Me parece—dijo al fin—que has pasado bien el invierno con nosotros.

—Ciertamente. No podría decir lo buenos que han sido todos ustedes para mí.

—¿No has echado de menos el bosque?

—Al principio sí, pero ya no.

—Yo creía que los del bosque no podrían vivir sin él.

Helga se volvió á medias hacia su interlocutor, que iba por el otro lado del camino. Gudmund había llegado á ser casi un extraño, pero en aquel momento hubo en su voz y en su sonrisa algo que ella creyó reconocer. Sí; era el mismo que acudió á salvarla en lo más fuerte de su miseria. Aunque iba á casarse con otra, estaba ella segura de tener siempre en él un amigo abnegado y una ayuda fiel.

Experimentó una inmensa alegría al saber que podía confiar en él más que en ninguna otra persona, y juzgó que debía contarle cuanto le había ocurrido desde su último encuentro.

—Tengo que decirte—empezó—que las primeras semanas estuve muy apenada en Narlunda. Pero no le digas esto á tu madre.

—Si quieres que me calle, me callaré.

—Eché tanto de menos al bosque en los primeros tiempos, que estuve á punto de dejarlo todo para volver allí.

—¿Tenías penas? Yo creía que te alegrabas de estar con nosotros.

—Era superior á mí—dijo ella excusándose.—Comprendía lo feliz que debía juzgarme de estar en tu casa. Todos en ella eran buenos para mí, y el trabajo no era mayor que mis fuerzas; pero, sin embargo, estaba triste. Había una fuerza misteriosa que me llamaba y me atraía y quería absolutamente llevarme al bosque. Tenía la sensación, al permanecer allí abajo en el valle, de engañar y traicionar á alguien que tuviera sobre mí derechos imprescriptibles.

—Tal vez sería...—empezó á decir Gudmund, pero se detuvo en medio de la frase.

—No; no era el pequeño el que me atraía. Sabía que estaba bien cuidado y que mi madre era buena con él. No era nada determinado. Tenía la sensación de ser un ave silvestre, á la que habían encerrado en una jaula, y pensaba que me moriría si no me soltaban.

—¿Tan desgraciada te sentías?—exclamó Gudmund sonriendo, porque de repente creyó reconocerla.

Fué de repente, como si no hubiera habido ningún intervalo, y se hubiesen separado la víspera allí arriba, junto al Pantano Alto. Helga sonrió también, sin dejar de referir sus penas.

—Por la noche no dormía—dijo,—porque en cuanto me acostaba comenzaban á correr las lágrimas, y cuando me levantaba por la mañana tenía mojada toda la almohada. Por el día, al trabajar entre gente, podía contener mis lágrimas; pero en cuanto me encontraba sola, subían á mis ojos.

—Muchas lágrimas has derramado tú en la vida—dijo Gudmund.

Pero no tenía acento compasivo al pronunciar estas palabras. Daba más bien la impresión de retozarle todo el tiempo una risa silenciosa que difícilmente contenía.

—Sin duda, tú no comprenderás nunca lo grande que ha sido mi pena—dijo ella con un ardor avivado por el deseo de hacerse comprender de él.—Sufría una languidez que me chocaba á mí misma. Ni un instante podía sentirme feliz. Nada me parecía bello, nada me agradaba, no había nadie que me atrajese. Todos me eran tan extraños como el día que pasé el umbral de tu casa.

—¿Pero no decías hace un momento—preguntó Gudmund—que deseabas quedarte con nosotros?

—Ciertamente.

—Entonces, ¿ya no tienes pesares?

—No; todo ha pasado ya. Me he curado. Espera un poco y lo sabrás todo.

Al oír esto, Gudmund cruzó el camino y se puso á andar al lado de la joven. Continuaba él sonriendo. Parecía contento de escucharla hablar; pero, sin duda, no daba gran importancia á lo que decía. Poco á poco, sentíase también Helga animada del mismo estado de espíritu. Todo le parecía ligero, soleado. El camino de la iglesia, que de ordinario era tan largo y tan penoso, no la fatigaba hoy absolutamente nada. Había algo que la excitaba. Seguía con el relato porque lo había empezado, pero ahora le importaba mucho menos hablar. Hubiera experimentado el mismo placer nada más que con andar callada á su lado.

—Cuando estaba en lo más fuerte de mi pena—siguió diciendo—pedí á la señora permiso, un sábado por la tarde, para ir á mi casa á pasar el domingo. Y al subir aquella tarde por la cuesta del Pantano Alto, iba bien convencida de que no había de volver á Narlunda. Pero encontré á mis padres tan contentos con saberme en tan buena colocación en una casa tan considerada, que no me atreví á decirles que no podía continuar en ella. Además, en cuanto me encontré de nuevo en el bosque, desaparecieron por completo toda mi angustia, todas mis penas. Parecíame que todo aquello no había sido más qua una pesadilla. Y además, el pequeño me entristecía. Mi madre le

había acaparado. Ya no era mío. Evidentemente, la cosa estaba bien así, pero me costaba mucho trabajo acostumbrarme.

—Tal vez hasta te pusiste á echarnos de menos—observó Gudmund.

—¡Oh, no! El lunes por la mañana, al despertarme, cuando pensaba que tenía que volverme á marchar, me invadió de nuevo el sentimiento de languidez. Lloraba y me torturaba, porque la única solución razonable era ir á reanudar mi servicio; pero, de otra parte, me sentía ponerme mala, hasta loca, al hacerlo. Entonces me acordé de pronto haber oído decir que, llevándose un poco de ceniza del lugar propio para verterlo en el hogar extraño, se quedaba libre de toda nostalgia.

—Por lo menos, era un remedio fácil de aplicar—dijo Gudmund.

—Sí; pero había, á lo que parece, un inconveniente en servirse de él: después, se estaba en el caso de no poder vivir en otra parte. Si se dejaba el lugar adonde se habían llevado las cenizas, atormentaba el deseo de volver á él, tanto como antes el deseo de marcharse.

—¿Y no podría uno proveerse de un poco de ceniza á cada nuevo cambio de lugar?

—No, no se puede hacer más que una sola vez. Así, pues, era definitivo. De suerte que era grande el riesgo de emplear semejante remedio.

—Yo no me hubiera atrevido nunca—dijo Gudmund; y bien comprendía ella que se estaba burlando.

—Pues yo me atreví, á pesar de todo—dijo Helga.—Era preferible esto, que parecer ingrata con la señora Ingeborg y contigo. Me llevé un poco de ceniza al marchar, y una vez en Narlunda, aproveché la primera ocasión en que no había nadie en la habitación para echarla en el hogar.

—Y ahora crees que son las cenizas las que te han servido.

—Espera un poco y sabrás lo que sigue. Me puse inmediatamente al trabajo, y no pensé más en las cenizas en todo el día. Experimentaba la misma languidez que antes, y todo me

disgustaba, como de costumbre. Había mucho que hacer aquel día, tanto fuera como dentro de la casa, y cuando por la noche, después de terminada mi labor en el establo, me disponía á entrar, el fuego ardía ya en el hogar.

—Ahora me tienes con mucha curiosidad por saber lo que sigue—dijo Gudmund.

—Pienso que ya al cruzar el patio, me parecía reconocer en la llama del fuego á un antiguo amigo, y al abrir la puerta, tuve la sensación rápida, pero precisa, de entrar en nuestra cabaña, en la que había de encontrar á mis padres sentados al amor de la lumbre. Sí, todo esto lo sentía como en sueños, pero al entrar, me sorprendió grandemente encontrar á la habitación un aspecto tan lucido y agradable. Nunca, hasta entonces, había encontrado una cara tan simpática á tu madre ni á todos vosotros, como aquella noche, al veros reunidos al amor de la lumbre. Tuve una sensación de verdadero bienestar, lo que no me había ocurrido hasta aquel momento. Quedé tan sorprendida, que estuve á punto de ponerme á gritar y palmotear. Me parecíais completamente transfigurados. Ya no érais para mí unos extraños. Podía hablaros de cualquier cosa. Debes comprender lo que me alegraba de ello; pero, al mismo tiempo, no pude menos de asombrarme del cambio. Me preguntaba si estaría hechizada. Y entonces me acordé de las cenizas que había derramado.

—Es un caso muy singular—dijo Gudmund.

No daba ningún crédito á las supersticiones y hechicerías, pero no le desagradaba oír hablar de ellas por boca de Helga.

—He aquí, en fin—se dijo,—á la ingenua del bosque. No se comprende que una criatura que ha sufrido tantas desgracias siga siendo tan infantil.

—¿Verdad que es singular?—dijo Helga.—Una vez encendido el fuego en el hogar, experimentaba en vuestra casa la misma seguridad, el mismo bienestar que en otro tiempo en la mía. Pero, sin duda, también hay algún misterio en esto del fuego. Tal vez no es con todos, sino seguramente con el

que arde en un hogar á cuyo alrededor se reúne todas las noches la familia entera. Se os hace familiar. Juega, danza y chisporrotea para divertirlos; pero á veces parece como agriado y de mal humor. Es como si tuviera el poder de distribuir el bienestar y el malestar. Ahora me parecía que el fuego de mi casa me había acompañado en mi mudanza, y daba á todas las cosas el mismo aspecto familiar y amigo que á las cosas de mi casa.

—¿Y si ahora te obligaran á dejar Narlunda?—preguntó Gudmund.

—Entonces lo sentiría toda mi vida—contestó ella; y al oírla se comprendía bien que lo decía en serio.

—Pues bien; no seré yo quien te eche—dijo Gudmund; y aunque se riese al decirlo, había calor en la expresión de su voz.

No reanudaron ya la conversación y siguieron silenciosos hasta la casa. De vez en cuando, Gudmund volvía la cabeza para mirar á la que iba á su lado. La joven se había repuesto bien, desde los malos días que pasó el año último. Ahora tenía un aspecto de frescura y de pureza. Los rasgos de su cara eran finos y delicados; el pelo, rizado, formaba en su frente una verdadera aureola; los ojos tenían una expresión atrayente y enigmática. Tenía un andar rápido y ligero. Su palabra era pronta, pero, sin embargo, tímida. Tenía siempre miedo de ponerse en ridículo; pero necesitaba, no obstante, decir lo que tenía en el corazón.

A las pocas semanas de esto, Helga supo que tenía que marcharse de Narlunda en el mes de Abril; Hildur Eriksdotter no quería vivir bajo el mismo techo que ella.

No fué que sus amos se lo declarasen abiertamente; pero la señora de Ingeborg insinuó que, cuando viniese la nuera, no necesitarían probablemente tantos sirvientes, gracias á la ayuda que no dejaría de aportar aquélla á la casa. Otra vez dijo que había oído hablar de una excelente colocación para Helga, en donde estaría mejor que en la actual.



No necesitó más Helga para comprender que debía marcharse, y declaró en seguida que quería hacerlo, pero que no deseaba ninguna otra colocación: se volvería á su casa.

Bien se veía que los de Narlunda no despedían de grado propio á Helga.

El día de su marcha, hubo en la comida tal número de platos, que parecía un verdadero festín, y la señora de Ingeborg le regaló tal profusión de trajes y calzado, que la muchacha, que había llegado con un pequeño hatillo bajo el brazo, apenas pudo ahora acomodar sus efectos en un baúl grande.

—Nunca tendré una sirviente mejor que tú—dijo la señora de Ingeborg.—Y ahora no pienses demasiado mal de mí por que te despido. Comprende que no es por mi gusto. No te olvidaré. Mientras que yo pueda ayudarte, no tendrás que temer la miseria.

La encargó además mucho trabajo de ropa blanca; le dió labor para seis meses, por lo menos.

Gudmund estaba cortando leña cuando se marchaba Helga. No venía á despedirse, á pesar de que el trineo estaba ya en la puerta. Parecía tan afanado, que no veía lo que pasaba. Vióse ella obligada á ir á él para despedirse.

Dejó él el hacha, estrechó la mano de Helga, y dijo, no sin cierta precipitación:

—Gracias por el tiempo que has estado en nuestra casa.

Y reanudó el trabajo. Helga hubiera querido decirle que comprendía perfectamente la imposibilidad de seguir allí, y que todo era por culpa de ella. Pero Gudmund daba tales hachazos, que la madera volaba alrededor, y nada llegó á decir la joven.

Pero lo más singular de esta marcha fué que el mismo amo el viejo Erland Erlandsson, condujo á Helga al Pantano Alto.

El padre de Gudmund era un hombrecillo seco, calvo, de ojos claros é inteligentes. Era muy reservado y tan taciturno, que le ocurría no pronunciar una sola palabra en todo el día. Mientras que todo iba bien, no se notaba su existencia; pero

en cuanto había un percance, llegaba siempre en el momento oportuno para decir y hacer lo necesario y volver las cosas al buen estado. Era hábil en la teneduría de libros y gozaba de la estimación de sus convecinos, por lo que le encargaban toda suerte de misiones de confianza, y era más considerado que muchos de los que poseían grandes fortunas.

Erland Erlandsson llevaba á Helga por caminos que el deshielo había puesto en mal estado; pero no le permitió que se apease en las cuestas para aliviar la carga del caballo. Una vez en el Pantano Alto, permaneció largo tiempo conversando con los padres de Helga, y les dijo lo muy contentos que todos quedaban de ella. Únicamente habían prescindido de sus servicios, porque en adelante no tendrían necesidad de tantos servidores. Como ella era la más moderna, la correspondía marchar. Les había parecido injusto despedir á criados antiguos que llevaban muchos años en la casa.

Las palabras de Erland Erlandsson tuvieron el efecto previsto de preparar á Helga una buena acogida de parte de sus padres. Y al saber que no la faltaría trabajo para ganarse la vida, se mostraron contentos de tenerla en casa.

SELMA LAGERLOF

(Concluirá.)

# LA AMÉRICA MODERNA

---

La instrucción pública en las Repúblicas Americanas.—Joaquín Costa en América. Caso de aplicación de las doctrinas de europeización. Bolivia. El suelo de la República. El aislamiento. Composición de la población. La masa aborigen. El nivel cultural boliviano. La vida política. El pesimismo de Bolívar. Diferencia entre pueblo y país. Factores indígenas y exóticos de engrandecimiento nacional; la misoxenia. Razas superiores y razas inferiores; el adensamiento. La acción pedagógica. Un programa.—El conocimiento de la Argentina en Europa. La política de la emigración española juzgada por los argentinos.

Conforme á los datos que publica la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas, domiciliada en Wáshington, la instrucción pública es la siguiente en las sobredichas Repúblicas, entre las cuales no mencionamos á la Argentina, por ser su estudio ya conocido.

*Bolivia.*—La instrucción pública del país se divide en escuelas nacionales y municipales. Es gratis y nominalmente forzosa. A fines de 1909 concurrían á las escuelas nacionales unos 14.000 niños, lo que indica un notable adelanto, si se tiene en cuenta que pocos años antes (1904) sólo asistían 2.847 alumnos. En el mismo año de 1909 concurren á las escuelas municipales unos 48.000 alumnos más ó menos. El presupuesto actual ha asignado 1.900.000 bolivianos, suma que cubre aproximadamente los gastos de la instrucción pública. En el año 1909 se puso en vigencia el programa preparado por el Congreso del año anterior, y que, establecido sobre una base más

científica, produjo mayor armonía entre las escuelas nacionales y gran número de las municipales.

En Sucre se fundó una Escuela Normal; se organizó una Escuela Mercantil en La Paz, y se reconstruyó la Escuela de Minas de Oruro. Se abrió un museo para maestros. Varios profesores fueron enviados al extranjero con misiones especiales.

*Brasil.*—En algunos Estados, la instrucción primaria es obligatoria. Hay en todo el país 11.147 escuelas primarias, á las cuales concurren 565.922 alumnos, y 327 escuelas de segunda enseñanza con 30.258 alumnos. Estas cifras comprenden las escuelas oficiales y particulares.

Un decreto presidencial de Setiembre de 1909 autoriza la creación de escuelas industriales en las capitales de todos los estados. El Gobierno promete ayuda á todas las escuelas industriales particulares que se establezcan. Once Estados tienen ya escuelas industriales.

«En el Brasil no hay una verdadera Universidad.» Los establecimientos nacionales consagrados á la instrucción superior son las Escuelas de Derecho de Pernambuco y de San Pablo, las dos Escuelas de Medicina de Río de Janeiro y Bahía, la Escuela Politécnica de Río de Janeiro, la Escuela de Minas de Ouro Preto y la Escuela de Bellas Artes de Río de Janeiro.

*Colombia.*—La instrucción pública está á cargo de un miembro del Gabinete. Últimamente ha producido mejoras notables en su ramo, sobre todo en los distritos rurales. En varias partes del país existen escuelas nocturnas prácticas de artes y oficios que cuentan con el apoyo del Gobierno. Se ha decretado la creación de cinco escuelas normales y una escuela nacional de comercio.

En 1909 había 2.987 escuelas públicas con 235.000 alumnos.

A las escuelas normales se concederá una subvención de 400 pesos mensuales durante el año escolar, que consta de diez meses, para costear la instrucción de estudiantes pobres.

*Costa Rica.*—Se asignan anualmente 325.000 pesos para las escuelas públicas, y se calcula que cada alumno representa

un gasto de 12,09 pesos. Para los fines de la instrucción primaria la República se divide en cinco secciones, subdivididas en circuitos y distritos. Cada distrito tiene una Junta de Instrucción, que depende de una jefatura técnica, y ésta de la Subsecretaría de Estado en el Despacho de Instrucción pública. Hay un promedio de 30.000 niños que concurren á las escuelas primarias y 1.200 á los colegios de segunda enseñanza, que son seis. En Marzo de 1909 se introdujeron nuevos sistemas de enseñanza práctica, y un decreto posterior manda establecer escuelas preparatorias de artes y oficios y de economía doméstica en las varias capitales de provincia.

En virtud del art. 15 del tratado de Wáshington, el Gobierno de Costa Rica fué autorizado para levantar el edificio del Instituto Pedagógico Centroamericano. Estará situado en las cercanías de la ciudad de Barba.

*Cuba.*—Una buena proporción del presupuesto general del país se dedica al ramo de instrucción pública. Hay escuelas de «kindergartens» primarias y de segunda enseñanza y normales de pintura y escultura y artes y oficios. La institución docente de mayor importancia es la Universidad de la Habana, que fué establecida en 1728.

A fines de 1909, había 2.171 escuelas, 3.613 maestros y 132.740 alumnos matriculados, con un promedio de concurrencia de 98.489 alumnos.

*Chile.*—La instrucción pública en Chile no es obligatoria, pero es absolutamente gratis. Hay en la actualidad 2.215 escuelas primarias, 4.729 maestros y unos 172.000 alumnos. Además, el Estado subvenciona á 118 escuelas primarias particulares.

La segunda enseñanza se suministra en el Instituto Nacional de Santiago y en los Liceos, de los cuales hay uno en cada capital de provincia. La instrucción superior se recibe en la Universidad Nacional de Santiago y en las escuelas normales, que son 15: 6 para varones y 9 para señoritas.

La instrucción industrial, comercial y agrícola se suminis-

tra gratuitamente en escuelas públicas especiales y en varias sociedades, tales como la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad de Fomento Fabril y la Sociedad Nacional de Minería.

Estas instituciones reciben subvención oficial. La Sociedad de Fomento Fabril dirige 17 escuelas industriales en todo el país. En 9 ciudades hay escuelas mercantiles, y en 6, escuelas prácticas de agricultura. En Copiapó hay una escuela de minas, y en Santiago y la Serena escuelas prácticas para ingenieros y mineros.

La enseñanza militar se provee en la Academia Militar y cuatro escuelas militares, en tanto que la Academia Naval y cuatro escuelas más suministran enseñanza á los que se destinan á la marina.

*Ecuador.*—En Quito hay cinco colegios, dos Institutos normales, una Universidad, una Escuela de Medicina, un Instituto de Ciencias, una Escuela de artes y oficios, tres escuelas para señoritas y tres «kindergartens.» En todo el país hay más de 1.200 escuelas primarias, á las cuales concurren 70.000 alumnos.

Hay en los Estados Unidos unos 100 jóvenes ecuatorianos, estudiando en diversos colegios y universidades, y se enviaron á Europa otros 100 con idéntico fin.

*Salvador.*—El sistema de instrucción de El Salvador comprende escuelas primarias, de segunda enseñanza, de instrucción superior, profesionales y científicas. Hay actualmente 600 escuelas primarias con 35 000 alumnos inscriptos y un promedio de asistencia de 25.000. Los maestros son 1.100. En la Escuela Normal de señoritas se gradúan unas 175 todos los años. Los ramos superiores se estudian en el Instituto Superior de San Salvador.

*Guatemala.*—En este país hay escuelas nocturnas para artesanos, cuyos alumnos están exentos del servicio militar.

El Poder Ejecutivo ha instituído una fiesta nacional á la

terminación del año escolar en todo el país. Son las fiestas de Minerva.

En 1908 había en la República 1.330 escuelas con 51.280 alumnos.

Está muy difundida la enseñanza del inglés en las escuelas públicas. Para enseñar este idioma se utiliza principalmente el fonógrafo, según el método del profesor Cross.

*Haiti.*—La instrucción progresa lentamente. En 1908 había en Haití 864 escuelas. Existe una Escuela Nacional de Medicina y Farmacia y una Escuela Nacional de Derecho.

*Honduras.*—La enseñanza en las escuelas públicas es enteramente gratis. Los cursos se dividen en elemental, superior, normal y profesional. El primero es obligatorio, y está á cargo de las autoridades municipales, pero subvencionado por el Gobierno.

En 1909, el número de escuelas primarias ascendía á 655, con 767 maestros y 25.975 alumnos matriculados.

El Gobierno se propone restablecer la Escuela de Medicina sobre una sólida base financiera, á fin de que recobre el prestigio de que antes gozó.

La República gasta anualmente unos 25.000 pesos en enviar estudiantes á los Estados Unidos, Méjico y Europa, para que obtengan conocimientos profesionales.

En conformidad con lo acordado por la Conferencia de Wáshington, Honduras contribuyó con 100.000 pesos para el establecimiento del Instituto Pedagógico de la América Central, en Costa Rica.

*Méjico.*—En la ciudad de Méjico, el distrito federal y los territorios nacionales, la instrucción pública está directamente á cargo del secretario de Instrucción pública. Las escuelas primarias y de segunda enseñanza están bajo el dominio de los Estados, pero las instituciones públicas superiores establecidas en los Estados quedan sujetas á la inspección del Gobierno nacional.

Los edificios escolares son en las ciudades populosas de lo más moderno y confortable.

En las escuelas públicas primarias la instrucción es obligatoria, exigiéndose la concurrencia de los niños de seis á diez y seis años de edad.

Se estimula la concurrencia á las escuelas de segunda enseñanza. En éstas se estudia mucho el idioma inglés.

Se calcula que asisten á las escuelas públicas mejicanas alrededor de 1.000.000 de niños.

En ocasión del Centenario de la Independencia, en Septiembre del año pasado, el Gobierno se propuso realizar la unificación de muchos colegios, bajo una misma dirección y con el título de Universidad Nacional de Méjico.

El Sr. J. Ives Limantour hizo un donativo de 98.500 pesos para la construcción de un *hogar* para los estudiantes que van á la ciudad de Méjico procedentes de las distintas partes de la República, con el fin de terminar sus estudios profesionales. La institución proyectada proporcionará á los estudiantes habitaciones cómodas y buenos alimentos á precios reducidos.

*Nicaragua.*—El ramo de instrucción pública está á cargo del ministro de Relaciones Exteriores é Instrucción pública. En el último año, acerca del cual ha sido posible obtener datos estadísticos fidedignos, había poco más de 125.000 niños de edad escolar, ó sea cerca de un 20 por 100 de la población del país, y 352 escuelas primarias para ambos sexos sostenidas por el Gobierno. Cada escuela tiene un superintendente. En los varios departamentos del país había 391 maestros. En realidad, sólo un 12  $\frac{1}{2}$  por 100 de los niños en edad escolar concurría á las escuelas.

Había cuatro escuelas de enseñanza superior: tres para varones y una para señoritas. Los ramos profesionales contaban con tres Escuelas de Derecho y una de Medicina.

*Panamá.*—Según el informe anual del Cónsul general de los Estados Unidos, el sistema de instrucción pública de Panamá se halla dividido en primaria, secundaria, industrial y profe-



sional. La primaria tiene un notable adelanto en todo el país.

El Gobierno pensiona, para que estudien en el extranjero, á 65 estudiantes, de los cuales 15 son mujeres.

Con el consentimiento de los Estados Unidos, el Gobierno ha establecido en la zona del canal una escuela para ambos sexos.

A fines del año escolar 1909-10, la República tenía 242 colegios y escuelas oficiales, con 396 maestros y 14.305 alumnos.

*Paraguay.*—A principios de 1909 había en la República 344 escuelas primarias con 756 maestros y 40.605 alumnos. Además, las escuelas particulares tenían más de 2.000 alumnos. El curso de instrucción primaria abarca un período de seis años. Hay dos Escuelas Normales.

*Perú.*—A principios de 1909, el número de escuelas primarias ascendía á 2.339, con 3.015 maestros y 162.298 alumnos. A la Escuela Central de Enseñanza Manual y Cultura Física, establecidas en Lima en Junio de 1907, concurren 120 alumnos.

Un decreto del Poder Ejecutivo de Enero de 1909 prescribe que se nombren anualmente cuatro estudiantes de profesiones liberales para que continúen sus estudios en el extranjero á costa del Gobierno, estipulándose que, al vencimiento de dos años, deberán prestar servicios á la República.

*República Dominicana*—Este país contaba con 440 escuelas y 16.000 alumnos á principios de 1909.

*Uruguay.*—La instrucción primaria es obligatoria. A fines de 1909 había 791 escuelas primarias, con 74.896 alumnos, y 289 escuelas particulares con 4.000 alumnos. Hay el propósito de aumentar el número de escuelas, de modo que funcione una por cada 1.000 habitantes. Existen escuelas nocturnas para adultos.

*Venezuela.*—La instrucción pública de la República se halla á cargo del Gobierno federal, de los Estados y de los Municipios. Número de escuelas en 1909: de varones, 731; de niños, 574; mixtas, 238; total, 1.453 con 48.718 alumnos.

E. M.—Junio 1911.

La organización de la enseñanza pública, tal como se ofrece por los datos expuestos, presenta, como problemas á resolver, el desenvolvimiento de la enseñanza técnica y el desarrollo de la enseñanza facultativa; pero no hay que olvidar que este desenvolvimiento va *pari passu* con otros desenvolvimientos de carácter económico social de no lejana realidad en América. La expansión cultural americana se muestra en esa emigración de intelectuales que desde el seno de las Indias clásicas van buscando las nuevas Indias de cultura en otros países, apartando de sí ese sentimiento de misoxenia, que quiere decir, en lenguaje más claro, nacionalismo tradicionalista, indigenismo, ó sea muralla de la China.

\*  
\*  
\*

La República Boliviana constituye el verdadero *Hinterland* de la América del Sur; tiene una extensión de 1.470.196 kilómetros y una población absoluta de 2.267.935; la población relativa es de 1,5 habitantes (1908). Este país ha recibido el nombre de *Pueblo enfermo*; un distinguido escritor, Alcides Arguedas, llama así á la República Boliviana en un reciente libro (1).

¿Cómo vive este país? ¿Cómo es su suelo, su población y su cultura? ¿Cuál la causa de su estado actual, y cuál el ideal á realizar? Estas son las cuestiones que á propósito de Bolivia estudia el sobredicho escritor.

Alcides Arguedas ha estudiado cuidadosamente la República Boliviana, y transparenta en su espíritu crítico la influencia de Joaquín Costa, cuyo programa de regeneración para España encuentra aplicable á la República Boliviana. Por la exposición, estilo y procedimiento analítico, Alcides Arguedas recuerda más á Macías Picavea que á Costa; de todos modos,

---

(1) A. Arguedas: *Pueblo enfermo*, contribución á la psicología de los pueblos hispano-americanos. Barcelona, 1910.

es un escritor que está nutrido con savia de pura cepa española, cuyo trabajo es digno de una larga meditación.

Bolivia es un país metido en las entrañas de la América del Sur; viene á ser así como un gigantesco escenario por el que pasan pequeñas marionetas y ningún coro aparece. Repite el caso de la mayor parte de los países ibero-americanos en los principios de la emancipación, y demanda análogas soluciones á las empleadas en otros, como Méjico y Argentina.

El suelo boliviano es multiforme. La región *interandina* tiene como símbolo la *puna*, la alta y monótona meseta; la región *amazónica* tiene una riqueza natural típica en los países americanos, y lo mismo la regional del Plata. La descripción de la *puna* boliviana recuerda la pintura que Macías Picavea hace de la Tierra de Campos y de sus habitantes. La altura mínima sobre el nivel del mar es de 2.500 metros, y la máxima de 3.824. Alcides Arguedas describe con delicadeza magistral la región interandina. Las estaciones en dicha región son dos solamente: el verano y el invierno. En la primera, las continuadas lluvias hacen crecer el caudal de los ríos y de los lagos; el campo se cubre de un verdor amarillento y en las hondonadas se forman pantanos, ricos en aves marinas. Esta estación dura de Noviembre á Abril. De Mayo á Setiembre, es decir, en invierno, el campo es sólo un inmenso páramo gris. Fuertes rachas de viento levantan torbellinos de polvo. El sol brilla intenso, los charcos se secan y el aire es de una pureza admirable. Los más lejanos objetos destacan, nítidos, sus contornos; los cimas de las nevadas montañas fulgen albas; pero dondequiera que los ojos se dirijan, sólo descubren desolación y tristura que se hacen *tangibles*, á la hora del crepúsculo, á esa en que no se sabe si es el día ó la noche lo que impera... Podría decirse que la pampa, en invierno, da la impresión del mar, pero de un mar muerto, sin olas, sin furros, lúgubre, hostil. Allí no se sorprende la vida, sino la nada. En medio de esa quietud petrificada, de esas sábanas grises y polvorosas, donde las caravanas, por numerosas que sean, semejan grupos

de hormigas decrepitas sobre la vasta extensión de un plano, se siente tal abandono, tal soledad, que el espíritu no tiene ánimo de remontarse, de soñar. De ahí la ausencia de toda poesía en las razas que lo pueblan. Su belleza, si puede haber belleza dentro de la uniformidad de líneas y colores, es rara. En las primeras horas del día, bajo el cielo limpio y sereno, la pampa aparece cuajada de escarcha. Hiélanse los arroyos y manantiales, y del suelo endurecido se levantan reflejos cristalinos y vibran en el aire soplos de nieve entumecedores. La calma reina; el humo de los hogares indígenas elévase en espirales al cielo, y no se oye sino el incansable balido de las bestias encerradas en los apriscos, el estridente grito de las aves de presa y, de vez en cuando, el tintineo de una esquila que se aleja, el ladrido de un perro que vigila el enflaquecido rebaño, la melancólica agonía de una *quena* que solloza...

El color dominante y absorbente es el gris. Por partes ven- se manchas verdes y amarillas, son los campos de sembrío; pero esto en pequeña extensión y en las cercanías de los pobla- chos ó villorios. El resto es uniformemente gris. Algunos ce- rros ennegrecidos rompen la uniformidad del llano; son cerros rocosos, los más, y consiste su vegetación en paja dura y ás- pera y una especie de espinos con blanca pelusilla, que florecen á ras del suelo. La sequedad de éste, en su mayor extensión, es siniestra. Manchado en sitios de ocre, en otros de pardo, en otros de ceniza, alárgase implacablemente desnudo, dejando un horizonte amplio, vibrante de luz, y ofreciendo curiosos fe- nómenos de espejismo que fingen gigantescas urbes, lagos de onda muerta...

La fauna es pobre...

Los yacimientos auríferos son importantes en esta región. Ulloa, en su célebre *Viaje histórico*, hace notar su riqueza mi- neral; lo mismo Pedro Kramer (La industria en Bolivia); los ingenieros yanquis señalan en tal región ciertas zonas que producen de una á dos onzas de oro de buena calidad por to- nelada.

Después de esta región, ofrecen las regiones amazónica y del Plata un espectáculo opuesto, con sus valles profundos y ricos de vegetación, sus ríos caudalosos, bosques copiosos y comarcas de montañas suizas.

¿Por qué este país tiene tan escasa significación entre los pueblos ibero-americanos? Sencillamente, porque el potencial creador de su población es escaso, á causa de su mesticidad, de su falta de formación cultural, de su rarefacción y aislamiento.

Los caminos son raros y apenas son practicables ocho meses al año; las poblaciones están como islas oceánicas, perdidas, apartadas unas de otras por trechos no inferiores á 160 kilómetros; los ferrocarriles son escasos; según Arguedas, la línea más importante tiene 600 kilómetros, otra 95, y se han trazado otras, ya en construcción; según las estadísticas del *Gotha*, los kilómetros de vía férrea bolivianos, ascienden á 1.127, en 1908, incluyendo, tal vez, los que están en vías de construcción. La vida social, en sus manifestaciones económicas, está estancada; está imposibilitado de alumbrar sus riquezas el suelo boliviano con tal aislamiento. La población resulta un conglomerado con predominio numérico de elementos indígenas, ascendiente social de mestizos y menor influencia de blancos. Según los datos relativos á la composición de la población, por razas, la participación es la siguiente (1):

Indígenas.....	903.126
Mestizos.....	485.293
Blancos.....	231.088
Negros.....	3.945
<i>No especificados</i> .....	121.116
	<hr/>
Total.....	1.744.568
De éstos,	
Saben leer.....	218.845
Analfabetos.....	1.525.723

(1) *Geografía Nacional*, 1905.

¿Está claro?

Los indígenas, que constituyen cerca de un millón, son el peso muerto en la lenta marcha del país; á veces, la fuerza de arresto y neutralizadora de su progreso. He aquí un retrato del indio:

De regular estatura, quizás más alto que bajo, de color cobrizo pronunciado, de greña áspera y larga, de ojos de mirar esquivo y huraño, labios gruesos; el conjunto de su rostro, en general, es poco atrayente, y no acusa ni inteligencia ni bondad; al contrario, aunque, por lo común, el rostro del indio es impasible y mudo, no revela todo lo que en el interior de su alma se agita. En ese conjunto de líneas ásperas, de angulosidades chocantes, encuéntranse algunas veces, y en ciertos sitios, líneas más suaves, más puras y tez más clara, conforme se va saliendo de estas regiones altas y entrando á climas mejores y más clementes. Ya en los valles, la misma raza adquiere aspecto simpático; se ven rostros graciosos y hasta bonitos en las mujeres.

Su carácter tiene la rudeza y la aridez del yermo. Es duro, rencoroso, egoísta, cruel, vengativo y desconfiado. Le falta voluntad, persistencia de ánimo, y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se le diferencia. De ahí su odio al blanco.

Su vida es parca y dura hasta lo increíble. No sabe ni de la comodidad ni del reposo. No gusta placeres, ignora lujos. Para él, ser dueño de una ropa llena de bordados, con la que pueda presentarse en la fiesta del pueblo ó de la parroquia, y embriagarse lo mejor que le sea permitido, y el mayor tiempo posible, es el colmo de la dicha. Una fiesta le parecerá tanto más lucida cuantos más días se prolongue. Bailar, beber, es su sola satisfacción; no conoce otras. Es animal expansivo con los de su especie; fuera de su centro, mantiénese reservado y hosco. En su casa huelga la miseria absoluta, el abandono completo. En la casa del indio no hay nada sino suciedad, y es—según una nota anónima consignada en la citada *Estadís-*

*tica*—«una miserable y pequeña choza, hecha con barro, piedras y con techura de paja. Dentro de esta lóbrega y desaseada habitación vive toda su familia, en la que se recoge por la noche, recostándose sobre la desnuda tierra ó sobre vellones de cordero carcomidos. En toda la extensión de la República se ven ranchos de indios diseminados...»

Todo esto, el abuso del alcohol, el exceso de trabajo, la mala y deficiente alimentación, la absoluta falta de higiene, van minando el vigor prodigioso de la raza. Hoy, la mayor parte de las pestes y enfermedades infecciosas hacen estragos entre las clases indígenas y mestizas, porque son las menos limpias. El altiplano se despuebla, la población indígena decrece en proporciones geométricas; y bien porque el desgaste nervioso haya ocasionado pérdida de energías, ó porque se da cuenta de su completo fracaso, ó porque ha desechado ya en absoluto la idea de reivindicación, cara á su fantasía desde los remotos tiempos de la conquista, la tristeza, una de las características de su temperamento, es hoy su refugio.

«Cuenta Markham—dice Reclus (1)—haber oído en los alrededores de Ayacucho cantar á las madres, en tanto daban el pecho á sus hijos, estrofas rebosando llanto y desesperación, semejantes á éstas:

*En noche tormentosa fui concebido.—Así me asemejo á una nube que, preñada de amarguras y tristezas, se desata en lágrimas al menor soplo de la adversidad.—Naciste en triste albergue.—Mi madre cantaba dándome el pecho.—La lluvia y la tormenta fueron tu cuna.—Abandonado y solo, erré al azar buscando un alma caritativa.—Nadie se apiada de mi miseria.—Maldito sea mi nacimiento.—Maldita fué mi concepción.—Maldito el mundo, maldito todo, maldito yo.»*

La raza mestiza ha nacido de la fusión entre el invasor blanco y el indio. El *cholo*, cuando permanece sin salir de su medio, revela, á pesar de sus muchos vicios, excelentes cuali-

(1) Onésimo y Eliseo Reclus: *Geografía Universal*.

dades de carácter: es activo, aunque inclinado á la rapiña; valiente, pero holgazán; tímido, á la vez que altanero. Como el blanco, repugna el ejercicio de la voluntad, y siente aversión por todo lo que significa esfuerzo. Inteligente, listo, adquiere sin gran trabajo ideas generales; pero tiene el defecto de dejarse llevar por todo dogmatismo intransigente y avasallador.

Cuando adquiere cierta cultura, se exaltan sus instintos dominadores, y es ambicioso por cosas vulgares y de poca significación, aficionado al brillo y al fausto, díscolo, mordaz, envidioso, agresivo y susceptible en extremo, llegando á veces á la ruina de sus intereses ó de su prestigio profesional para alcanzar los pequeños triunfos sociales ó políticos que ardientemente anhela su fantasía, como se ha visto mucho en estos últimos tiempos.

Jamás, nunca avivan su espíritu ni la admiración ferviente ni el entusiasmo exaltado. Para admirar mucho, le falta educarse; para sentir entusiasmo, le falta comprender.

La raza blanca, no llevando pura la masa de su sangre, tiene ciertos rasgos salientes que la diferencian notablemente de la que procede; pero, de igual modo, por causas de medio físico y de educación, es impotente de desplegar sus energías en franco brote de espontaneidad. Holgazana y parca en ambiciones, está atacada del vicio de la empleomanía, lo que demuestra en ella viejos atavismos de dominación; diríase que aún no ha adquirido el hábito de vivir libremente y gobernarse por sí misma. Débil de voluntad, sólo obedece el blanco á sus impulsiones del momento, y uno de sus más graves defectos es el de la imprevisión. Sus facultades de adaptabilidad al medio son envidiables: es generoso, inteligente, delicado. Menos interesado que el cholo, como éste, es profundamente conservador, y su fatal característica consiste en faltarle casi en absoluto el sentimiento del deber y en no saberse imponer ninguna disciplina mental.

La formación cultural, la educación, podrían hacer progresar á algunas de estas razas, sobre todo la blanca, pero los



centros de cultura apenas tienen significación. La escasa cultura que hay en Bolivia se reduce á esos elementales, que se llaman leer, escribir y contar. Hay *siete* Universidades, tres de las cuales, dice Arguedas, tienen tres Facultades: Derecho, Medicina y Teología; *una*, dos: Derecho y Teología; y *tres*, una: Derecho.

El anhelo de instrucción es tal, que en el año 1901 la Facultad de Tarija contaba con *un* profesor y *un* alumno; la de Medicina de Cochabamba, *un* profesor y *cuatro* alumnos...

El material científico es poco menos que nulo.

El producto político de todos estos materiales humanos está expresado en las sesenta revueltas y serie de guerras internacionales que se sucedieron desde 1825 á 1898. Ha sido Bolivia el país clásico de las grandes batudas de Presidentes que solían subir al Poder sobre el cadáver de su antecesor. Todo esto lo predijo Bolívar, que, después de fundar cinco Repúblicas, escribió días antes de morir:

«La América es ingobernable; los que han servido á la revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para pasar después á la de tiranuelos imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América.»

\*  
\*\*

Repito mi primer juicio: Bolivia repite el caso de los países ibero-americanos en los principios de su emancipación. Bolívar dió un juicio prematuro sobre el porvenir de América: sobre la nebulosa de futuros mundos que él contribuyó á formar, no pueden aplicarse juicios que sólo convienen y son propios de sociedades formadas, y que, en la pendiente de la decadencia, arrancan lamentos á los críticos y estadistas.

Bolivia no es un pueblo, ni está enfermo, como dice Alcides Arguedas. No es un pueblo, porque le falta esa cohesión espiritual y ese calor del sentimiento colectivo que, unido á tradiciones históricas comunes y á ciertos rasgos típicos espirituales, como el lenguaje, pueden fundar una nacionalidad aún sobre la base de una amalgama de razas; no está enfermo; su estado, en vez de ser patológico, es de incultura, selvático, si se quiere, pero no morboso. Bolivia es sencillamente *un país*, no un pueblo, en el que viven distintas razas, sin más vínculo que la coacción externa del Poder político, y alguna de esas razas vegeta solamente. El pueblo está por formarse; se formará, tal vez, si aparecen esas fuerzas que Costa personificaba en el cirujano de hierro, si yo bien creo que ésta es labor de muchos cirujanos; que uno solo no podría transformar un pueblo, así como tampoco el Delfín de Francia podía transformar por sí solo el pueblo francés, como creían aquellos maestros que sólo se preocupaban de la educación de los hijos de los reyes franceses.

Pero el Sr. Arguedas, que ha sido acerbamente criticado por el delito de haber sido sincero con los bolivianos, transforma la valentía de su crítica sobre Bolivia en un optimismo un tanto precipitado, al examinar los factores de la reforma nacional boliviana.

Si todas las deficiencias de carácter—dice—y educación señalados hasta aquí no tuvieran, no sólo explicación lógica, sino disculpa, fuerza sería concluir, fatalmente, sin remisión, que Bolivia—al igual de muchos pueblos ofrecedores del mismo ó más desesperante espectáculo—era pueblo llegado á la última etapa de decadencia, é irredento, por lo tanto; pero para afirmar esta creencia, indispensable se haría olvidar que esos pueblos nacieron prematuramente, sin ninguna clase de preparación en la vida autónoma é institucional, y que en el primer período de existencia de un pueblo, que es de formación y ensayo, forzosa é inevitablemente tiene que pasar—sobre todo en un aspecto político—por una época más ó menos

larga de convulsiones, trastornos, sacudimientos, so pena de nacer no viable y atacado de parálisis. Se puede sostener, con el vidente Angel Ganivet, que todo esto es efecto de la vida misma, de la superabundancia de fuerzas, quizás mal orientadas, pero en todo caso denunciadoras de vigor y salud hasta la plétora, que ya es *enfermedad*... Para el proceso y marcha armónica de Bolivia se opusieron muchos y poderosos obstáculos. Fueron telúricos ante todo. El territorio, extenso y vario, no podía prestarse al desarrollo paralelo de todas las energías; y la absoluta falta de medios de comunicación hizo, ó mejor, hace, que las diversas circunscripciones vivan alejadas entre sí sin unidad de aspiraciones, factor indispensable para cohesionar un carácter y dar fuerza á un país. Cada zona, cada región, aislóse, conservando sus propios elementos, cuidando con esmero lo que era peculiar en ella, y así, cada uno tiene sus diferencias, si no esenciales, por lo menos harto perceptibles. Susceptibilidades prematuras y mal encauzadas, por otra parte, exagerado desarrollo del sentimiento, poco hábito de análisis, esto es, la vida puramente instintiva, ha distraído de sus fines normales toda nuestra actividad, sin que todavía se note movimiento de reacción contra semejante modalidad que, por no ser adaptable y compatible con las modernas condiciones de vida, tienen que desaparecer con el tiempo fatalmente. Para intentar obra de reacción contra todos estos males, no hay que buscar, de consiguiente, los paliativos fuera, sino dentro del mismo país. En su composición psicológica misma, con sus mismos elementos heterogéneos y dispersos, que es indispensable aprovechar, para de ese modo propender á una unidad de reacción que puede dar excelentes y provechosos frutos. Eso de poner la mirada en otros países de distinta psicología y formación del nuestro, y tratar de imitar sus procedimientos curativos, es grave error de políticos poco ejercitados en el estudio consciente de su país.

Ciertamente que hay instituciones exóticas que no es posible arraigar en otros suelos: el derecho francés, por ejemplo,

no es aplicable en todos los lugares de Alemania, pero hay algo que es cultura, que es europeísmo aplicable á todos los países donde haya mentalidades capaces; europeísmo quiere decir importación y asimilación de productos racionales, de valores culturales que no pueden darse *espontáneamente*. Cuando hay indígenas, tanto en Bolivia como en España, que se burlan de la europeización y luego dicen doctoralmente «veamos antes lo que hay en nuestras entrañas espirituales», suponen que en el mundo humano hay un fatalismo, una predestinación igual al mundo físico, perfectamente limitado en sus propiedades. No pueden darse en Prusia los naranjos porque el clima prusiano no es capaz para tal cultivo; pero los prusianos pueden cultivar, asimilar y producir cosas análogas á las que escribiera Lope de Vega entre nosotros, influido por aquella Academia de Literatura valenciana que se llamó Escuela de los Nocturnos. En las entrañas espirituales, cuando se trata de una raza idónea, no hay más que un pan de cera moldeable, tanto más moldeable, cuanto más susceptible de ser educada resulta; sólo las razas degeneradas ó estancadas, misonéistas, tienen petrificadas las llamadas entrañas espirituales.

Los pueblos que se organizan conforme á la pauta de la civilización occidental, tienen un tipo común, problemas comunes, y, por lo tanto, las soluciones, comunes son también. No cabe decir, cuando de ellos se trata, que cada pueblo tiene necesariamente una peculiaridad que modifica las cosas comunes. El proteísmo social no alcanza á destruir cierta internacionalización de la vida.

Ciertamente que la educación transforma, pero no crea. Las razas inferiores, difícilmente pueden ascender al plano en que viven las razas superiores. Un bosquimano, un piel roja, será siempre refractario á los procedimientos más refinados de la pedagogía. Alcides Arguedas parece demasiado optimista al abordar este punto, que se enlaza con el problema étnico boliviano.

Por desgracia, dice, las fatalidades de raza, bien que se les

niegue, parecen ser un hecho, ó por lo menos se imponen con carácter dominador, en cierta clase de manifestaciones.

En Bolivia, el indio, elemento principal, tomado aisladamente, puede ser susceptible, no sólo de adaptación, sino de educación sólida; pero será siempre nulo en obras de iniciativa y busca personal, pues, por temperamento, esencialmente misoneísta, es decir, enemigo de lo nuevo. Reúne bellas cualidades, á no dudarlo. Es fuerte, sobrio, económico, valiente, paciente, tenaz, aguerrido. Su sentimiento del deber, hoy anulado por la ignorancia del *haber* y su amor exagerado al terruño, á todo lo que lleva marca de su propiedad, lo hacen recomendable, indispensable si se quiere, pero no hasta el punto de preferirlo—como se piensa—á una inmigración seleccionada é inteligente. Todas esas buenas cualidades, combinadas, harían de él un obrero, ó mejor, un agricultor ejemplar y un soldado incomparable, y por ello—á lo menos por lo pronto—se debe tomar como medida urgente imponer por medio de la propaganda continua, á que los poderes públicos se esfuercen en cambiar sus condiciones de vida. Hay muchas leyes que la protegen; pero, como casi todas las leyes entre nosotros, sólo se quedan escritas, si no son violadas por los mismos encargados de aplicarlas, que es lo general.

Fuerza es desarraigar del sentimiento popular el prejuicio de que la raza indígena está irremediablemente perdida y es raza muerta. Eso de que blancos y mestizos se crean formados de arcilla diferente y vean en el indio cómodo elemento de explotación, delata pernicioso estado de espíritu en la colectividad.

Supongamos—y esta suposición no es aventurada—que desaparezca del altiplano, hoy la sola región poblada: no habría otro sér de la fauna humana con quien reemplazarlo, ni aun con el cholo, porque el cholo es más holgazán y más alcohólico que el indio. El indio bebe, es verdad, pero por causas que le parecen dignas de conmemorarse: las cosechas, las fiestas cantonal y patronal, un buen negocio, los síntomas de un buen

año...; el cholo bebe por vicio é inclinación, y todavía es insolente, díscolo, aficionado á apropiarse de lo ajeno. Sus instintos rapaces son más acentuados que en el indio. Si éste se satisface con poco, aquél no se contenta con nada. ¿Con gente inmigradora? Menos. Una inmigración, cualquiera que sea, demanda gastos que ninguno de nuestros propietarios los harían y, además, y sobre todo, requieren un régimen alimenticio especial, cierto *confort* desconocido del indio, y adecuadas condiciones de clima, suelo, paisaje, hábitos, idioma, etc., etc.

Hablemos claro: en la distribución del trabajo, Arguedas desliza la idea de reservarle al indio la tarea más dura, como en las colonias de plantación se hace con los negros. No hay otro remedio. Esto es más humano, después de todo, que la política del rifle, tan bien administrada como lo han hecho ingleses y alemanes.

Pero después del problema de selección de la población está el problema del adensamiento. Si se repugna seguir el camino del aumento de la población en Bolivia, por medio de la inmigración, no queda más recurso que provocar el incremento natural de la misma, por medio de un aumento de la producción y de un buen reparto de lo producido. Y la producción de riqueza supone espíritu económico, progreso técnico, buena política económica en el Estado, es decir, una formación política y social bien distinta de esa pasión insana, por el poder que tan patrióticamente critica Arguedas. Vamos á parar al problema de los problemas: al problema pedagógico.

En la psicología boliviana ve nuestro escritor buena base para la edificación.

La sugestionabilidad—dice—siendo característica de una raza, puede ser causa de un adelanto lento, pero continuo, siendo necesario propender de inmediato á una centralización de aspiraciones, para lo cual es preciso orientarse primero, ver adónde se quiere ir y qué es lo que se desea hacer.

Semejante consciencia tiene que ser resultado directo de una radical reforma escolar.

Y éste es el gran problema, el único casi, que ha de modificar esos tres elementos que se combinan de manera fatal para oponerse aún en largo tiempo al desarrollo del país: la inmoralidad profunda y la falta de preparación del elemento que domina, la corrupción patente del elemento dominado, y la nulidad de la raza indígena, elemento dominante.

Continuar echando la culpa del fracaso productivo y comercial del país, sólo y exclusivamente á una situación mediterránea, es condenarlo á perecer, porque esas condiciones no han de cambiar ni desaparecer nunca, ni aun cuando se cubra de líneas férreas su territorio.

Más conveniente y aun más lógico es ver la verdad y convencerse, de una vez por todas, de que lo que lo ha colocado en esta falsa posición es esa falta de actividad é iniciativa comercial y agrícola, la mala educación, pues estos males se corrigen, y aquél no, porque—y aquí está el eficaz remedio—esa falta de iniciativa, esa inadaptabilidad no depende de la insuficiencia mental de la raza, sino de nuestra malhadada pereza física. Todo viene de ahí, ó mejor, casi todo: la rutina, el cansancio, etc. De donde lógicamente se desprende que el gran problema nacional, ante todo es, repito, pedagógico.

Bien sé que hoy, la gran idolatría de las colectividades es la pedagogía, como era antes la religión, como mañana será yo no sé qué; pero—fuerza es convenirlo,—por lo menos, ésta tiene por fin conseguir resultados prácticos de inmediata aplicación, despertando en el individuo anhelos de triunfo y posesión absoluta de todos los bienes que pueden satisfacer su personalidad desde el punto de vista físico y moral.

En este concepto, y aunque no siempre sean absolutos los resultados que á esa entidad se le atribuyen con un entusiasmo simpático y comunicativo, por lo tal, indispensable será concederle todo el mérito que hoy le dan los pueblos de éste caduco continente, ya gastados de casi tanto buscar nuevas orientaciones para su perfectibilidad y progreso.

La escuela y el taller combinados tienen que ser allí las

forjas en que se moldee la raza adquiriendo el espíritu una flexibilidad nueva, no ya apta para producir flores de vana retórica grata á la vanidad de los caudillos, sino para emprender obras de iniciativa, obligando con el ejemplo, á quiénes lo pueden, á trabajar en labor fecunda, pues, desgraciadamente, aún se desconoce casi en absoluto la ambición de adaptarse á situaciones nuevas, esto es, en resumen, constituye el progreso. De la manera que hoy se entiende los negocios y se cultivan los campos, entendíanlos y cultivábanlos nuestros padres y abuelos hace ochenta ó cien años. La rutina es la gran maestra.

Nácese rutinarios, y en la rutina se muere. La escuela, en todas partes centro de actividad impulsora y consciente de la iniciativa, de la busca personal, del análisis, es la primera en formarnos así. Como los torrentes en cauce estrecho y profundo, la actividad, ni aun desbordada, encuentra campo para correr libre; ¡siempre los muros insalvables, espesos maticos, hechos con sólidos materiales!; los perjuicios de casta, el respeto á fórmulas consagradas, el temor de herir lo viejo. Desconócese el análisis y el método; no se tiene idea de lo que es pensar. Nuestras lecciones, en colegio, las damos recitándolas en parloteo puramente cotorril; al alumno que se *atreve* á proponer una cuestión al profesor, se le considera un *sublevado*. Los profesores no exigen de sus alumnos sino la obediencia pasiva, incondicional, y no se les pide otra cosa que respetuosa admiración por su sabia enseñanza. Nuestras madres no saben ni pueden ¡las pobres! satisfacer nuestra curiosidad inquieta de niños, pues á nuestras preguntas, si no responden con el silencio, nos lo imponen éste con maneras violentas: *magister dixit*.

Aparte de esto, la escuela y el taller tienen que descuajar de nuestra mentalidad ese ciego fatalismo, erigido ya en norma de conformidad colectiva al hacer emanar todos los actos de una potencia vigilante y rencorosa.

Esto, relacionándose á lo sobrenatural, ha influido en mu-



cho sobre lo terrenal, pues los dos principios que los resumen y caracterizan, parecen concordar, apoyarse y sostenerse mutuamente; si todo emana de Dios en lo eterno, es justo que todo provenga del Estado en el tiempo.

De una concepción así ha nacido la pasividad, de igual manera característica de la raza indígena, acostumbrada al esfuerzo reglado y medido. Todo se pide á esos dos poderes. Al uno, la paz del espíritu y la recompensa en el cielo de nuestras buenas acciones; al otro, el cumplimiento de nuestras necesidades en la tierra; pero preocupándonos más de la tierra que del cielo, en lo que, quizás, damos pruebas de ese buen sentido práctico tan reclamado por todos los teorizantes de la regeneración inmediata, como si ésta fuera efecto de la simple voluntad, y no de la educación.

Pídesele al Estado toda suerte de ventajas, y esta propensión demandadora va produciendo desastrosos efectos en el conjunto. Así, v. gr., ya es patente esa atrofia colectiva, señalada en otra parte, resultado de la pereza individual.

Esta, que bien pudiera llamarse puramente física, produce esa irritabilidad partidaria, por el simple hecho que dondequiera que el grupo, en todas sus clases, sólo observe como regular y legítima norma la satisfacción de necesidades mediante la ayuda del Estado, siempre la vida colectiva estará agitada por luchas, tanto más vehementes, cuanto mayor tiempo dominan grupos reducidos y apoyados por la punta de las bayonetas. Y surgen así las sediciones, particularidad de pueblos inactivos, de poco vigor mental, pobres y perezosos. Y la vida es una batalla perpetua, ardiente, pues se combate por la más primordial de las necesidades: por comer, y en este caso se redoblan las energías, descuidando intereses de categoría moral.

Y la escuela cambiará esto; así lo hace esperar la capacidad de la raza, que, con todo y no estar sometida á ningún racional régimen educativo, ha producido seres de extraordinaria potencia mental (Santa Cruz, Olañeta, Linares, Baptista, Villazón), y si la labor de éstos no es patentizable en obras de vasta

composición, es porque el medio les fué hostil y no hallaron la simpatía que requiere todo trabajo. Y la escuela es la encargada de mejorar ese medio, fecundarlo, redimirlo, y de ahí la necesidad urgente de su pronta instalación y más pronto funcionamiento. El mejor Gobierno será, de consiguiente, no el que inspire mayor número de leyes, cuya acción casi siempre es nula, ni el que aumente el efectivo del ejército inútil en necesidades de defensa exterior, sino—esto es de sentido común—el que, abriendo más escuelas y tendiendo el mayor número de rieles, labore en la conciencia individual de manera que llegue á ser axioma generalmente aceptado ese principio vulgar en economía que consiste en tener en cuenta que en la común labor nadie es inútil, y que acrecentar la propia razonable satisfacción es eficaz manera de contribuir á la satisfacción general; el que se esfuerce en comprobar palpablemente que es preciso favorecer la iniciativa personal y arrancar de cuajo la manía empleomaníaca, advirtiendo, probando mejor, que el empleado ya no es hombre entero, sino medio hombre; el que nos inculque de manera firme que no pedir, no solicitar favor, tender á una independencia salvaje, feroz si se quiere, pero independencia, es decir, libertad de moverse en todo sentido, aunque sea en los límites de un círculo estrecho, poder de obrar para su satisfacción propia y no para la ajena, es tarea que conduce á grandes destinos, y así se hará obra más fecunda que toda la de aquellos que hasta hace poco vinieron dominando, sin inspirarse en ideas de orden práctico y de inmediata realización.

Felizmente, ya se nota movimiento en este sentido, y aunque en el tumulto de las pasiones burocráticas se anule el vano criterio, disfrazando á la verdad, constituirá timbre de honor para el Gobierno del Sr. Montes el haberse preocupado de elevar el nivel del sentido común, enviando gente nueva al exterior y emprendiendo obras de cuya trascendencia se han de percatar después las generaciones que vengan.

Se ha dicho que no liga á los bolivianos ni solidaridad de

sentimientos ni de ideas. La falta de este factor se comprueba en esa animosidad latente, cuya exteriorización toma como pretexto la eterna cuestión de la *capitalía* de la República, cuestión más grave de la imaginada por imprevisores caudillos, y cuya resolución tiene que dejarse á la acción modificadora del tiempo, encargado de corregir errores y rectificar ideas; siendo necesario establecerse como punto esencial para su resolución la imprescindible necesidad de que haya una ciudad en Bolivia, una sola, superadora á las demás en toda suerte de adelantos, y sirva de foco, de centro principal proyectador de actividades ó normas de conducta y pensamiento, y juegue rol de corazón y cabeza á la vez, como sucede con todas las capitales de todos los países bien organizados. En esta materia tiene que haber sometimiento; pues mientras las ciudades, con más ó menos diferencia, marchen por líneas paralelas, siempre habrá quisquillosidades fácilmente exaltables en pequeños grupos, dispuestos siempre á apasionarse por cualquier cosa; como que nuestra vida no es sino una continua epilepsia incoherente pasional.

Si aún dura este anormal estado y parecen distantes los propósitos de enmienda, es porque faltan estímulos de ambición, tomando esta palabra en su sentido generoso. Allí es patente la pobreza aspirativa. Producto del medio. Los cerrados horizontes, la vida social monótona, la pobreza económica, obliga á contentarse con poco, á no saber aspirar. Un empleo cualquiera es signo de gran distinción, y cuesta no poca fortuna el conseguirlo. Ser diputado, munícipe, prefecto, oficinista, etc., etc., es llegar á la realización de un alto ideal; ser ministro, una honra que se hace mención para siempre y sirve de eterno título de dignidad. *¡Ha sido ministro!*, se dice, con énfasis, de un individuo, y hay, en su presencia, inmediata flexión vertebral; ser presidente, ya es privilegio raro, exclusivo, sólo concebible en seres extraordinarios pertenecientes á otra categoría de seres, de innegable levadura divina...

Es el medio, que hace así. En toda la vida no ha habido

grandes caracteres que se impongan por cualidades de mérito: pobres en ejemplos, somos también pobres en querer; imitamos lo que está al alcance de nuestra percepción. Nuestras ambiciones son ciertamente indígenas, es decir, muy limitadas. El goce del momento actual es preocupación intensa y general; el porvenir poco importa. Satisfacer vanidades, interés, ambiciones é instintos, no importa á costa de cualquier sacrificio; lo principal es gozar. Gozar de todo, por todo y, lo esencial, con todo. No preocuparse de nada que personalmente no interese. Dejar pensar, dejar obrar... Hay anulación de las facultades críticas: el sometimiento pasivo, la resignación triste, la complicidad cobarde. En las relaciones privadas, todas las pequeñeces deprimentes: envidia, odio, antipatía, rencor, malignidad. Ni siquiera la *buena* amistad prima, buena, en el viejo concepto castellano; entre los amigos es corriente la zahirierte é implacable crítica de modos de ser externos, de la manera de andar, hablar, reir, sentir; pero crítica velada, oculta, jamás sincera... Así los indios. La efectividad es simulada; en el fondo de nuestras frases corteses y almibaradas siempre late la envidia, la indiferencia, el odio. El lenguaje común es rico en términos afectuosos; pero se le usa de manera inconsistente, vanal. Allí nadie admira á nadie sinceramente. El temor, el respeto, el interés ó la hipocresía nos empujan al empleo de ese lenguaje acariciador; como los meridionales, no es forzoso simular grandes efectos. Interiormente, la aridez efectiva, desesperante: generosidad, hidalguía, sinceridad, son términos vagos y sin aplicación, acaso altas concepciones morales, pero nada efectivas.

Todo esto es menos fácil de cambiar, porque son estratos en el alma de la raza, y para cambiarlo habría que recurrir á procedimientos radicales y profundos, á ese que usan los agricultores, v. gr., para hacer desaparecer parte de las intrínsecas cualidades de un fruto: el injerto.

Y esta es cuestión de una inmigración seleccionada.

De toda esta prosa que Arguedas acumula en su estudio

sobre Bolivia, va surgiendo un pensamiento que comprende á muchos países americanos, y que justifica la especial atención que dedico al libro de este escritor americano. Síntesis de toda su copiosa labor crítica es el siguiente programa político, aplicable á bastantes Repúblicas americanas.

«Atención preferente de la instrucción, cuidando que ésta sea dada por hombres puestos al corriente de los preceptos nuevos de la pedagogía, pues nuestra reorganización pide más del maestro que del militar ó estadista;

Establecimiento de escuelas normales con profesores extranjeros y materiales completos.

Centralización de Universidades;

Apertura de caminos férreos, fluviales y de herradura;

Creación de carácter, que, en suma, no es sino resultado de la educación;

Propaganda continua en favor del antialcoholismo, y creación de medios para impedir su progresión;

Un sistema, generalmente adoptado, de conducta y marcha gubernamental, y que dicho sistema sea seguido invariablemente por todos los gobernantes que suban al poder y todos los partidos (!) que triunfen;

Envío constante de gente nueva al extranjero con cualesquiera pretexto;

Facilidades de inmigración y creación de cuerpos especiales que se encarguen de mandarla, escogida, del exterior;

Funcionarios elegidos, no por preferencias de partidos, sino por cualidades de carácter;

Lucha permanente contra la demagogia;

Educación de la raza indígena, factor indispensable á nuestro desarrollo agrícola;

Libertad de cultos; no tolerancia; y

Nominación definitiva y valerosa de la capital de la República ó creación de una ciudad que sirva de tal.

Todo esto es imprescindible, quizá necesario, y tiene que hacerse de golpe, y no poco á poco, como es idea dominante

en la inmensa mayoría, y para realizarlo hay que observar el procedimiento aconsejado por D. Joaquín Costa, «el cirujano de hierro», que le llaman en su país, y cuyos remedios á los males de éste son idénticos á los de Bolivia, pues por algo ha de haber esa ligación efectiva tan honda entre uno y otra, pudiendo decirse que atávicamente padecemos de males cuya cura es cuestión de tiempo y de voluntad.»

En cuanto al procedimiento, hay bastante que discutir. No es tan fácil dar el brinco que quiere Arguedas; la germinación ideal es proceso histórico algo lento. Bien es verdad que un gran sugestionador de masas, un *meneur*, puede acelerar en gran manera la evolución del pueblo. Un Melgarejo con cerebro europeo y con su voluntad selvática hubiese podido hacer mucho en Bolivia; pero los Melgarejos, buenos ó malos, suelen ser siempre peligrosos. Lo principal es sembrar de ideas nuevas un pueblo, haciendo hombres nuevos. Arguedas es un boliviano, vive en París, asimila cultura europea y habla claro á los bolivianos. El día que Bolivia tenga doscientos Arguedas no necesitará de Melgarejos europeizados; tendrá suficiente hervor intelectual para tomar orientaciones, como sucede en la Argentina, la cosmopolita República del Sur.

Además, hay que resignarse á no recoger el fruto de tan noble misión; á soportar dentelladas de los misoneístas y xenófobos, á saber por qué á Jesús le llamaron Cristo.

\*  
\* \*

Algunos argentinos se quejan de que en Europa no conocen bien lo que es la República Argentina, y arremeten á su vez otros, y con razón, contra los falsos propagandistas y propagandistas asalariados de la Argentina. Anibal Latino, en su estudio sobre «Los factores del progreso de la República Argentina», dice que hay hombres públicos respetables que, al viajar por Europa, se sienten heridos al corroborar que no se conoce debidamente á la República Argentina; que de vez en

cuando se estampan, en periódicos y revistas de importancia, dislates geográficos, políticos, históricos, literarios y estadísticos. Y en seguida ponen el grito en el cielo, afirmando que urge hacer propaganda y deslumbrar á los ignorantes con la demostración irrefutable y grandiosa del valor real de la República.

El argentino que visita por primera vez la Europa, se queda asombrado al notar que, no obstante la inmigración creciente y el intercambio de productos, nadie absolutamente se ocupa allí de su país, como si no existiese en la tierra, y cuando alguien se ocupa, revela ignorancia ó conocimiento incompleto, manifestados en confusiones que irritan y en errores que resultan indisculpables. Muchos, dominados por un amor propio exagerado, pero justificable, por una susceptibilidad patriótica que nadie se atreverá á criticar, quisieran que la idea de la grandiosidad y riqueza argentinas estuviese arraigada en los más lejanos países, que al pasar por las calles de las ciudades del Viejo Mundo se los señalase con el dedo, como pertenecientes á una nación excepcional, y que las gentes les hablasen continuamente de la Argentina, con pleno conocimiento de causa, ensalzando su producción, las facilidades de la vida, la fertilidad y extensión de sus tierras vírgenes. Pero, además de no ser esto posible, una cosa son los sentimientos, y otra la realidad y las conveniencias del país. ¿Es cierto, ante todo, que la República no sea conocida en Europa? Desde luego, la conocen los capitalistas que prestan dinero, los industriales y comerciantes que envían ó reciben productos, los emigrantes que van y vienen ó los que, habiéndose formado una posición, se han retirado á disfrutar de sus rentas en su país natal. Estos ya suman algunos centenares de miles, por no decir algunos millones. La conocen los artistas de las innumerables compañías que han trabajado en los teatros de Buenos Aires, los pintores que mandan á vender sus cuadros, los escultores que han hecho ó que van á hacer monumentos, los conferenciantes, que van llegando á docenas, en busca de ganancias que no les brindan en

ninguna parte. Luego cabe afirmar, sin temor á ser desmentidos, que la República es más conocida en Italia y Francia, supongamos, de lo que lo sean Inglaterra, Alemania, España ó Rusia. ¿Qué saben, efectivamente, en Francia de Italia y de España? Poco menos que nada; os dirán, á lo sumo, que Italia es el país del arte y de las ruinas, y España el país de la jota y del jaleo. ¿Qué saben en Italia de Inglaterra y de Rusia? De aquella nación sabrán que es muy rica, porque envía muchos forasteros con las bolsas repletas, que se vacían en los hoteles de Roma, Florencia, Venecia y Nápoles; y de Rusia que hay cosacos, que hace mucho frío y que existe una Siberia, adonde se envían los procesados políticos. Y á diario se cometen en esas naciones errores geográficos políticos ó de otra índole, que revelan ignorancia, sin que se les dé la importancia exagerada que suele atribuírseles entre nosotros. No hay quien ignore las cosas extraordinarias que se han dicho en Francia respecto de otras naciones, algunas de ellas erróneas y mal intencionadas. ¿Qué harían, por otra parte, los agentes de propaganda en Europa? No tendrían otra misión que la de divulgar informes que pueden ir con más seguridad y menos gasto por telégrafo y por correo. Y tendrían, además, la ventaja de no suscitar desconfianzas, de no provocar críticas, de no dar lugar á reclamaciones y protestas. Todo proyecto de propaganda artificial, por consiguiente, será inútil y diplomáticamente peligroso, aunque en los nombramientos de los encargados de la propaganda predominase un criterio de selección que sólo tuviese en cuenta el mérito de los candidatos y sus aptitudes para el mejor desempeño de su misión; pero, predominando, como suele suceder, las influencias y el favoritismo en los nombramientos, el proyecto, además de inútil, sería perjudicial. Y no hay combinaciones capaces de salvar los inconvenientes señalados, porque todo lo que sea forzar la mano, meter por los ojos lo que debe entrar por sí solo, apartarse de la vía natural, es contraproducente.

El efecto desastroso que producen en Europa los propagan-



distas asalariados, contra los cuales se ha pronunciado también el Dr. Roque Sáenz Peña, Presidente de la República Argentina, puede deducirse con facilidad del que se experimenta cuando alguna nación de Europa habla de enviar comisionados especiales para que vigilen y protejan á los inmigrantes, ó solicitan autorización para designar empleados que intervengan oficialmente en operaciones que son y deben ser del resorte exclusivo de las autoridades internas. Esto sin contar las desconfianzas que suscitan los agentes de propaganda, á tal punto, que los informes y estadísticas que divulgan pierden de su valor y eficacia por creérselos interesados y parciales, de modo que valen menos que cuando se los hace circular directamente por telégrafo ó por correo. Entre las diversas causas que han inducido al Gobierno de Italia á contener la emigración al Brasil, figura también la exageración con que este último ha querido forzar la propaganda, manteniendo un ejército de agentes encargados de ensalzar las excelencias del Brasil como país de inmigración. Y no hay para qué decir la diferencia que, sobre todo en los casos de crisis y dificultades económicas, existe entre tener una inmigración que ha venido espontáneamente, por su voluntad libérrima, y tener otra que ha sido deslumbrada é inducida á venir por descripciones magnificas sobre las bellezas y riquezas del país y sus facilidades para la vida. Háganse circular enhorabuena cuantas publicaciones se crean convenientes para hacer conocer la República bajo todos sus aspectos; utilícense mejor los servicios de los cónsules y miembros del Cuerpo diplomático, llenando los puestos con personas capaces y competentes; pero déjese que las grandes cosas que se hagan, los progresos que se realicen, se acrediten por sí mismos con las estadísticas, con los informes telegráficos y epistolares, con los folletos de las dependencias administrativas y los libros de los escritores, con las referencias de los mismos europeos que han visto el país, y han podido apreciar sus condiciones y sus recursos.

En cambio, sería conveniente aplicar aquí el pensamiento,

ya puesto en práctica en Nueva York, de encarrilar lo mejor posible la inmigración que llega, buscándola ocupación y des-centralizándola, ó sea enviándola al interior, porque el mal observado en Nueva York, ó sea la permanencia en la ciudad de un número excesivo de inmigrantes, se repite también en Buenos Aires. La Oficina de Trabajo es insuficiente para llenar ese propósito, y no estaría de más una comisión que estudiase el problema y tratase de resolverlo. Es bueno hacer constar que si no vienen más inmigrantes es porque el país no está en aptitud de recibirlos y absorberlos favorablemente, porque son muchos los que vuelven disgustados y dan informes que están en contradicción con los que se proclaman oficialmente.

Aníbal Latino aborda un problema trascendental. Claramente hablando, puede calificarse el agente de emigración como traficante en carne humana; un nuevo aspecto de la antigua trata es esta trata de blancos que los agentes de emigración llevan á cabo. A ellos sólo interesa llevar al país de inmigración muchos brazos; no importa nada para tales hombres el que no haya ocasiones de trabajo ni las crisis que con exceso de fuerzas de trabajo se producen en el país de destino. La emigración que ha dado mejores resultados es aquella que, como la que se dirige á los Estados Unidos, se produce por requerimientos privados. El profesor Philippovich hace notar, al estudiar la inmigración en los Estados Unidos, que la mayor parte de los inmigrantes acuden á la América del Norte previamente solicitados por los ya inmigrados, que suelen ser los que facilitan los medios necesarios para el viaje. España ha sufrido y sufre las consecuencias de la excitación artificial de su emigración.

Nuestra emigración no está bien conocida; la organización estadística no puede ser más deficiente. Los argentinos comparan á España, en este punto, con Italia y nos ponen, con razón, muy por debajo, y hasta nos dan consejos, con mayor razón todavía. He aquí un ejemplo:

«Si la emigración contiúúa en las proporciones actuales,

España tendrá forzosamente que dictar leyes que la encaucen, que la protejan en los límites de lo posible, que hagan aumentar los beneficios que de ella obtiene la madre patria; pero los mayores esfuerzos de los gobernantes y legisladores españoles deberán concentrarse en la colonización interna, es decir, en la población de las regiones desiertas y en el aprovechamiento de las tierras incultas y de las riquezas inexploradas. El día en que los capitales salgan de su inercia y se dé vida á las industrias que languidecen, y se hagan fecundas las tierras por medio del riego, España, en vez de tener emigración, recibirá inmigración, porque podría contener una población triple de la actual, sin alcanzar la densidad de otras naciones de Europa.

»Con razón, pues, existe en la Península una prevención marcadísima contra la emigración, considerándola impropia; pero aunque haya en ella un poco de costumbre atávica, derivada de la dominación triecular en la América latina, cuando existía la clase de los *indianos* que Pereda y otros novelistas han retratado de mano maestra, aunque algo influya como en otras partes la fuerza del ejemplo, en el estado actual de cosas, la emigración española es tan natural y lógica como inevitable. Es la miseria, es la falta de trabajo, son las cargas públicas insoportables las que obligan á la emigración...

«Las visitas de intelectuales á la República Argentina, como Blasco Ibáñez, Rafael Altamira, Adolfo Posada, Santiago Rusiñol, Ramón del Valle Inclán, Carlos Fernández Shaw, Juan A. Cavestany y otros, y las conferencias y publicaciones que han de hacer en España, contribuirán á que los Poderes públicos de la Península se vean obligados á dedicar á la emigración una atención más constante y más profunda de la que le han dedicado hasta ahora, iniciando una política más práctica, más eficaz, que dé los mismos resultados benéficos que está obteniendo Italia.»

Para esto sería necesario que la política española permitiera una acción administrativa constante y eficaz. El trasiego

de ministros deja las cosas á medio hacer; los que no traen su *plataforma* con pretensiones de originalidad, son quietistas y rara vez continuadores de iniciativas de sus predecesores.

Nuestro problema sería resolver dos exigencias opuestas: encauzar bien la emigración española, mientras, por otra parte, se reduzca, merced á transformaciones de la economía nacional. Esto ¡resulta tan poco sugestivo como tema político!

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—LITERATURA: Nietzsche y la juventud de hoy.—MATEMÁTICAS APLICADAS: ¿Hay alguna fórmula para ganar al juego?—FEMINISMO: Los orígenes del feminismo según Bergeret.—PSICOFISICA: Qué es el miedo.—PECUARIA: Introducción del ganado merino en Francia.—IMPRESIONES Y NOTAS: La Henriada.—¿Por qué hay menos matrimonios y menos nacimientos?—Augusto Comte y sus tres ángeles.—La prensa francesa.—¿Un caso de reencarnación?

## LITERATURA

NIETZSCHE Y LA JUVENTUD DE HOY.—Juan Viollis resume los resultados de una información en *La Grande Revue* sobre la influencia ejercida por Nietzsche en la formación intelectual de los contemporáneos. El caso vale la pena realmente de ser discutido, pues entre lo que afirma Nietzsche de sí mismo, y confirma Pedro Gast, su admirador, y lo que piensan ciertos escritores célebres, hay para todos los gustos. Nietzsche pensaba que su obra *Ecce Homo* «cortaba materialmente la historia de la humanidad en dos partes», y decía de su propio *Zaratustra*, que «es el mejor regalo que se ha hecho hasta aquí á la humanidad»; á lo cual correspondía Gast vacilando sobre la clasificación de la obra, sintiéndose tentado á colocarla bajo la rúbrica de las Santas Escrituras. En cambio, un célebre cronista á quien preguntaron sobre Nietzsche, contestó: «¿Nietzsche? ¡Dios te ayude!» Así, pues, tenemos el Nietzsche-Dios y el Nietzsche-estornudo, y no es cosa de quedarnos sin saber cuál es la ver-

dadera categoría que ocupa Nietzsche en el pensamiento contemporáneo.

Entre todos los interrogados, sólo Benoist Hanappier, maestro de conferencias de la Facultad de Letras de Nancy, reivindica sin vacilar el epíteto de nietzscheano diciendo que «desde el día en que empecé á leer á Nietzsche, sus escritos fueron para mí algo análogo á lo que es la Biblia para los protestantes; no como obra de inspiración divina ni siquiera sobrehumana, sino como obra que hace pensar más que ninguna otra, más sugestiva en su forma aforística que los sistemas filosóficos de Spinoza, de Leibnitz ó de Kant.» «No es necesario—añade—para llamarse uno nietzscheano admitir todas ó casi todas las doctrinas de Nietzsche, y él mismo nos muestra á un filósofo (*Gay saber* 32), que se queja de contar entre sus oyentes dos jóvenes, de los que prescindiría con gusto, y uno de los cuales no tiene á sus ojos más defecto que el de ser demasiado dócil y no saber nunca decir que no.»

Benoist-Hanappier confiesa que la teoría de la muerte eterna es indemostrable y hasta refutable, y que en cuanto al superhombre, estima que no sólo es una utopía, sino que es una realidad hacia la cual avanzamos á pasos de gigante. La vida de Nietzsche le ofrece el más bello ejemplo de labor desinteresada y de sufrimientos heroicamente soportados: «Jamás me he dado á mí mismo tanta alegría como durante los años más dolorosos de mi enfermedad.» La influencia creciente de Nietzsche parece á Benoist-Hanappier muy lejos de haber llegado á su punto culminante, y en cuanto á él, con sus lecturas «se siente elevado á un orden superior y espiritualmente ennoblecido».

Gheon, poeta, novelista y crítico, refiere la crisis que han sufrido hace diez ó doce años, varios jóvenes de su edad con la lectura de Nietzsche. Era al declinar de aquel período en que trataban de extraer del simbolismo toda la quintaesencia humana y estaban amenazados de caer en el arte vulgar más bajo, cuando vino en su apoyo Federico Nietzsche, no como

maestro que aniquila al discípulo, sino como amigo que despierta y fortifica el *yo* en lugar de desposeerlo. Sufrieron así una influencia *tónica* que les hizo reaccionar y les sigue entonando, y de la que ha salido y saldrá el nuevo arte.

Niomandre contesta que la influencia de Nietzsche ha sido considerable, librándole á él, lo mismo que á muchos, de multitud de trabas, sin hacerle por eso perder el eje. «Nos hemos hecho—dice—más paganos, más vivos, más sensualistas; pero en vez de seguirle en sus locas correrías y en sus blasfemias inútiles, hemos recordado sus fuertes y nobles frases sobre el ascetismo de los solitarios, sobre la arrogancia de los hombres representativos, sobre la belleza de la cultura, sobre la grandeza que hay que superar y á la que hay que sacrificarse.»

Binet-Valmer, aunque admira á Nietzsche, niega que haya influido en nuestra generación. Carlos Berrier, que leyó el *Crepúsculo de los Idolos* y la *Genealogía de la Moral*, durante sus paseos veraniegos por el Sena, sin sentirse grandemente impresionado, cayó luego en la cuenta de que inconscientemente seguía en sus trabajos un método general sacado de las *Haraganerías inactuales*; entonces leyó Zaratustra, y hoy reconoce que Nietzsche ha ejercido real influencia en los jóvenes de su generación.

Copeau cree que Nietzsche ha ejercido en los hombres de su generación una influencia que todavía no se puede calcular; no cree que esa influencia haya actuado en la *formación intelectual* de los que la han sufrido, pues éstos estaban ya *formados*. Esa influencia no es de las que puedan apreciarse en resultados fijos, pues más que una adquisición, fué una revelación; sin haberlo todavía leído, sufrían sordamente los transportes de su lirismo intelectual; por eso no les sorprendió desde fuera, sino que se declaró en el interior de cada uno, y su obra, luz de relámpago, denunció la presencia de aquel huésped trágico.

Pedro Hepp está seguro de que Nietzsche ha ejercido considerable influencia en su formación mental; no podría deter-

minar con precisión el color de esa influencia, sin duda porque no tiene color; el genio de Nietzsche es más bien una fuerza iluminante que coloreante. Se le deben ideas de reforma, que son precisamente la parte flaca de su pensamiento. «Lealmente hablando, Nietzsche no tiene peso sino como negador; es incapaz de darnos nuevas razones, de obrar en sustitución de las antiguas, que se complace en desacreditar; no aprendemos de él ni lo que somos, ni lo que debemos hacer en este mundo; en lenguaje ardiente nos propone una aceptación heroica, con la que podrá contentarse un ocioso aficionado á los bellos gestos, pero de la que hará poco caso todo el que se apasione por la acción motivada. Por lo demás, la influencia de Nietzsche no es peligrosa, sobre todo en alta dosis. Su efecto depurativo es cierto. Bueno es atravesarla como una estación del espíritu y conservar de ella el recuerdo en su firmamento intelectual, á título de contestación escogida, pero no de estrella polar.

Santiago Bainville, positivista y neo-realista, dice que Nietzsche ha servido de revulsivo á muchos jóvenes, ayudándoles á emanciparse de Rousseau y de Kant; en cuanto al lector que se haga nietzscheano, es evidente que hay que huir de él como de los animales peligrosos.

Roberto Vallery-Badot, católico, dice que hace mucho tiempo que no abre su Nietzsche: «La admiración, cada vez más deslumbrada—añade,—que profeso á la enseñanza dogmática de la Iglesia, haciéndome avanzar cada vez más en el trato de sus ilustres doctores, que se llaman San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Basilio y nuestro querido é inmenso Bossuet, no siento la necesidad de buscar en otra parte si el hombre es algo que deba ser superado. La serpiente de Zaratustra no me diría la cuarta parte de lo que me revela la Paloma mística. Pero obraría de mala fe si negase la influencia considerable de Nietzsche en mi formación intelectual; fué mi primer médico. En la época en que trabé conocimiento con sus libros, hace siete ú ocho años, yo estaba, como toda mi generación, envenenado de romanticismo y de pesimismo. Presa del deli-



rio bodeleresco, de toda la fantasmagoría del desorden sensible que fué el arte poético del siglo XIX, ignoraba la virilidad intelectual, y confundía, como tantos otros, la excitación febril y la inspiración, el gusto del anonadamiento y la beatitud; á los nietos de Werther, de René, de Rolla, ha sabido cantar ese germano el valor del esfuerzo, el espíritu de conquista, la risa varonil; ese pagano ha sabido repudiar el escepticismo, el racionalismo, el sensualismo, por la sola fuerza de su voluntad. Zaratustra fué verdaderamente para nosotros un verdadero sol meridiano que disipó todas las brumas amontonadas sobre nuestra cultura por los músicos y filósofos de su país. Acaso, Nietzsche ha sido para nuestra generación una *transición necesaria*. Ahora, la hora de Nietzsche ha pasado.»

Muchos de los escritores consultados no han leído siquiera á Nietzsche; pero no quieren confesarlo, por no parecer iletrados. El poeta Tristán Klingsor, el publicista Sageret, el doctor Albert y el artista Cheran, lo confiesan, sin embargo, sin avergonzarse de ello, y Eugenio Montfort, aunque lo ha leído, no cree que haya influido en él. Ernesto La Jeunesse dice que Nietzsche le ha interesado, conmovido y divertido, pero que no le debe nada. «Lo que llamáis mi formación intelectual—añade,—se ha detenido en Platón, Descartes y Espinoza, y en cuanto á lo demás, me atengo á mi abuelo, el *Eclesiastés*, y á mi maestro, Napoleón Bonaparte. Stendhal, Balzac, Taine, Renán, no son más que ornamentos. Nietzsche es un drama, sin más, cuando no es una muestra ó un anuncio de folletín.

Para el novelista Carlos Derennes, Nietzsche aparece como un *músico de ideas* más que como un filósofo. A Juan Luis Vaudoyer, lo que le impresiona es la vida de Nietzsche, leída en el libro de Daniel Halevy, y lo mismo les ocurre á los hermanos Tharaud. Sólo Luis Esteve, entre los de este grupo de literatos, afirma que ha debido muchas de sus ideas, sobre todo las ontológicas y morales, á Nietzsche. En cambio, Saint-Georges de Bouhélier, dice que jamás ha colocado á Nietzsche en el número de los sabios de su gusto; que nada le ha dado,

y que, de haber obrado sobre él, habrá sido por reacción; le parece que Nietzsche no ha comprendido nada de la verdadera belleza humana, que está solamente en la paciencia valiente, en la simplicidad estoica, en el heroísmo cotidiano, en el sacrificio de nuestras bajas partes á la grandeza que cada uno lleva en sí. Nietzsche le es extraño como un bárbaro; pero no por eso deja de admirar su genio, mirándole como un poeta lleno de visiones artísticas magníficas.

Enrique Genet estima á Nietzsche como hombre muy inteligente, y lo lee con paciencia, pero nunca mucho tiempo seguido, porque le cansa y le excita; cuando necesita consuelos, no los va á buscar en Nietzsche. Edmundo Pilon profesa gran respeto á la memoria de Nietzsche, pero no cree deberle nada de su formación intelectual. Lo mismo les pasa al sociólogo Renato Worms y á León Bazalgette.

Más interesante que todas éstas es la respuesta de la señora Aurel, por saber cómo trata una mujer al filósofo que deja á la mujer para pasatiempo del guerrero, y que ha dicho: «Si bajas á casa de la mujer, coge el látigo.» Dice la señora Aurel que las escritoras no deben leer á Nietzsche; hay algo en él demasiado fácil de seguir para ellas; tiene algo de frenético, de más mujer que la mujer misma, que las desfeminizaría en el sentido activo dominador de la palabra. Nietzsche no ha influido en ella, pero le admira; su vanidad misma es titánica.

La señorita Harlov, por su parte, no ha leído más que los fragmentos más célebres de Nietzsche, cuyo dinamismo verbal la ha dejado como galvanizada por la electricidad de su lirismo sibilítico. Por lo demás, cree que se han exagerado sus declaraciones en favor de nuestra raza, pues todas sus meditaciones tienden á establecer un sistema de aplicación de la fuerza que es alemán y muy alemán.

Jorge Le Cardonnell conoce mal á Nietzsche, y cree poco en su influencia, que también parece dudosa á Pablo Leclercq, á Tibal y á Roberto Randau.

Camilo Marbo se felicita de haber recibido de Nietzsche la

impresión aguda de la belleza cotidiana, de la vida y de la acción fuera de toda preocupación supraterrrestre. Legrand-Chabrier ha leído poco ó nada á Nietzsche; pero vive en una atmósfera intelectual impregnada de sus doctrinas, y enumera algunas fórmulas que han dejado huellas en su espíritu, como las siguientes: «Yo me voy solo, y vosotros idos también, solos también;—la locura más rara del saber pesimista;—sueño con una asociación de hombres que fuesen enteros y absolutos;—la tarea de la humanidad son los individuos de genio.—¿Por qué someterse á modos de vivir que cien millas más lejos no ligan á nadie?—la famosa carta sobre la amistad estelar;—el retorno eterno con la coincidencia de la teoría de Blanqui;—el cristianismo, la variación más extravagante sobre el tema moral;—paralelo de Apolo y Dionisio;—es imposible vivir sin olvidar;—filósofos, artistas, santos, hombres que se separan del reino animal;—fatalidad de las grandezas (Napoleón);—el verdadero mundo accesible al sabio vive en él, él es ese mundo.»

Federico Sauvage dice que la influencia de Nietzsche es nula, fuera de los tés de las cinco; Zaratustra, soportable en la escena, se convierte en la calle en Bismarck ó en Santiago el Destripador: tanto valdría rogarle que se quedara en casa.

Entre los políticos jóvenes las opiniones no están menos desacordes. Luis Codet, que leyó á Nietzsche á los veinte años, inspirándole repulsión y hasta horror, ha rectificado después su opinión, pero ni hoy ni antes le gusta vivir con Nietzsche. Luis Chappedelaine, diputado católico-liberal, estima á Nietzsche como el estrategista del arribismo, sosteniendo que su doctrina encarna la lucha por la existencia en lo que tiene de más duro y más egoísta; ninguna influencia ha ejercido sobre él, y siempre ha sido extraño á su disciplina intelectual. Alberto Metin, agregado de la Universidad y diputado radical-socialista, leyó con gusto á Nietzsche á los veintiseis años, pero no cree deberle ninguna dirección moral. Alberto Thomas, agregado de la Universidad y diputado socialista unificado, leyó

también á Nietzsche hace ocho ó diez años, pero después no ha tenido tiempo de volverlo á leer. Luis Bertrand confiesa, sin vergüenza, que Nietzsche no es su hombre, y Román Rolland tenía ya casi acabada su formación intelectual cuando conoció á Nietzsche, á quien considera como el mayor poeta alemán, después de Goethe, sin tener ninguna simpatía por su pensamiento. Cree que el aire de Nietzsche es irrespirable para la inmensa mayoría de los hombres, hasta de los escogidos. «Es un meteoro que pasa?» Admirémosle—añade—y dejémosle pasar; pero busquemos otras luces.»

### MATEMÁTICAS APLICADAS

¿HAY ALGUNA FÓRMULA PARA GANAR AL JUEGO?—Dice Hiram S. Maxim, en *La Revue*, que el juego no enriquece al jugador; que ha estudiado la cuestión á fondo, y puede afirmar, sin vacilación, ser tiempo absolutamente perdido todo el que se pase jugando. Cuando se trata de una partida entre amigos ó vecinos, las pérdidas y las ganancias suelen á la larga compensarse; las apuestas son pequeñas, y el objeto de los jugadores, más que el de enriquecerse unos á expensas de otros, es el de pasar el rato. Pero cuando el jugador se halla con un sistema de juego organizado, como el de Monte-Carlo ó el de las carreras, por ejemplo, hay siempre gran desventaja para él, porque la organización contra la que lucha descansa sobre el beneficio que saca de las diversas combinaciones, y fatalmente el que pierde es el jugador.

El juego popular es el de las carreras; Maxim ha consagrado diez años á interrogar con cuidado á multitud de obreros acostumbrados á sacrificar la cuarta parte de su jornal á las apuestas de carreras, y los jugadores inveterados reconocen que, año malo con bueno, no han recuperado en definitiva más de un tercio del dinero arriesgado, perdiendo, por lo tanto, otros dos tercios. Hace cinco años, uno hizo un experimento concluyente: tomó los tres periódicos de *sports* más acredi-

tados, y puso imaginariamente un luis sobre cada caballo recomendado; prosiguió su cálculo durante toda la estación de carreras, anotando escrupulosamente pérdidas y ganancias, y el resultado fué un beneficio del 3 por 100 en favor del bookmaker. Claro, que puede ocurrir que los apostadores en una carrera jueguen todos sobre uno ó dos caballos entre todos los inscritos, y entonces el bookmaker se encuentra con que tiene que luchar con multitud de adversarios; pero aun entonces, el verdadero beneficio no lo obtiene el que apuesta, pues si los riesgos del bookmaker son mayores, los ingresos que percibe siguen siendo superiores á lo que da.

Pasemos ahora al *treinta y cuarenta* y á la ruleta de Monte-Carlo. No hay juego en que el tanto por ciento (1,28) contra el jugador sea menor que en el *treinta y cuarenta* de Monte-Carlo; la proporción, en efecto, es tan mínima, que cuantas veces se juega menos de veinte francos pierde la banca, pues el provecho que saca no basta á pagar el personal; por eso los que se creen obligados á jugar, hacen bien en mantener su posición al *treinta y cuarenta* mejor que á cualquiera otra mesa de juego. Y, sin embargo, el juego favorito es la ruleta, donde, permitiéndose las apuestas de cinco francos, la proporción de ganancia del banquero es también muy pequeña. Conocida es la ruleta: una bola lanzada en un pequeño circo, cuyas paredes están divididas en 37 casillas, numeradas del 0 al 36, se detiene en una de ellas, después de chocar en multitud de obstáculos. Es imposible saber de antemano cuál será esa casilla; la mitad son rojas y la otra mitad negras, y están dispuestas de tal modo, que sólo el azar decide del éxito; si el cero, que se reserva el banquero, fuese eliminado, la banca y los puntos podrían permanecer *en seguro* hasta el infinito; el cero es la única ventaja que el banquero tiene sobre el jugador. Hay seis suertes simples á la ruleta: *rojo ó negro, par ó impar, pase*, cuando el ganador pasa de 19 hasta 36, ó *falta* cuando la bola se detiene en un número inferior á 15. Si se detiene en el cero, la banca paga al jugador que ha puesto en este número, y re-

coge las puestas de todos los que no han apuntado sobre suertes simples, y tiene *en prisión* las arriesgadas en éstas. El jugador puede retirar la mitad de ellas ó dejarlas en la mesa; no puede recuperar su puesta sin beneficio, sino en el caso de que al golpe siguiente salga su suerte. Supongamos que el jugador haya puesto al negro; si sale negro después de la prisión, recobra su puesta, pero si sale rojo, la pierde. En tales condiciones, las probabilidades en favor del banquero no son realmente grandes, pero hay que fijarse en que se dan de 50 á 60 golpes por hora, y los beneficios de la banca aumentan rápidamente.

Uno de los directores del casino de Monte-Carlo, que ha hecho un estudio atento de los juegos en un período de varios años, ha encontrado que las ganancias de la banca al *treinta y cuarenta* y á la ruleta ascienden, en conjunto, á la sesentava parte de todo el dinero apuntado, y sostiene que este resultado es matemáticamente cierto, sea cualquiera el sistema del jugador. De modo que siendo las ganancias de la banca unos sesenta millones al año, para perder esta suma han tenido que pasar por las mesas de juego 3.600 millones.

Las gentes que juegan en Monte-Carlo, y que han podido darse cuenta de la insensibilidad de la banca, se complacen en buscar la razón de sus fracasos. «Si no hubiera estado tan nervioso—dicen unos,—habría jugado de otro modo y habría ganado.» «Si yo no hubiera cometido un error en mis cálculos, habría ganado, seguramente.» Ninguno quiere reconocer la fatalidad del triunfo de la banca.

Los métodos y combinaciones para ganar son numerosos. Maxim apunta los más conocidos, afirmando que en todos ellos, á la larga, el banquero es el que concluye por arruinar al jugador.

El más sencillo de los sistemas es la *martingala*. Hay dos martingalas: la pequeña y la grande. En la pequeña, el jugador trata de recuperar de un solo golpe todas las sumas perdidas anteriormente, sacando, además, una pequeña ganancia.

La progresión en este caso es: 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, 512, 1.024. Si se sigue este sistema en una mesa de ruleta con un duro de unidad, se necesitan once pérdidas consecutivas para reventar al jugador; y en el *treinta y cuarenta*, donde el minimum de puesta es 20 francos, diez. Desgraciadamente, para los que creen en la eficacia de la martingala simple, el caso de once pérdidas seguidas no es raro, pues, según las estadísticas, hay generalmente cada día en el Casino una serie de 15, dos de 14, cuatro de 13, ocho de 12, diez y seis de 11, treinta y dos de 10 y setenta y cuatro de 9.

La martingala grande pretende recobrar todas las pérdidas precedentes, ganando una unidad en cada golpe con la progresión de 1, 3, 7, 15, 31, 63, 127, 255, 511, 1.023. El jugador es batido al décimo golpe en la ruleta, y al noveno en el *treinta y cuarenta*.

Es frecuente oír cuando un sistema ha salido bien durante algún tiempo: «¡Al fin se ha descubierto el secreto tan buscado!» Pero lo singular es que los banqueros nunca se conmueven. De pronto, sin que se sepa por qué, el sistema no anda y el ganador se eclipsa rápidamente. Los que creen en los sistemas, se quedan estupefactos y vuelven á empezar para descubrir el punto débil del plan de campaña de su predecesor, volviendo al ataque cuando creen haberlo encontrado; los banqueros los acogen sonriendo, y siguen embolsando el sesentavo del dinero apuntado.

Lo notable es que, hasta ahora, ningún matemático, ningún espíritu científico, ha conseguido establecer regla ninguna fija sobre el juego de ruleta ó el de cara ó cruz. Ricardo Proctor, astrónomo y matemático eminente, quiso explicar un día los juegos de azar, pero fracasó lastimosamente. El inglés Speriencia ha escrito un volumen de 230 páginas sobre las *Reglas de ganancia*; de este libro dice el matemático alemán Silverer, que bate el record á todo lo que se ha recogido de estúpido, de tonto y de absurdo. En efecto; sostiene que cuando el cero ha salido nueve veces seguidas, hay quinientas probabi-

lidades contra una de que no ha de salir al golpe siguiente, y que, después de cierta serie de jugadas, tiene 67 millones de probabilidades contra una contra la banca, cuando en realidad nunca hay más que una contra una. En efecto; rojo y negro son las dos suertes simples, típicas en la ruleta, y cuando el croupier tira la bola, hay tantas probabilidades por un color como por otro. Supongamos, por ejemplo, que sale rojo en el primer golpe; ¿no hay la misma probabilidad de que salga rojo en el segundo? Y si sale en el segundo, ¿no subsiste la misma para el tercero, y así sucesivamente? Cada tirada es independiente de la anterior, y no hay motivo ninguno positivo que anule la probabilidad que tiene cada color de vencer al otro. El jugador corriente de Monte-Carlo se imagina que cuando ha habido una larga serie anormal, la roja, por ejemplo, existe una acción oculta ó mágica que impide á la bola volver á caer en las casillas rojas.

Maxim recuerda un matrimonio de jugadores de Monte-Carlo. Habían realizado su fortuna en París, y con lo sacado querían establecerse en América; pero, antes de embarcarse, quisieron probar fortuna en Monte-Carlo, y llenos de fe en uno de los numerosos manuales idiotas publicados sobre la materia, y que ayudan á arruinarse á tantos infelices, fueron al Casino y jugaron con tiento, siguiendo las combinaciones del manual; lo perdieron todo, y al día siguiente aparecieron sus cadáveres á orillas del mar.

## FEMINISMO

LOS ORIGENES DEL FEMINISMO, SEGÚN BERGERET.—Emilia Lerou da cuenta, en el *Mercure de France*, de una interview celebrada con el sabio Bergeret, á propósito de los orígenes del feminismo.

Si el feminismo es una reivindicación, una protesta de la debilidad contra la fuerza, de los derechos de la mujer opues-



tos á las prerrogativas del hombre, de la hembra contra el macho, y si todo efecto social tiene una causa inicial, ¿cuál es la causa fisiológica, atávica, de esa reivindicación? ¿Es esa vuestra pregunta?

Así comenzó á hablar Bergeret, y su interrogadora asintió reverentemente á la docta precisión del sabio.—Una explicación—prosiguió Bergeret—no interesa á la razón, no excita la reflexión ni es fácilmente retenida sino cuando es curiosa, diferente del prejuicio universal y relacionada por algo con la posibilidad del fenómeno, es decir, con la realidad. Si interrogo el Génesis, I, 27, tropiezo con este versículo, que ha atormentado muchos cerebros de rabinos y de pensadores: «Dios creó el hombre á su imagen. Lo creó á imagen de El. Los creó macho y hembra.» El pronombre *los*, en plural, refiriéndose á lo que en la primera parte del versículo está en singular, ha hecho trabajar durante siglos á los comentadores. Para ilustrar las controversias por una solución ortodoxa, el Talmud, en la palabra *génesis*, tratado Meghilla, libro VI, página 217, da esta nota: «Los sabios han modificado trece pasajes bíblicos para el rey Ptolomeo (en la versión de los Setenta). Dios creó al hombre á su imagen. Le creó á imagen de El. Los creó macho con parte hembra.» Y henos aquí mejor informados: nuestro primer antepasado, y quizá los dos, designados con el nombre genérico *el hombre*, fueron bisexuales, según la tradición teológica.

Dejando ahora la tradición bíblica, pasemos al terreno anecdótico. Plinio cita á Calífanos y á Aristóteles que han señalado una tribu de andróginos al Sur de la Gran Sirte, en el país de los nausamonos. Según estos autores, habrían existido muestras y hasta tribus enteras conforme al tipo de la creación edénica. Hoy, estas tradiciones apenas nos interesan; pero en otros tiempos han preocupado á muchos pensadores suscitando la secta admirable de los esenios, á la que no pocos sabios han sostenido que pertenecía Jesús. El origen de esta secta es ignorado; Josefo, que es el que habla de ellos con más

extensión, se limita á repetir opiniones vulgares contemporáneas; se sabe, sin embargo, que los esenios se han preocupado mucho de los orígenes del mundo, y muy especialmente del primer libro del Génesis. Lo que sabemos de su vida, parece resultado de sus reflexiones sobre las consecuencias fisiológicas y sociales de la desobediencia de Adán, y el fin á que aspiraban era la perfección por la pureza. Se vestían de lino blanco, se bañaban mañana y tarde en agua fría, comían sólo vegetales, vivían en absoluta castidad, se dedicaban á la agricultura, y guardaban silencio durante sus comidas. Cuando una secta se aísla así de la vida social, es por algo, mucho más cuando el monaquismo y las tebaidas cristianas estaban lejos de existir todavía. ¿Cuál era la causa de esa existencia? «En el Occidente, dice Plinio (H. N. V., XV-XVII), están los esenios, nación solitaria, singular más que ninguna otra, sin mujeres, sin amor, sin dinero, viviendo en la sociedad de las palmeras. Se reproduce diariamente, gracias á la influencia de nuevos huéspedes, no faltando la multitud de los que, cansados de la vida, son llevados por la ola de su suerte á adoptar este género de vida. Así dura una nación en la que nadie nace, por la fecundidad que tiene para ella el arrepentimiento de otros de su vida pasada.»

Edmundo Stapher, comentando con Nicolás, Reville, Drembourg, Graetz, Cohen y otros, á Plinio, Filón y Josefo, dice también: «El ascetismo á que los esenios se habían condenado, acabó por producir doctrinas misteriosas y especulaciones extrañas al mosaísmo. Quizá sufrieron la influencia de la filosofía alejandrina; quizá también su misticismo nació espontáneamente á orillas del Mar Muerto, y no ha sido sino consecuencia natural é inevitable de la vida retirada que llevaban. La cuestión queda indecisa.» Parece, sin embargo, claro que la idea inicial de los esenios, arranca del versículo VI. 12 del Génesis: «El mundo entero está impuro y manchado. Toda carne ha corrompido su camino en la tierra.» ¿Cómo? Infringiendo la voluntad del Creador. Ya en los antiguos tiem-

pos, la inteligencia ha buscado la explicación de la contradicción entre el dón divino de la vida y los males innumerables que lo acompañan, y ha encontrado la solución teológica en la desobediencia á una ley primordial.

Para espíritus religiosos un Dios omnipotente no ha podido crear con el fin lamentable de entregar sus criaturas á la desgracia. Esos espíritus religiosos han debido suponer que el hombre, en su primitivo estado más cerca de la perfección divina, poseía los dos principios, macho y hembra, y estaba conformado de tal modo, que pudiera procrearse á sí mismo. La ruptura del equilibrio entre los dos principios ha engendrado el reinado de la violencia, de la injusticia, de la desigualdad.

Procediendo de lo conocido á lo desconocido, añadió Bergeret, que si se hiciese esenio, no tendría más razón para llegarlo á ser que la expuesta. Sin embargo, si los esenios parecen haber sido los únicos que hayan practicado la purificación y la castidad, por causas de orden exegético, no son los únicos á quienes haya preocupado la cuestión del estado primitivo del hombre que inspira á Platón en *El Banquete*; en el siglo XIII, Amaulri fué condenado en París porque sostenía que si el hombre hubiera permanecido en el estado que Dios lo había creado, no habría habido ninguna distinción de sexos. En Bayle se lee que en el siglo XVII una docta señorita, Antonieta Bourignon, que pasaba por vidente, y fué perseguida á causa de sus ideas y de sus escritos, publicó en sus curiosas revelaciones *El nuevo cielo y la nueva tierra* que, «antes que el hombre pecase tenía en sí los principios de los dos sexos, y la virtud de producir su semejante sin concurso de ninguna mujer», y que la situación actual es consecuencia de los cambios que el pecado produjo en el cuerpo humano. Lefevre l'Étaples, en el siglo XVI, cree también que, en el estado de inocencia, Adán habría engendrado por sí mismo semejantes suyos sin intervención de la mujer. Bayle no cree en estos asertos, pero cita, en favor de la posibilidad del fenómeno, un caso sacado de la crónica escandalosa de Luis XI, el año de 1478,

parecido á otros relatados por otros autores. Por último, en el siglo xvii, año de 1602, aparece en Amsterdam un libro, rarísimo hoy, que constituye la más curiosa y entretenida deducción del versículo 27: *Las aventuras de Santiago Sadeur y su viaje á la tierra austral*. Lleva privilegio del rey, pero á condición de que se publicara como una novela, y es un ensayo de reconstitución de un estado social civilizado, si los hombres hubieran conservado su primitivo organismo paradisiaco. So color de aventuras extraordinarias, que recuerdan las de *Simbad el marino*, el autor traza una sátira ingeniosa de nuestras ideas de semihombres, de nuestras costumbres sociales. La conclusión que se saca del sistema social descrito por Sadeur es ésta: si el estado edénico hubiera seguido siendo universal, no habría hoy cuestión feminista.

Bergeret entrevé todavía otro origen no menos antiguo del feminismo en la interpretación del *los* del versículo 27. ¿No se podría, en efecto, con un poco de ingenio, identificar á la casta Lilith, criatura superior, formada un poco después de Adán con la patrona del feminismo? «Sí—prosiguió Bergeret, observando la atención y la emoción de Lerou;—se ha charlado mucho á través de los siglos sobre esa misteriosa y mística Lilith, de invención rabínica, y se la ha prestado una muy fea naturaleza y los más enfadosos instintos. ¡Porque hay dos! Una completamente blanca, lilial, primordial, y otra más negra que el Tártaro.» «Hay una Lilith inmaculada, obra segunda del Creador—prosiguió Bergeret,—compañera inmediata del hombre, creada un poco después de él, aunque de la misma arcilla, lo que permitió á Jehovah perfeccionar esta segunda obra de sus manos, acentuando su cerebralidad, afinando su forma. Esa es la que yo elijo como abuela del feminismo.» Parece, si ha de creerse la biografía trazada por sus admiradores, que esta Lilith, tan prudente, tan superior á los instintos brutales del hombre, tan castamente irreductible—una pura intelectual,—aburrió mucho á su marido, cuyas ideas, muy cortas y muy materiales, se avenían mal con la intransigencia de

su primera mujer. Conocemos poco las disputas de este primer matrimonio paradisiaco; hasta ignoramos qué tema preciso suscitó la separación de estos primeros esposos; pero lo que parece seguro es que no hubiera sido Lilith la que hubiera contribuido á deformatar la obra íntegra del Creador. Lilith, irritada por los caprichos de Adán, y desdeñando satisfacerlos, le dejó plantado, y se fué... ¿dónde? Los rabinos dejan esta fuga en las tinieblas. Supongo que supo crearse también en alguna parte, en una isla amable, en compañía de pájaros y animales inofensivos, un pequeño Edén á su gusto. Quizá engendró allí la raza de las tribus andróginas de Calífanos, Aristóteles, Plinio y Sadeur. Quizá inspiró las cerebralidades de las Hellas, de las Hipatías, de las Amazonas, de los Esenios, de los Gnósticos, de los Franciscanos, de las Carmelitas y de las Antonietas Bourignon, de todas las que con Antígona se negaron á obedecer al yugo del hombre y á sus leyes. Marchada Lilith, Dios sacó á Eva de una costilla de Adán, á fin de que, salida de él, no le fuese ya insoportablemente superior, y no tuviese la idea de filosofar y de buscar las causas y las consecuencias de los actos, y de los gestos. Eva no era díscola; fué la cocinera de Adán, y ya sabemos lo que pasó. Me parece esta sutileza rabínica—concluyó Bergeret—tan ingeniosa y filosófica como un cuento de Andersen. Nunca hubiera creído que tuviesen tanto ingenio los rabinos, y eso es todo lo que sé más perentorio sobre la cuestión del feminismo en su fuente atávica. Sus adeptos pueden reivindicar como patrona y portaestandarte una inteligente é ilustre abuela. Habrá espíritus estrechos, doctrinarios y escolásticos que quieran discutir el valor auténtico de estas fuentes; á mí me basta que el cuento sea bonito para creerlo.

\*  
\* \*

## PSICO-FÍSICA

QUÉ ES EL MIEDO.—Fernando Mazade ha abierto en *La Revue* de París una información, preguntando á diversos psicólogos, médicos, profesores, artistas, literatos y militares «si han tenido miedo alguna vez, qué es lo que han sentido, y si hay algún medio de combatir el miedo».

El tema es curioso, más que nada, por las formas extravagantes que el miedo reviste, pues, como dice Mazade, los vigorosos aventureros fundadores de Roma no tenían miedo de las serpientes, de las fieras ni de los enemigos; pero, en cambio, les asustaba la neblina del Tíber, y les daba miedo el demonio Februus, que agita las puntas de las cañas erguidas sobre la onda inmóvil. El emperador Augusto perdía la cabeza ante el rugido de la tempestad; Erasmo se asustaba de los peces, chicos ó grandes, vivos ó muertos, y la vista de un arenque salado le ponía malo; Escalígero retrocedía trastornado ante un manojo de berros; Bacón desfallecía al acercarse un eclipse de luna, y Carlyle temblaba convulsivamente á la sola idea de entrar en una botica.

El Dr. Ballet, médico del Hotel-Dieu, de París, responde que ha tenido muchas veces miedo cuando era niño y algunas desde que ha dejado de serlo. ¿De qué? De cosas vagas, imprecisas, como el que se tiene por la noche en la obscuridad á campo raso ó en un bosque. En el miedo hay de ordinario dos elementos: uno instintivo, un sentimiento, y el otro intelectual, la conciencia de un peligro conocido. Este segundo elemento puede reducirse á poco y aun á nada en ciertos fóbicos patológicos que tienen el perfecto conocimiento de la inanidad de sus temores. Para luchar contra el miedo hay que desarrollar el elemento intelectual que permite apreciar la falta de fundamento del temor, dominándolo.

El Dr. Bonnier dice que la irritación de nuestra sensibilidad puede afectar dos formas: una que produce el dolor y

otra que engendra la opresión, la molestia, la angustia. Cada aparato, cada órgano tiene su angustia especial, intestinal, gástrica, cardíaca; pero por encima de los centros bulbosos que proporcionan estas ansiedades, se encuentran los centros de la ansiedad capital, cerebral, la de todo el sér, la del yo: ese es el miedo. El centro nervioso del miedo está situado en el bulbo, entre la médula y el cerebro, á la altura de los centros del vértigo, de la náusea, de las palpitaciones, de las perturbaciones vasculares. Fisiológicamente, la ansiedad desempeña frente á estados y movimientos psíquicos el mismo papel que el vértigo en la motricidad de sustentación. Así como el vertiginoso duda de su equilibrio, y lo pierde, vacila, titubea, se inclina y se cae, sintiendo estallar su vértigo con ocasión de ciertos movimientos y ciertas actitudes, así el ansioso vacila lleno de duda y de escrúpulos, se deprime, se inclina, se hace aprensivo, fóbico, impotente, caído moralmente, con ocasión de tal ó cual esfuerzo físico ó actitud moral ó mental, pudiendo despertar su reacción ansiosa cualquier pequeña sensación ó imperceptible esfuerzo psíquico.

No hay que confundir la sensación de ansiedad, de asiento cerebral y orden consciente, con la ansiedad misma que es de asiento bulbar y de orden reaccional. No se puede vencer el miedo por el razonamiento, como no se vence el vértigo, la náusea, el asma ó el cólico.

El ansioso deprimido sufre cruelmente por los ensayos de terapéutica psíquica que enervan el cerebro sin calmar el bulbo. Lo que hay que calmar es el bulbo mismo: en cuanto la reacción ansiosa se extingue, el cerebro recobra su equilibrio psíquico, y la psicastenia desaparece como el vertiginoso recobra la corrección de sus actitudes y de sus andares cuando se borra el vértigo. El cerebro puede, á la manera del caballo que se hace volver hacia el obstáculo para acostumbrarle á él, tratar de embotar las reacciones ansiosa y vertiginosa á fuerza de provocarlas en condiciones definidas; pero así se obtiene una especie de canalización de la reacción ansiosa, en la que

el psiquismo no desempeña ya ningún papel directo. Momentáneamente, un vivo esfuerzo cerebral como un latigazo nos hace pasar más allá; pero no porque no se sienta al principio, deja en seguida de producir el miedo todas sus reacciones.

Al lado de esta respuesta del Dr. Bonnier, que por su interés hemos reproducido íntegra, las demás carecen de valor; pero las extractaremos á título de curiosidad.

Emilio Boutroux, del Instituto, dice que él cree que el miedo es ante todo un estado físico. ¿Se huye porque se tiene miedo ó se tiene miedo porque se huye? *Philosophi certant*. La costumbre es un remedio: los caballos parisinos no tienen ya miedo á los automóviles. La ciencia es otro: ya no tenemos miedo de los fantasmas. Se está menos sujeto al miedo cuando ya no se tiene miedo de la muerte.

El miedo, dice el general Percin, implica á la vez la conciencia del peligro y la negativa. ¿Que Turena temblaba yendo á la batalla? Es posible; pero iba, y en el fuego mostraba la más tranquila bravura; luego no tenía verdaderamente miedo. El miedo consiste precisamente en capitular ante el instinto de conservación; exige la fuga ante el peligro, si se puede huir; y si no se puede, una brusca depresión de todo el sér que queda como aniquilado (estado de los condenados á muerte ante el cadalso.) El general no cree que se cure el miedo, pero se le puede combatir inspirando al hombre sentimientos más nobles.

Raimundo Poincaré no conoce más batallas que las de la tribuna y el foro; pero si dijera que las arrostra sin miedo, dice que no le creerían y que tendrían razón. El remedio, por otra parte, es el mismo en todas las batallas: avanzar y batirse. Se tiene miedo con el arma al pie antes del combate, como se tiene al pedir la palabra; se deja de tener al disparar, como se deja de tener al pronunciar un discurso.

Gabriel Pouchet, de la Academia de Medicina, afirma que no hay nadie en el mundo que pueda alabarse de no haber tenido nunca miedo, y que el miedo se cura educando la voluntad.



Monseñor Duchesne no se acuerda de haber tenido miedo, por lo menos en la edad adulta. Confiesa, sin embargo, que no le gustan las tinieblas, y que á veces le ocurre tener que resistirse á cierta gana de apresurar el paso cuando anda durante la noche por alguna gran ciudad silenciosa.

El antiguo ministro Flourens dice que si alguna vez ha tenido miedo, no se acuerda de ello; que el miedo físico tiene carácter morboso y el moral depende de vicios de educación, y que el remedio, por consiguiente, está en la educación física y moral.

El Dr. Grasset, de Montpellier, no cree que el miedo sea una enfermedad; hay las enfermedades del miedo, una patología del miedo y una psicología del miedo, pues el miedo es un elemento, un fenómeno psíquico normal. Entre el estado fisiológico puro y el patológico constituido, hay estados extra ó yuxtafisiológicos, más ó menos marcados, que son los estigmas del temperamento; tales son para los temperamentos hipofóbicos el «qué se me da á mí», la temeridad y la audacia, y para los hiperfóbicos la timidez, la vacilación y el escrúpulo.

Jorge Hayem, de la Academia de Medicina, ha tenido miedo una vez, á los diez años, de un rayo que cayó en su chimenea. El miedo patológico ó fobia es un síntoma bastante frecuente, producido por diversas causas, y cuyo tratamiento debe variarse según la causa (el susto que llevó este doctor en su infancia debió dejarle los sesos hechos agua, pues sólo así se explica tan luminosa respuesta).

Feli Henneguy, profesor en el Colegio de Francia, cuenta que hace algunos años un sabio profesor de psicología experimental le rogó que fuera á su laboratorio para medirle la intensidad de la memoria visual. Mostrándole una escala cromática de los diversos colores, quiso que le señalara el matiz correspondiente á un ramo de lilas. Henneguy no pudo ocultar su sorpresa.—¿De qué lila me quiere usted hablar—le dijo,—de la lila que acaba de abrirse, de la que está en plena floración ó de la que empieza á marchitarse? ¿De la lila iluminada por

el sol de la mañana, por el sol de medio día ó por el sol de Poniente? ¿A cuál de las numerosas variedades de lilas se refiere usted?—Estas preguntas asombraron al sabio fisiólogo. Y aunque pueda producir el mismo efecto, tiene que repetir las mismas preguntas á quien le interroga sobre si ha tenido miedo alguna vez. ¡Hay tantos matices en el miedo, desde la simple aprensión hasta el espanto!

El general Kerdrel dice que se puede realmente ser valiente y tener miedo, si se llama miedo á la impresión nerviosa que se siente ante la inminencia de un peligro, impresión que no impide al soldado entrar en fuego, en cumplimiento de su deber.

El Dr. Lancereaux, de la Academia de Medicina, contesta á la pregunta de si ha tenido miedo, que sí, sobre todo, en la obscuridad; y á la de si hay medio de combatirlo, que sí también, por lo menos, de atenuarlo, y que para ello hay que tonificar y fortificar el sistema nervioso por la hidroterapia, y desde la juventud.

El Dr. Esteban Leduc, profesor de Nantes, no se acuerda de haber tenido miedo nunca, y dice que se puede combatir el miedo, dominarlo y reprimirlo por la educación.

Luis Leger, del Instituto, sostiene que el miedo es una enfermedad, ó más bien el síntoma de un estado enfermizo, y lo explica por una debilidad nerviosa y por la imposibilidad en que están ciertas personas de coordinar sus ideas. No cree haber tenido nunca miedo, en lo que no ve gran mérito, pues no es neurópata, y le importa poco la vida. No hay más que un modo de combatir el miedo: aprender á razonar y despreciar un poco la vida, y, sobre todo, abstenerse de excesos alcohólicos.

El Dr. Lemesle, de la Escuela de Psicología, ha sentido el miedo en multitud de circunstancias, exaltando siempre sus sentimientos de lucha y de defensa, por lo que se felicita de ser accesible á una emoción tan dinamógena. Concibe el miedo como el sentimiento que se apodera del individuo normal en

sus aptitudes para ser. En cuanto el miedo le da la señal del peligro, el espíritu normal pasa rápida revista á sus fuerzas de combate, y en el acto toma su partido: la capitulación ó la resistencia. Hay malos inspectores, malos contadores, que aprecian mal el valor de sus efectos utilizables capitulando equivocadamente; se los llama cobardes, y por ellos conocemos los miedos morbosos, las fobias. Hay presumidos que se ilusionan con el valor de sus contingentes, malos contadores también: esos son los temerarios. Los hay, en fin, que por educación, sugestión del ejemplo ó autosugestión, han aumentado sus medios de resistencia, y, sobre todo, la valoración de estos medios; van al combate con fuerzas iguales, quizá, á las del enemigo, pero seguros de decuplicar su potencia, de lograr la victoria: esos son los valientes. En cuanto á los que no experimentan ese fenómeno inicial que advierte al ser amenazado, son decaídos; por anestesia nativa ó patológica, su obtuso sensorio no percibe la indispensable alarma. El hombre que está cerrado á ese sentimiento, el que dice que no conoce el miedo, es, sin duda, un infeliz, y el psicólogo no puede ver en él sino un observador superficial, un imbécil ó un demente.

Alfredo Loisy, profesor del Colegio de Francia, no sabe bien lo que es tener miedo, lo que se llama miedo.

Justo Lucas Championnière ha tenido miedo en muchas circunstancias, y estima que los que dicen que no han tenido nunca miedo no podrían ser sino miopes que no han podido ver el peligro ó comprender su amenaza. Contra el miedo no hay nada como vivir en el mejor equilibrio físico y moral posible.

Víctor Margueritte dice que ha tenido algunas veces miedo, como otras veces se tiene frío, calor, hambre ó sed. El miedo es una perturbación física, más que un sentimiento, que puede dominarse por la educación de la voluntad y por el hábito.

Alfredo Mezières ha sufrido un día la más punzante emoción: montaba un caballo árabe, de pura sangre, en el bosque

de Charmes, cuando se encontró de pronto enfrente de un tren expreso que los árboles le habían impedido ver. Por eso, sin duda cree que el miedo nace de una sorpresa, de un peligro inesperado.

Federico Passy, del Instituto, dice que los más valientes pueden conocer el miedo. El ha sido muy accesible, como la mayor parte de los niños, al miedo de lo desconocido, de la obscuridad, del aislamiento; pero está casi completamente curado de ellos, y atraviesa un bosque por la noche sin la menor emoción, y duerme tranquilamente sólo en una casa aislada, abierta ó mal cerrada, lo que prueba el poder de la educación y la voluntad. El miedo no es la cobardía. Un coronel preguntaba un día, después de uno de los mayores motines del reinado de Luis Felipe, á un joven soldado, sorprendido por algunos insurrectos que le intimaron entregara las armas, y á los que había resistido con energía.—Tuve mucho miedo, mi coronel—decía sencillamente,—pero tenía mi consigna.—Tuvo usted miedo, amigo mío—respondió el coronel,—y sin embargo, cumplió usted su deber, ¡es usted un valiente, un verdadero valiente!

Teodoro Reinach, del Instituto, dice que se necesitaría ser Tartarín y Segifredo para pretender que no se ha tenido miedo nunca. Es más: el miedo, en su más amplia acepción, es una necesidad. Suponed una especie en que el miedo sea desconocido; los individuos que la compongan se expondrán continuamente á peligros inútiles, y hay nueve probabilidades entre diez de que perezcan en ellos. En cuanto al miedo excesivo y racional, cuyas tres fuentes principales son la debilidad nerviosa, la ignorancia y el egoísmo, hay tres medios de combatirlo: fortificar y endurecer el cuerpo, disipar los prejuicios y las supersticiones y educarse bien, moral y cívicamente.

Carlos Richet dice que el miedo, en último análisis, es una protección contra la muerte; pero, por saludable que sea, debe ser enérgicamente combatido, reemplazando las imágenes de terror por otras superiores: el olvido de sí mismo, la abnegación y el deber.

El Dr. Sicard dice que existe un miedo que puede y que tiene tiempo de razonarse, y otro puramente impulsivo y de instinto, y que la educación, el raciocinio y el hábito pueden curar el miedo ordinario; pero nunca se triunfará del miedo grande, de ese en que el instinto de conservación se revela en toda su brutalidad, como el del náufrago que se agarra desesperadamente á los pies de su salvador, y le arrastra con él al abismo.

El Dr. Toulouse dice que hay que distinguir entre el sentimiento del miedo y las reacciones que provoca. El sentimiento es, hasta cierto punto, independiente de la razón; la emoción es siempre intelectual. La única y eficaz protección consiste en intelectualizar lo más posible ese sentimiento. Una idea que puede obrar eficazmente es la de nuestro destino. La reflexión sobre nuestra muerte cierta nos hace menos accesibles al miedo. Los estoicos y la Iglesia católica tienen buenas máximas contra nuestras fobias modernas.

## PECUARIA

INTRODUCCIÓN DEL GANADO MERINO EN FRANCIA.—Fontan de Negrin, en la *Revue Hebdomadaire*, consagra á este asunto un artículo, doblemente interesante para nosotros, por el asunto mismo y por su documentación, pues constituye un tema de la historia económica de nuestro propio país.

A la derecha del Garona existía, en el siglo XVIII, la llamada diócesis de Petit Comminges, formada por once comunidades del Languedoc, procedentes del antiguo condado de Comminges. La nobleza territorial de estas regiones montañosas, al contrario de la de otras provincias, era activa y trabajadora: viviendo alejada de la corte, compartiendo con la clase artesana los cargos municipales, teniendo sólo dominios de poca extensión y escaso valor, independientes por temperamento y emprendedores por necesidad, muchos de aquellos

hidalgüelos se dedicaban al comercio con España, y hasta al contrabando, favorecidos en eso por la casi neutralidad del valle de Arán.

España poseía, hacía mucho tiempo, la famosa raza de los carneros merinos, de la que era, con razón, muy celosa. Los ganaderos gozaban de grandes privilegios, formando la poderosa asociación de la Mesta, que ha desempeñado importante papel en la economía agrícola del reino. Los carneros pasan el invierno en Extremadura, y llegan en la primavera á la provincia de Segovia, donde se verifica el trasquileo; las montañas de Galicia y Asturias y las altas mesetas de Castilla la Vieja les surten de pastos de verano. Ordinariamente, cinco pastores bastan para cada mil cabezas, y tienen por jefe un mayoral. Estas emigraciones continuas fortifican la constitución de los rebaños, y la lana de los trashumantes es más apreciada que la de los estantes.

Tanto se estimaba la lana merina, que estaba prohibida la salida de España de ningún carnero, siendo muy difícil proporcionarse ejemplares de pura sangre, necesarios para mejorar la raza francesa; la industria pañera de Francia, para rivalizar con los paños finos españoles, holandeses ó ingleses, tenía que sacar de España por valor de 25 millones de francos de lana superfina. Luis XVI se interesó personalmente en estas cuestiones, y creó «manufacturas reales de paños finos», y para favorecer la introducción de los merinos, la Corona de Francia dejó la mayor libertad á los intendentes de las provincias fronterizas, alentando hasta el contrabando y otorgando privilegios nobiliarios por servicios de esta clase. Ya bajo la administración de Colbert habían introducido en el Rosellón algunos carneros; pero sólo en 1786, á propuesta de Angivilliers, superintendente de los edificios de Luis XVI, fueron colocados en los rediles reales de Rambouillet, creados al efecto, los más hermosos ejemplares de un rebaño procedente directamente de España. Por aquella época es cuando Fournier de la Chapelle y José de Fontan-Bessan se encarga-

ron de las negociaciones necesarias para la introducción de varios rebaños de merinos en el Suroeste y Mediodía de Francia, y á ellos corresponde el honor de aquella empresa, en la que fueron fuertemente apoyados por el Rey y sus ministros.

Algunos autores afirman que el señor de la Vauguyon, embajador de Francia en Madrid, compró, en 1785, un rebaño de merinos, que fué llevado á París; otros dicen que el Rey de España fué quien regaló, en 1786, varios ejemplares de carneros á Luis XVI. Fontan, á pesar de sus numerosas investigaciones, no ha podido nunca hallar la prueba de estos hechos, mientras que los documentos auténticos que ha consultado demuestran la veracidad de sus aseveraciones. José-Bartolomé-Margarita de Fontan-Bessan, pasó parte de su juventud viajando, primero por España y luego por América. En 1772, su padre le dijo: «Hijo mío, aquí tienes cien mil libras que te corresponden; haz buen uso de ellas; piensa que no eres nada; no cuentes más que contigo; que tus viajes aprovechen á tu nombre y á tu país. Anda, y que Dios te guarde.» Fontan abandonó á Saint-Beate, á caballo, y seguido por un solo servidor adicto. Por las cartas enviadas á su familia, sabemos que estuvo en Arán y en Zaragoza; que fué atacado varias veces, y que de allí pasó á Portugal. Vuelto á sus montañas, cinco años más tarde, se instala en Chaum, y se dedica á la agricultura y hace numerosas plantaciones. En 1784, Dauventon publica su Memoria sobre «Los éxitos de los experimentos hechos para la mejora de las lanas y para la fabricación del primer paño de lana superfina en Francia».

Aquella Memoria hizo gran ruido, y el intendente La Chapelle, el subdelegado Aldiberto de Montalegre y Fontan, se encuentran en Luchon con varios hidalgos aragoneses, entre ellos el caballero Clermont y D. Vicente de Heredia. Se habla de las lanas de España, y Fontan, con sus conocimientos del país y del negocio, es el indicado para la introducción. El 31 de Enero de 1785, la Chapelle celebra una larga entrevista con Fontan, y éste sale para España. El 3 de Agosto escribe á Pa-

rís para anunciar que acaba de hacer llegar *secretamente* de España 200 carneros merinos, y que tiene la intención de distribuirlos gratis á diversos propietarios, con el objeto de mejorar la raza ovina y la calidad de la lana. En Setiembre del mismo año, los señores de Tholozan y Calonne aprueban los gastos hechos y autorizan su reembolso.

Los carneros, sin embargo, no parecieron; el rebaño se componía, en efecto, de 200 carneros y 60 ovejas; pero tardaron en hacer el viaje desde Extremadura, por Madrid, Zaragoza á Saint-Beate, hasta el 20 de Julio de 1786. A fines del mismo mes pasaron á Auch, y los más hermosos modelos fueron enviados á los rediles reales de Rambouillet.

En el curso de sus viajes, el mayordomo de Fontan, Bertrand Andrillon, fué atacado: tres ladrones, armados de cuatro escopetas (¿le haría ver el miedo una escopeta más?), le obligaron á capitular y á entregarles 14 pesetas, el reloj, tres camisas, seis pañuelos y dos pares de medias. La escena duró una media hora, y hasta le hicieron quitar las botas para ver si guardaba dinero en ellas.

El señor de la Chapelle estaba impacientísimo por la llegada de los carneros, y despedía correo sobre correo á Fontan, mostrando la importancia que daba á la adquisición. Cuando, en fin, llegaron á Auch, en bastante buen estado, dió á los conductores 24 libras de gratificación, y rogó á Fontan que le enviara la cuenta para dirigirla al ministro, encargándole con empeño que procurase la adquisición de otras doscientas ó trescientas ovejas. Los gastos ocasionados no fueron excesivos, como puede verse por la nota siguiente:

Doscientos carneros, á 17 libras.....	3.400
Sesenta ovejas, á 13 libras y 10 sueldos.....	810
Gastos de Portugal á Zaragoza.....	220
Gastos de Zaragoza á Saint-Beat.....	210 l. 10 s. 6 d.
Estancia en Saint Beat.....	15
Gastos de caminos hasta Auch.....	56
Entrada en Francia, gratificación.....	8 l. 3 s. 9 d.
<b>TOTAL.....</b>	<b>4.719 l. 14 s. 5 d.</b>



La aclimatación se hizo con dificultad, pues los corderos, sobre todo, lo pasaban mal; además, los depósitos de carneros sólo podían establecerse en casa de propietarios de quienes se estuviese absolutamente seguro. A pesar de todo, el éxito estaba asegurado, y el intendente encargó á Fontan, el 27 de Mayo de 1787, que le proporcionara otro rebaño. Se entablaron nuevas negociaciones, y el 26 de Junio llegaron á Saint-Beat cien cabezas más, en bastante mal estado, que costaron 2.881 libras y 7 sueldos. En el entretanto, La Chapelle fué reemplazado por Boucheporn, que continuó la obra de su predecesor. Siendo cada vez más estimadas las lanas merinas, Fontan creó un depósito y lavaderos en Saint-Beat y en el valle de Arán. Desgraciadamente, el estallido de la revolución quebrantó su fortuna, y Fontan, preso y descorazonado, se retiró, cuando logró la libertad, á su dominio de Chaum, donde murió algo más tranquilo y honrado, habiendo sido designado por el Gobierno de Luis XVIII para formar parte del jurado pastoral encargado de repartir los carneros merinos en el Alto Garona.

### IMPRESIONES Y NOTAS

LA HENRIADA.—Toda persona medio culta conoce, de oídas, por supuesto, el poema que, con el título de *La Henriada*, escribió Voltaire en honor de Enrique IV, aquel rey tan popular, por su deseo de que todo ciudadano pudiera tomar caldo de gallina por tener gallina en el puchero. Todos nuestros autores de Retóricas y Literaturas conocen también ese poema, de nombre, por lo menos, pues todos, al tratar de los poemas épicos, citan, al lado de la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, la *Eneida* de Virgilio, la *Divina Comedia* del Dante, el *Paraíso perdido* de Milton, la *Jerusalem libertada* del Tasso y la *Araucana* de Ercilla, la *Henriada* de Voltaire.

Y aquí está el dislate que pretendemos corregir y que motiva esta nota. ¿De dónde han sacado nuestros autores la des-

dichadísima palabreja de *Henriada*? Voltaire pudo decir muy bien *Henriade*, como Homero había dicho *Iliada* y Virgilio *Eneida*, y como yo mismo he bautizado un poema burlesco, no publicado todavía, con el nombre de *Microbiada*. Todas estas palabras tienen un sufijo común característico, y así Iliada *Iliada* y Eneas *Eneida*. Esta terminación en francés remata en una *e*, y así dicen los franceses *Iliade*, *Eneide*. Siguiendo la regla de esta formación, Voltaire sacó de Henri, *Henriada*, é hizo perfectamente; pero, ¿qué es en castellano *Henriada*? Un galicismo disparatado y nada más; nosotros no decimos Henri, sino Enrique, y de Enrique podemos sacar *Enriquada*, pero no *Henriada*, como Camoens sacó de *lusó*, *Lusadas*. Dígase, pues, al traducir el poema de Voltaire, *Enriquada* y no *Henriada*.

\*  
\* \*

¿POR QUÉ HAY MENOS MATRIMONIOS Y MENOS NACIMIENTOS? — Malthus había dicho que los matrimonios aumentarían en proporción de los salarios y del bienestar general, y los hechos han venido á demostrar lo contrario. Desde 1873, el número de matrimonios ha disminuído en casi todo el mundo; la disminución empezó en las clases altas, y ha ido extendiéndose á las demás, salvo las más pobres. El problema preocupa, con razón, á los pensadores, y el profesor Brentano, en *The Economic Journal*, señala cinco causas: 1.<sup>a</sup> El matrimonio se ha retrasado por la duración prolongada del aprendizaje y de los estudios. — 2.<sup>a</sup> Hay cada vez más dificultades materiales para fundar y educar una familia. — 3.<sup>a</sup> La evolución social de la mujer la hace menos deseosa del matrimonio. — 4.<sup>a</sup> Los goces del matrimonio están contrabalanceados por muchos otros placeres, que han hecho perder á la *casa* su antigua importancia. — 5.<sup>a</sup> Hombres y mujeres tienen menos ilusiones unos respecto de otros; son mucho más difíciles de contentar, por lo mismo que se casan menos jóvenes.

En cuanto á la disminución de los nacimientos, los mismo<sup>s</sup>

motivos anteriores la explican en parte: Bertillon ha probado que en Francia el número de nacimientos está en razón inversa de las fortunas; cuantos más proletarios hay en una provincia, mayor es el número de nacimientos. En Italia, los distritos más fecundos son los más iletrados. En los Estados Unidos, si no fuera por la inmigración europea, el país se vería poblado de negros. En Australia, donde los obreros gozan de mayor bienestar que en ninguna otra parte, los nacimientos disminuyen.

Y no hay que hacer intervenir en esto á la religión, porque entre los católicos los más fecundos son los pobres, y entre los judíos pasa lo mismo; ni tampoco hay que atribuir la culpa á la industrialización del país, porque el labrador francés tiene menós hijos que el obrero.

Brentano estima que entre las causas de la disminución de nacimientos pueden citarse: 1.<sup>a</sup> Las enfermedades sexuales, más frecuentes á causa de los matrimonios tardíos, y las numerosas afecciones nerviosas, consecuencia de las fatigas de la vida moderna; y 2.<sup>a</sup> El menor empeño de perpetuar la familia.

Hay que advertir que, á pesar de la disminución de matrimonios, las muertes dejan siempre un excedente de vivos de bastante consideración, de tal modo, que si la diferencia entre vivos y muertos se mantuviera en la proporción de los últimos veinticinco años, dentro de ochocientos noventa y tres años habría por cada metro cuadrado de la superficie del globo un europeo, prescindiendo de las otras razas, y dentro de mil años no habría ni siquiera sitio donde sentarse.

\* \* \*

AUGUSTO COMTE Y SUS TRES ANGELES.—La tumba de Augusto Comte, el primer «gran pontífice de la humanidad», fué elegida por él, diez años antes de morirse, en el cementerio del Padre Lachaise, en un sitio pintoresco, sombreado por árboles seculares; se reduce á una simple piedra, con una estela

que encierra la frase sagrada del positivismo: «El amor por principio, el orden por base, el progreso por fin.» En el epitafio se lee: «Augusto Comte y sus tres ángeles.»

¿Quiénes fueron esos tres ángeles? Comte, con todo su positivismo, era en el fondo una naturaleza sentimental y romántica. Su primer amor se remonta á la adolescencia: es el amor platónico por una señora noble, cuyo nombre hasta ignoramos. La que le entusiasmó por segunda vez, hubiera podido ser su madre: se llamaba Valentina. La tercera iniciación (á la tercera va la vencida) lo condujo al matrimonio con Carolina Massin, el 15 de Febrero de 1825. Ninguna de estas tres mujeres era su ángel.

Los tres ángeles custodios, según Juan Gross dice en *La Revue Hebdomadaire*, fueron Rosalía Boyer, Clotilde de Vaux y Sofía Bliaux. La nueva religión positivista eleva al rango de ángeles custodios á la madre, la esposa y la hija, capaces de ejercitar en el hombre la veneración, el amor y la bondad. Cuando la propia familia no ofrece los tipos deseados para ese culto íntimo, el hombre los suple por medio de adopciones.

Tal es el caso de Comte: Rosalía Boyer fué su madre; Clotilde de Vaux el gran amor que suplió al de la esposa de quien tuvo que separarse, y Sofía Bliaux, la hija adoptiva, en agradecimiento al cuidado con que había atendido á Clotilde de Vaux, durante su larga enfermedad, como criada de la casa; sin ocuparse de formalidades legales, Comte proclamó la adopción ante un círculo de discípulos, el 18 de Julio de 1850. El culto profesado por el fundador del positivismo á la que llamó su noble y tierna esposa, es bien conocido; al día siguiente de los funerales, el filósofo inició plegarias cotidianas por mañana, medio día y noche, destinadas á conmemorar un amor eterno; eran recitadas de rodillas, ante el sillón en que se sentaba la dulce amiga, y que el filósofo llamaba *el altar*. En él descansaban las reliquias de la amada: sus cartas, una trenza de sus cabellos y un manojo de flores artificiales hechas por ella misma; *la santa tumba* fué objeto de una peregrinación se-

manal, y el día de Santa Clotilde, Comte leía sobre la piedra funeraria sus «confesiones anuales».

Los tres ángeles de Comte sugirieron al pintor Etex un cuadro simbólico: las tres mujeres asisten á Comte en la elaboración de su filosofía religiosa. El lienzo tuvo mala suerte; á la muerte del filósofo, la viuda penetró en la habitación de que había sido expulsada, y cortó del cuadro las tres cabezas femeninas, hiriendo después con una cuchillada en el corazón la imagen del marido.

Comte había dicho en su testamento: «Se colocará en un ataúd excepcional el cuerpo de mi santa compañera (Clotilde) á la derecha del mío, con nuestras manos entrelazadas, teniendo el medalloncito que ella misma guarneció en mi casa con sus cabellos... Vacíos ó llenos los dos féretros, maternal y filial (la señora Comte, su madre y Sofía Bliaux, hija adoptiva), deberán colocarse, el primero á la derecha y el segundo á la izquierda del doble féretro conyugal.» Nada de esto pudo realizarse. La familia de Vaux no accedió al deseo del filósofo, y la tumba de Clotilde, aunque en el mismo cementerio, está lejos de la de Comte; la madre, Rosalía Boyer, sigue sepultada en Montpellier, y sólo el cuerpo de Sofía Bliaux yace enfrente del de su padre adoptivo.

\*  
\* \*

LA PRENSA FRANCESA.—Arturo Meyer, en uno de sus interesantes artículos del *Gaulois*, «Lo que mis ojos han visto», examina el desarrollo extraordinario adquirido por la prensa parisiense, haciendo remontar la causa de este desarrollo á la guerra franco-prusiana de 1870. Los periódicos de provincias, que hasta entonces habían vivido lánguidamente, al encontrarse privados de la comunicación con París, tuvieron que ingeniarse para interesar á su clientela y bastarse á sí mismos, y de tal modo lo lograron, que terminada la guerra se encontraron convertidos, de simples periódicos locales, en órganos

regionales de importancia, para luchar contra los cuales la prensa parisién tuvo á su vez que transformarse, dando á la información la mayor parte de lo que antes ocupaba la literatura; así lo hicieron desde luego *Le Petit Journal* y *Le Petit Parisien*, siguiendo su ejemplo, más ó menos tarde, *Le Journal* y *Le Matin*.

El decano de la prensa barata es *Le Petit Journal*. Fundado modestamente en la casa que hoy mismo ocupa, ha ido ensanchándose hasta ocupar hoy una superficie de 5.000 metros cuadrados. Emplea 12 linotipias para la composición y 17 máquinas para la tirada. La administración recibe de dos á 3.000 cartas diarias, y tiene 800 empleados con 20.000 depositarios y 15 inspectores, contando con seis líneas telefónicas y un servicio de mensajerías admirablemente organizado, que le permite servir los encargos de todos los corresponsales. Tira diariamente un millón de ejemplares y es propietario de otras publicaciones ilustradas, de gran tirada también.

Con ser tan grande este movimiento, es mayor todavía el de *Le Petit Parisien*, que tira 1.400.000 ejemplares y 1.600.000 los domingos. Para esta inverosímil tirada emplea 16 linotipias y 24 máquinas rotativas; para instalar las cuatro últimas, ha tenido que construir un nuevo sótano, que contiene además una reserva de 200 rollos de papel. Para transportar sus publicaciones *El Suplemento Ilustrado*, *El Almanaque* y *Nuestros ocios*, *Le Petit Parisien*, que no tiene mensajerías, emplea 10 automóviles y 15 coches, contando con 800 empleados, 60 redactores y más de 20.000 depositarios. El papel lo produce una fábrica de Nanterre, propiedad del dueño del periódico, Sr. Dupuy.

*Le Matin* ocupa en la actualidad cinco inmuebles, con una superficie de 3.400 metros cuadrados, y con un personal de 900 redactores y empleados. Dispone para su tirada de seis grandes máquinas americanas, que imprimen 100.000 ejemplares por hora. Tiene una fábrica eléctrica para el alumbrado y la maquinaria, que le permite, en caso de huelga, prescindir de

los sectores. Cuenta con talleres de fotograbado, donde fabrica los clichés que publica, y, salvo el papel y la tinta, atiende con sus propios esfuerzos á todas sus necesidades. Su movimiento de caja es de 80.000 francos diarios; sólo en papel gasta más de 10.000 francos al día. El coste de sus telegramas extranjeros ha pasado, en 1909, de medio millón de francos. Tiene un tratado especial con el *Times*, que le da derecho á todos los informes y telegramas del gran diario inglés, con un hilo exclusivo que va desde la redacción del *Times*, en Londres, hasta la de *Le Matin*, en París.

En cuanto á *Le Journal*, su redacción y administración necesitan unas 200 personas. *Le Journal* consta de 8, 10 y 12 páginas; para este trabajo fabuloso emplea 14 linotipias, 10 compositores á mano, 2 mecánicos, 170 obreros, 14 máquinas rotativas, 5 fotógrafos y 10 fotograbadores, teniendo los redactores á su disposición 3 automóviles; el servicio de reparto se hace también por medio de automóviles.

\*  
\* \* \*

¿UN CASO DE REENCARNACIÓN?—La *Filosofia della Scienza* publica un relato del Dr. Carmelo Samona, resumido por la importante Revista de Milán *Luce e Ombra*.

He aquí su resumen:

El 15 de Marzo de 1910, el Dr. Samona sufrió la dolorosa pérdida de una niña de casi cinco años, llamada Alejandrina. Tres días después, la pobre madre soñó que su pequeña la decía: «Mamá, no llores; no te he dejado, no me he alejado de ti; mira, ahora me haré así de pequeña»; y le mostraba un pequeño embrión. Tres días después, volvió á soñar casi lo mismo. Poco crédula en el valor premonitorio de los sueños, la señora, una mañana, manifestaba llorando, como de costumbre, el desconsuelo que sentía, á su esposo; como había tenido cuatro meses antes un aborto con operación y frecuentes hemorragias, estaba casi segura de no poder volver á ser madre.

Mientras se condolía amargamente, se oyeron en la puerta tres golpes secos y fuertes, como dados con los nudos de los dedos por persona que deseara entrar. «Tales golpes, añade Samona, fueron oídos por mis tres hijos que estaban con nosotros en la habitación.» Creyendo que era su tía, que acostumbraba á venir á aquella hora, abrieron la puerta, exclamando: «Tía Catalina, entra.» Grande fué su sorpresa cuando no vieron á nadie.

Aquella misma noche los señores Samona, dieron comienzo á una serie de sesiones tiptológicas; desde la primera se presentaron dos entidades: Alejandrina y una hermana de Samona, muerta hacía mucho tiempo, á los quince años de edad, Juanina. Alejandrina confirmó los sueños con que había querido hacerse presente, y añadió: «Mamita mía, no llores más, porque yo volveré á nacer pronto, y antes de Navidad estaré con vosotros.»

Luego añadió: «Querido papá, yo volveré, hermanita volverá, abuela volverá; dí á los otros abuelos y á tía Catalina que antes de Navidad estaré con vosotros.» Las sesiones continuaron durante casi tres meses con el mismo carácter, y casi siempre terminaban diciendo: «Os dejo porque tía Juanina quiere que duerma.» Desde el principio anunció que «podría comunicar con nosotros cerca de tres meses, porque luego quedaría más sujeta á la materia y se dormiría completamente.»

El 10 de Abril, dice Samona, mi mujer tuvo la primera sospecha de estar en cinta. El 4 de Mayo, estando en Venetico, provincia de Messina, Alejandrina anunció un nuevo suceso: «Mamá, dijo, dentro de ti hay otra.» Como no comprendíamos esta frase, Juanina intervino diciendo: «La niña no se explica bien: hay otro sér, querida Adela, que vaga en torno tuyo y que quiere volver á la tierra.» Desde aquel día, Alejandrina afirmaba constantemente que volvería con una hermanita.» Aunque aquel anuncio requería: 1.º, que hubiera embarazo; 2.º, que no hubiera aborto; 3.º, que hubiera dos criaturas; y 4.º, que esas dos criaturas fueran hembras, todo se realizó



como estaba anunciado, y el 22 de Noviembre, la Sra. Samona dió á luz dos niñas. Las dos, según afirma el padre, son muy diversas de cuerpo, color y forma, y la más pequeña parece una copia fiel de la difunta Alejandrina cuando vino al mundo, y es extraño que reproduzca tres particularidades físicas de la muerta: hiperhemia en el ojo izquierdo, ligera seborrea en la oreja derecha y una ligera disimetría de la cara idéntica á la que tenía Alejandrina.

El relato viene acompañado por las declaraciones testimoniales de autorizadas y conspicuas personalidades palermitanas, que asistieron á las varias fases del interesante acontecimiento. Nosotros, ni creemos ni negamos; recogemos el relato á título de curiosidad.

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*Le droit, c'est la force. Théorie scientifique du droit et de la morale,* par C.-O. Bunge.—París, s. a. (1910).—Un vol. de XXVIII-470 págs., sin indicación de precio.

El original de este libro fué escrito en español, y lo que ahora se nos ofrece es la traducción francesa del mismo. Su autor, Profesor en las Universidades argentinas de Buenos Aires y La Plata, no es del todo desconocido para nuestro público intelectual, pues en España ha publicado algunas de sus restantes obras.

La presente quiere ser una teoría general («científica», hemos visto que la califica el propio Bunge) del derecho y de la ética, pues el autor cree—y por esta afirmación comienza su libro—que «no se puede estudiar científicamente el derecho, sino considerándolo como una forma ó fase de la ética, aun cuando como una fase enteramente capital.»

Las partes de la obra responden á esta idea. Son las siguientes, contando la introducción: *El derecho y la ética; Teorías y escuelas de la ética; Teorías y escuelas del derecho, del Estado y de la sociedad; Teoría científica del derecho; Teoría científica del Estado y de la legislación; Evolución del derecho; Porvenir del derecho; Porvenir de la ética.*

Para desarrollarlas, se sirve el autor de su no escasa cultura filosófica, histórica, sociológica y jurídica, bastante inspirada en el sentido moderno de la correspondiente literatura. Pero su criterio es no poco personal é independiente, hasta

donde cabe el uso de semejantes calificativos. «No es—dice el traductor en su prólogo, que pone al frente de la obra—espiritualista, ni materialista; idealista, ni positivista; clerical, ni librepensador; monárquico, ni republicano; demócrata, socialista, ni anarquista.

Las doctrinas expuestas por el autor, con estilo fácil y desvuelto, no contienen, sin embargo, á mi juicio, grandes novedades. Antes bien, parecen la reproducción del pensamiento corriente acerca de las repetidas materias, no sólo entre los escritores profesionistas de distintas épocas, sino también en la muchedumbre anónima. No otra cosa significa, v. gr., á lo menos en opinión mía, la doble forma de aplicación moral y jurídica que preconiza Bunge, según se trate de la conducta para con los componentes de nuestro propio grupo social (los nacionales), ó de individuos extraños á él y pertenecientes á otros grupos.

P. DORADO

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Literatura contemporánea: Walt Whitman</i> , por Angel Guerra...	5
<i>Las Cortes de la Revolución</i> , por Carlos Cambronero .....	28
<i>Parnaso internacional: Después</i> , de Augusto Vacquerie.....	62
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	64
<i>Una excursión por Santiponce (Sevilla)</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	73
<i>Corazones generosos</i> , por Selma Lagerlof.....	90
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. ....	123
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	157
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	194



N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas	
447 Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.....	7		en todas las épocas y en todos los países.....	6
399 Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.....	2	437 Comte. — Principios de Filosofía positiva.....	2	
505 Bryce. — La República Norteamericana tomo I	7	404 Couperus. — Su Majestad.	3	
484 Brooks Adams. — La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos.....».....	7	297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo ( <i>dos tomos</i> )..	15	
367 Bunge. — La Educación..	12	59 Daudet. — Cartas de mi molino.....	3	
185-186 Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados ( <i>dos tomos</i> ) .....	14	125 — Cuentos y fantasías..	3	
187 Buylla. — Economía.....	12	13-14 — Jack ( <i>dos tomos</i> )...	6	
36-37 Campe. — Historia de América ( <i>dos tomos</i> )..	6	22 — La Evangelista.....	3	
156 Campoamor. — Cánovas.	1	38 — El sitio de París.....	3	
79 — Doloras, cantares y humoradas. ....	3	46 — Novelas del lunes....	3	
69 — Ternezas y flores.....	3	425 Dollinger. — El Pontificado .....	6	
317-354-371 Carlyle. — La Revolución francesa ( <i>tres tomos</i> ) .....	24	166 Dorado. — Concepción Arenal.....	1	
393 — Pasado y presente....	7	33 Dostoyusky. — La novela del presidio.....	3	
189 Carnevale. — La cuestión de la pena de muerte..	3	301 Dowden. — Historia de la literatura francesa..	9	
102 Caro. — Costumbres literarias.....	3	402 Dumas. — Actea.....	2	
140 — El Derecho y la fuerza.	3	326 Emerson. — La ley de la vida .....	5	
58 — El pesimismo en el siglo XIX.....	3	332 — Hombres simbólicos. .	4	
65 — El suicidio y la civilización.....	3	413 — Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50	
127 — Littré y el Positivismo	3	442 — Inglaterra y el carácter inglés.....	4	
363 — La filosofía de Goethe	6	459 — Los veinte ensayos... ..	7	
293 Castro. — El libro de los galicismos.....	3	340 Eltzbacher. — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7	
361 Champcommunale. — La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado .....	10	342 Ellis Stevens. — La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4	
190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer ( <i>dos tomos</i> ).....	15	162 Fernán Flor. — Tamayo..	1	
64 Coppée. — Un idilio.....	3	158 — Zorrilla.....	1	
40 Cherbuliez. — Amores frágiles.. ..	3	155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch .....	1	
26 — La tema de Juan Tuzo .....	3	92 Ferrán. — Obras completas	3	
93 — Meta Holdeins.....	3	42 Ferry. — Estudios de Antropología.....	3	
18 — Mis Rovel.....	3	329 Fichte. — Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5	
91 — Paula Meré.....	3	352 Finot. — Filosofía de la longevidad .....	5	
394 Colombey. — Historia anecdótica de El Duelo		357 Fitzmaurice - Kelly. —		

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
			10
			6
24	Flaubert. — Un corazón sencillo.....	485	Girard.—La Elocuencia ática.....
390	Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania..	286	Giuriati. — Los errores judiciales.....
196-197	Fouillée. — Historia de la filosofía ( <i>dos tomos</i> )	164	Gladstone.—Lord Macaulay.....
195	— La ciencia social contemporánea.....	287	Goethe.—Memorias.....
194	— Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	406	Gonblanc.—Historia general de la Literatura.
451-452	— Historia de la filosofía de Platón ( <i>dos tomos</i> )	21	Goncourt. — Germinia Lacerteux.....
333	Fournier. — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	204	— Historia de María Antonieta.....
198-199	Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas en materia criminal ( <i>dos tomos</i> ).....	44	— La Elisa.....
509	Fromentin.—La pintura en Bélgica y Holanda..	61	— La Faustín.....
302-303	Gabba. — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno ( <i>dos tomos</i> )..	129	— La señora Gervaisais..
307	Garnet.—Historia de la Literatura italiana....	318	— Las favoritas de Luis XV.....
201	Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito.....	6	— Querida.....
200	— La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	11	— Renata Mauperín....
202	— La superstición socialista.....	358	— La Du-Barry.....
507	— El delito como fenómeno social.....	206	González.—Derecho usual
98	Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	282-283	Goodnow.—Derecho administrativo comparado ( <i>dos tomos</i> ).....
167	— Enrique Heine.....	207	Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros...
132	— Madama de Girardin y Balzac.....	208	Grave. — La sociedad futura.....
121	— Nerval y Baudelaire..	469, 470, 461 - 462.	Green.—Historia del Pueblo inglés ( <i>cuatro tomos</i> ).....
70	Gay.—Los Salones célebres.....	209	Gross.—Manual del juez.
345	George. — Protección y librecambio.....	502	Guizot. — Abelardo y Eloísa.....
421	— Problemas Sociales..	210	Gumpowicz. — Derecho político filosófico.....
261	Giddings.—Principios de	211	— Lucha de razas.....
		330	— Compendio de Sociología
		212	Guyau. — La educación y la Herencia.....
		331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....
		471	Hailman.—Historia de la Pedagogía.....
		290	Hamilton. — Lógica parlamentaria.....
		213	Hausonville. — La juventud de Lord Byron.
		324	Heiberg. — Novelas Danesas.....
		41	Heine.—Memorias.....
		314	— Alemania.....

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
396 Höffding.—Psicología experimental.....	9	jurídicos.....	6
426 Hume.—Historia de la España contemporánea..	8	294 — La Educación.....	7
412 — Historia del Pueblo Español.....	9	305-306 — Vida, memorias y cartas ( <i>dos tomos</i> ).....	14
214 Hunter. — Sumario del Derecho romano.....	4	460 Mac-Donald.—El criminal tipo.....	3
316 Huxley.—La educación y las ciencias naturales..	6	224 Manduca.—El Procedimiento penal.....	5
43 Ibsen.—Casa de muñeca.	3	504 Marshall.—Tratado de Economía política, tomo I.....	7
53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3	225-226-227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) ( <i>tres tomos</i> )	22
423 Jitta.—Método de Derecho internacional.....	9	424 — Tratado de Derecho internacional.—Apéndice.— La Paz y la guerra...	8
217 Kells Ingram.—Historia de la Economía política.	7	410 Martín.—La Moral en China.....	4
219 Koch y otros. — Estudios de higiene general.	3	481 Mattiolo. — Instituciones de Derecho Procesal Civil.....	10
295 bis. Korolenko. — El desertor de Sajalín.....	2,50	173 Maupassant.—Emilio Zola.....	1
322 Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres.....	6	375 Max-Muller.—La ciencia del lenguaje.....	8
299 Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7	366 — Hist. de las religiones.	8
221 Laveleye. — Economía política.....	7	455 — La Mitología comparada.....	7
369 — El Socialismo contemporáneo.....	8	160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa...	1
220 Lange.—Luis Vives....	2,50	152 — Núñez de Arce.....	1
454 Larcher y Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato...	5	284 Meneval. — María Estuardo.....	6
319 Lemcke.—Estética.....	8	383 Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
288 Lemonnier.—La Carnicería (Sedán).....	3	387-388 — Psicología ( <i>dos tomos</i> ).....	12
321 Leroy-Beaulieu. — Economía política.....	8	392 — Ontología.....	10
474 Lester Ward. — Factores Psíquicos de la Civilización.....	7	427 — Criteriología general.	9
434 Lewis-Pattée. — Historia de la Literatura de los Estados Unidos....	8	418 Merejkowsky. — La Muerte de los Dioses..	2
222 Lombroso.—La Escuela criminológico-positivista.....	7	118 Merimee.—Colomba....	3
385-386 — Medicina legal ( <i>dos tomos</i> ).....	15	133 — Mis perlas.....	3
382 Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9	450 Merkel.—Derecho penal.	10
223 Lubbock. — El empleo de la vida. ....	3	230-231 Miraglia. — Filosofía del Derecho ( <i>dos tomos</i> ).....	15
99 — La Vida dichosa.....	3	296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
438 Macaulay. — Estudios		440-373 — Derecho penal romano ( <i>dos tomos</i> ).....	18
		398 Mouton. — El deber de castigar.....	4
		170 Molins. — Bretón de los Herreros.....	1
		492 Morley.—Estudios sobre	



N.º del Catal.º	Pesetas
grandes hombres.....	5
295 Murray.—Historia de la Literatura clásica griega	10
312 Nansen.—Hacia el Polo.	6
472 Nardi-Greco.—Sociolo- gía jurídica.....	9
232 Neera.—Teresa.....	3
233 Neumann.—Derecho In- ternacional público mo- derno.....	6
490 Nisard.—Los cuatro grandes historiadores latinos.....	4
308 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra.....	7
335 — Más allá del bien y del mal.....	5
336 — La Genealogía de la moral.....	3
350 — Humano, demasiado humano.....	6
370 — Aurora.....	7
405 — Ultimos opúsculos...	5
431 — La Gaya ciencia.....	6
466 — El viajero y su som- bra.....	6
Nourrison.—Maquiavelo....	3
355 Novicow.—Los despilfa- rros de las Sociedades modernas.....	8
365 — El porvenir de la raza blanca.....	4
407 — Conciencia y voluntad sociales.....	6
478 — La guerra y sus pre- tendidos beneficios....	1,50
473 Papini.—Lo trágico coti- diano y El piloto ciego.	3
157 Pardo Bazán.—Alarcón.	1
171 — Campoamor... ..	1
151 — El P. Luis Coloma...	2
168 Passarge.—Ibsen.....	1
483 Perrot.—Derecho públi- co de Atenas.....	4
161 Picón.—Ayala.....	1
417 Potapenko.—La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433 Prevost Pa- radol.—La Historia Universal ( <i>tres tomos</i> )..	16
384 Quinet.—El Espíritu nuevo.....	5
235 Renán.—Estudios de historia religiosa.....	6
236 — La Vida de los Santos.	6
56-57 — Memorias íntimas ( <i>dos tomos</i> ).....	6

N.º del Catal.º	Pesetas
422 Ribbing.—La higiene sexual.....	3
237-238 Ricci.—Tratado de las pruebas ( <i>dos tomos</i> ). 20	
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463, 467, 479, 480, 486, 491, 493, 496 y 499.—Ricci.— Derecho civil ( <i>diez y nueve tomos</i> ).....	134
285 Rod.—El silencio.....	3
409 Roguin.—Las Reglas ju- rídicas.....	8
415 Roosevelt.—New-York.	4
453 Rozan.—Locuciones, pro- verbios.....	3
346 Ruskin.—Las siete lám- paras de la arquitectura	7
446-439 — Obras escogidas, ( <i>dos tomos</i> ).....	13
122 Sainte-Beuve.—Retra- tos de mujeres.....	3
441 — Estudios sobre Virgilio	5
49 — Tres mujeres.....	3
381 Sansonetti.—Derecho constitucional.....	9
84 Sardou.—La Perla Negra	3
240 Savigny.—De la voca- ción de nuestro siglo para la legislación....	3
242-314-372 Schopenhauer. El mundo como volun- tad y como representa- ción ( <i>tres tomos</i> ).....	30
241 — Fundamentos de la mo- ral.....	5
465 — Ensayos sobre Reli- gión, Estética.....	4
464 — La nigromancia.....	3
458 — Estudios de Historia filosófica.....	4
448 — Eudemonología.....	5
508 Scheel y Mombert.—La explotación de las rique- zas por el Estado y por el Municipio....	4
401 Sienkiewicz.—Orso. En vano.....	2
430 Sieroszewski.—Yang- Hun-Tsy.....	2
320 Sohm.—Derecho privado romano.....	14
378 Sombart.—El Socialis- mo y El movimiento so- cial en el siglo XIX....	3
256 Spencer.—De las leyes en general.....	8

N.º del Catál.º	Pesetas
247 <b>Spencer.</b> —La moral....	7
253 — El organismo social..	7
254 — El progreso.....	7
257 — Etica de las prisiones.	8
255 — Exceso de legislación.	7
248 — La beneficencia.....	4
246 — La justicia.....	7
260 — Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249 — Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252 — Las instituciones políticas ( <i>dos tomos</i> )...	12
258-259 — Los datos de la Sociología ( <i>dos tomos</i> )....	
250 — Las instituciones sociales.....	7
343 — Las instituciones profesionales.....	12
351 — Las instituciones industriales.....	4
488-489 <b>Squillace.</b> —Las doctrinas sociológicas ( <i>dos tomos</i> ).....	8
362 <b>Starcke.</b> —La Familia en las diferentes sociedades	10
262 <b>Sthal.</b> —Historia de la filosofía del Derecho...	5
341 <b>Stirner.</b> —El Unico y su propiedad.....	12
376-377 <b>Stourm.</b> —Los Presupuestos ( <i>dos tomos</i> )..	9
475 <b>Strafforello.</b> —Después de la muerte.....	15
449 <b>Stuart-Mill.</b> —Estudio sobre la religión.....	3
291 <b>Sudermann.</b> —El Deseo.	4
263 <b>Sumner-Maine.</b> —El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	3,50
265 — Historia del Derecho..	7
264 — La guerra según el Derecho internacional.	8
266 — Las instituciones primitivas.....	4
267 <b>Supino.</b> —Derecho mercantil.....	7
403 <b>Suttner.</b> —High-Life...	12
96 <b>Taine.</b> —El Arte en Grecia.....	3
101 — El ideal en el Arte...	3
106 — Florencia.....	3
268-269-313-337-347. — Historia de la literatura inglesa ( <i>cinco tomos</i> )....	34
74 — La pintura en los Paí-	

N.º del Catál.º	Pesetas
ses Bajos.....	3
108 — Milán.....	3
103 — Nápoles.....	3
310 — Notas sobre París....	6
104-105 — Roma ( <i>dos tomos</i> ).	6
107 — Venecia.....	3
334-468-476-482-487 — Los orígenes de la Francia contemporánea ( <i>cinco tomos</i> ).....	36
359 — Los filósofos del siglo XIX.....	6
272 <b>Tarde.</b> —El duelo y el delito político.....	3
273 — La criminalidad comparada.....	3
271 — Las transformaciones del Derecho.....	6
500-506 — Filosofía penal, ( <i>dos tomos</i> ).....	14
339-360 <b>Todd.</b> —El gobierno parlamentario en Inglaterra ( <i>dos tomos</i> ).....	15
400 <b>Tehekhof.</b> —Un Duelo..	1
239 <b>Thorold Rogers.</b> —Sentido económico de la Historia.....	10
134 <b>Tcheng-Ki-Tong.</b> —La China contemporánea..	3
5 <b>Tolstoy.</b> —Dos generaciones.....	3
7 — El ahorcado.....	3
71 — El camino de la vida..	3
63 — El canto del cisne....	3
77 — El dinero y el trabajo.	3
10 — El Príncipe Nekhli..	3
81 — El trabajo.....	3
15 — En el Cáucaso.....	3
115 — Fisiología de la guerra	3
52 — Iván el imbécil.....	3
117 — La escuela.....	3
1 — La sonata á Kreutzer.	3
95 — Lo que debe hacerse..	3
48 — Los Cosacos.....	3
90 — Los hambrientos.....	3
3 — Marido y mujer.....	3
85 — Mi confesión.....	3
113 — Mi infancia.....	3
75 — Placeres viciosos....	3
94 — ¿Qué hacer?.....	3
89 <b>Turgueneff.</b> —Aguas primaverales.....	3
97 — Demetrio Rudín.....	3
25 — El judío.....	3
123 — El reloj.....	3
47 — El Rey Lear de la Estepa.....	3

N.º del Catál.º	Pesetas
8 — Humo. ....	3
139 — La Guillotina. ....	3
16 — Nido de hidalgos. ....	3
137 — Padres é hijos. ....	3
80 — Primer amor. ....	3
304 — Tierras vírgenes. ....	5
60 — Un desesperado. ....	3
281 Uriel.—Historia de Chile	8
477 Vaccaro.—Bases socioló- gicas del Derecho y del Estado. ....	9
153 Valera. — Ventura de la Vega. ....	1
116 Varios autores.—Cuen- tos escogidos. ....	3
276 — El Derecho y la Socio- logía contemporáneos..	12
277 — Novelas y caprichos..	3
55 — Ramillete de cuentos.	3
82 — Tesoro de cuentos. ....	3
428 — Los grandes discursos de los máximos orado- res ingleses modernos.	7
338 Virgillii.—Manual de Es- tadística. ....	4
278 Vivante.—Derecho mer- cantil. ....	10
419-420 Vocke. — Principios fundamentales de Ha- cienda ( <i>dos tomos</i> ). ....	10
498 Wharton.—Los millona- rios de los Estados Uni- dos. ....	5
4 Wagner.—Recuerdos de mi vida. ....	3
325 Waliszewski.—Historia de la Literatura rusa..	9
408 Wallace.—Rusia. ....	4
309 Westermarck.—El ma- trimonio en la especie humana. ....	12
356 Wilson. — El Gobierno congresional; Régimen	

N.º del Catál.º	Pesetas
político de los E. U...	5
443 Willaughby.—La legis- lación obrera en los Es- tados Unidos. ....	3
494 White.—Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología. ....	8
364 Witt.—Historia de Was- hington y de la funda- ción de la República de los Estados Unidos....	7
374 Wundt.—Compendio de Psicología. ....	9
503 — Principios de Filoso- fía, ....	9
429 — Hipnotismo y suges- tión. ....	2
143 Zola.—Balzac. ....	1
148 — Chateaubriand. ....	1
144 — Daudet. ....	1
146 — Dumas (hijo). ....	1
86-87 — El Doctor Pascual ( <i>dos tomos</i> ). ....	6
50-51 — El naturalismo en el teatro ( <i>dos tomos</i> ). ....	6
35 — Estudios críticos. ....	3
17 — Estudios literarios..	3
147 — Flaubert. ....	1
154 — Gautier. ....	1
141 — Jorge Sand. ....	1
23 — La novela experimen- tal. ....	3
9 — Las Veladas de Medán.	3
149 — Los Goncourt. ....	1
67-68 — Los novelistas natu- ralistas ( <i>dos tomos</i> ). ....	6
30 — Mis odios. ....	3
150 — Musset. ....	1
32 — Nuevos estuds. literarios.	3
165 — Sainte Beuve. ....	1
145 — Sardou. ....	1
159 — Stendhal. ....	1
142 — Víctor Hugo. ....	1

# CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, núm. 6.—Madrid.

## ANTROPOLOGÍA

- Ferri.**— Antropología criminal, 3 pesetas.  
**Westermarck.**— El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.**— Estética, 8 pesetas.  
**Taine.**— La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.— El Arte en Grecia, 3 pesetas.— Nápoles, 3 pesetas.— Roma, 2 tomos, 6 pesetas.— Florencia, 3 pesetas.— Venecia, 3 pesetas.— Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.**— Goya, 3 pesetas.  
**Asensio.**— Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.  
**Barbey.**— El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.  
**Becerro de Bengoa.**— Trueba, 1 peseta.  
**Bergeret.**— Mouton (Merinos), 1 peseta.  
**Bourget.**— Taine, 0,50 pesetas.  
**Campoamor.**— Cánovas, 1 peseta.  
**Dorado.**— Concepción Arenal, 1 peseta.  
**Fernández Guerra.**— Hartzenbusch, 1 peseta.  
**Fernán-Flor.**— Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.  
**Gautier.**— Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.— Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.— Heine, 1 peseta.  
**Goncourt.**— María Antonieta, 7 pesetas.— Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.— La Du-Barry, 4 pesetas.  
**Gladstone.**— Lord Macaulay, 1 peseta.

- Goethe.**— Memorias, 5 pesetas.  
**Haussonville.**— La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.  
**Heine.**— Memorias, 3 pesetas.  
**Lange.**— Luis Vives, 2,50 pesetas.  
**Macaulay.**— Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.— La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.  
**Maupassant.**— Zola, 1 peseta.  
**Menéndez y Pelayo.**— Núñez de Arce, 1 peseta.— Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval.**— María Stuardo, 6 pesetas.  
**Molins.**— Bretón de los Herreros, 1 peseta.  
**Morley.**— Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.  
**Nisard.**— Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.  
**Nourrison.**— Maquiavelo, 3 pesetas.  
**Pardo Bazán.**— El P. Coloma, 2 pesetas.— Alarcón, 1 peseta.— Campoamor, 1 peseta.  
**Passarge.**— Ibsen, 1 peseta.  
**Picón.**— Ayala, 1 peseta.  
**Renán.**— Memorias íntimas, 2 tomos 6 pesetas.  
**Sainte-Beuve.**— Tres mujeres, 3 pesetas.— Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
**Tolstoy.**— Mi infancia, 3 pesetas.— Mi confesión, 3 pesetas.  
**Valera.**— Ventura de la Vega, 1 peseta.  
**Wagner.**— Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Zola.**— Jorge Sand, 1 peseta.— Víctor Hugo, 1 peseta.— Balzac, 1 peseta.— Daudet, 1 peseta.— Sardou, 1 peseta.— Dumas, 1 peseta.— Flaubert, 1 peseta.— Chateaubriand, 1 peseta.— Goncourt, 1 peseta.— Musset, 1 peseta.— Gautier, 1 peseta.— Stendhal, 1 peseta.— Sainte-Beuve, 1 peseta.

## CRÍTICA LITERARIA

**Arnold.**—La crítica en la actualidad 3 pesetas.

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.

**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.

Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

## DERECHO

**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil, 2 tomos.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La Génesis), 4 pesetas.

**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Carnevale.**—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 pesetas.

**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.—El delito como fenómeno social, 4 pesetas.

**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.

**González.**—Derecho usual, 5 ptas.

**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.

**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.

**Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura

del Derecho romano, 7 ptas.

**Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

**Macaulay.**—Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

**Mac-Donald.**—El criminal tipo, 3 pesetas.

**Manduca.**—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

**Martens.**—Derecho internacional (público y privado), 4 ts., 30 ptas.

**Mattirolo.**—Instituciones de Derecho procesal civil, 10 pesetas.

**Miraglia.**—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

**Mommsen.**—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, 2 tomos, 18 pesetas.

**Neumann.**—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.

**Perrot.**—El Derecho público de Atenas, 4 pesetas.

**Ricci.**—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.—Derecho civil, 19 tomos, 134 pesetas.

**Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

**Sohm.**—Historia é Instituciones del Derecho privado romano, un gran volumen, 14 pesetas.

**Spencer.**—La justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Summer-Maine.**—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Supino.**—Derecho mercantil, 12 pesetas.

**Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.

**Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.

**Varios autores.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y For-

gas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.  
**Vivante.**—Derecho mercantil, 10 pesetas.

## ECONOMÍA

**Antoine.**—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.  
**Buylla, Neumann, Kleinwhacter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.  
**George.**—Protección y librecambio, 9 pesetas.  
**Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.  
**Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.  
**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pesetas.  
**Marshall.**—Economía política, tomo I, 7 pesetas.  
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.  
**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.  
**Vocke.**—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.

## FILOSOFÍA

**Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.  
**Bagehot.**—Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia, 4 pesetas.  
**Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 pesetas.  
**Brook Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 pesetas.  
**Caro.**—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.  
**Collins.**—Resumen de la Filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Comte.**—Principios de Filosofía positiva, 2 pesetas.  
**Emerson.**—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.—Los veinte ensayos, 7 pesetas.

**Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.  
**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.  
**Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.  
**Guyau.**—La Moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.  
**Höfding.**—Psicología experimental, 9 pesetas.  
**Lester Ward.**—Factores psíquicos de la civilización, 7 pesetas.  
**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.  
**Martin.**—La moral en China, 4 pesetas.  
**Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica, 8 pesetas; Psicología, dos tomos, 12 pesetas; Ontología, 10 pesetas; Criteriología, 9 pesetas.  
**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la Moral, 3 pesetas.  
**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación (3 tomos), 30 pesetas.—Estudios de historia filosófica, 4 pesetas.  
**Stirner.**—El Único y su propiedad, 9 pesetas.  
**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Strafforello.**—Después de la muerte, 3 pesetas.  
**Tarde.**—Filosofía penal, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Wundt.**—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.

## HIGIENE

**Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg.**—Estudios de higiene general, 3 pesetas.—Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.  
**Ribbiug.**—La higiene sexual y sus consecuencias morales, 3 pesetas.

## HISTORIA

- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pesetas.
- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.
- Bryce.**—La República Norte-Americana, tomo I, 7 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.
- Colombey.**—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.
- Eltzbacher.**—El anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.
- Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnet.**—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.
- Gonblacn.**—Historia general de la Literatura, 6 pesetas.
- Guizot.**—Abelardo y Eloísa (Estudio histórico), 7 pesetas.
- Green.**—Historia del pueblo inglés, 4 tomos, 25 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hume.**—Historia del pueblo español, 9 pesetas.—Historia de la España contemporánea, 8 pesetas.
- Lewis-Pattee.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Prevost-Paradol.**—Historia Universal, 3 tomos, 16 pesetas.
- Roosevelt.**—Nueva York, 4 pesetas.
- Starke.**—La familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
- Taine.**—Historia de la Literatura inglesa, 5 tomos, 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 5 tomos, 36 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.
- Wentworth.**—Historia de los Estados Unidos, 6 pesetas.

**Witt.**—Historia de Wáshington, 7 pesetas.

## MISCELANEA

- Alcofurado.**—Cartas amatorias de la monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.
- Baudelaire.**—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Breal.**—Ensayo de Semántica (ciencia de las significaciones), 5 pesetas.
- Bredif.**—La elocuencia política en Grecia, 7 pesetas.
- Castro.**—El libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Girard.**—La elocuencia ática, 4 pesetas.
- Gautier.**—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.
- Gay.**—Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Larcher y Jullien.**—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 pesetas.
- Max-Muller.**—La mitología comparada, 7 pesetas.
- Novicow.**—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas.
- Rozán.**—Locuciones y proverbios, dichos y frases indispensables en la buena conversación, 3 pesetas.
- Tolstoy.**—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.
- Varios autores.**—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

## NOVELA

- Balzac.**—Eugenio Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.
- Bret-Harten.**—Bloqueados por la nieve, 2 pesetas.
- Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.

tas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—  
**Paula Meré**, 3 pesetas.—**Meta Holdenis**, 3 pesetas.  
**Coppée**.—Un idilio, 3 pesetas.  
**Daudet**.—**Jack**, 2 tomos, 6 pesetas.—**La Evangelista**, 3 pesetas.—**Novelas del lunes**, 3 pesetas.—**Cartas de mi molino**, 3 pesetas.—**Cuentos y fantasías**, 3 pesetas.  
**Dostoyusky**.—**La novela del presidio**, 3 pesetas.  
**Dumas**.—**Actea**, 2 pesetas.  
**Flaubert**.—**Un corazón sencillo**, 3 pesetas.  
**Goncourt**.—**Querida**, 3 pesetas.—**Renata Mauperin**, 3 pesetas.—**Germinia Lacerteux**, 3 pesetas.—**La Elisa**, 3 pesetas.—**La Faustin**, 3 pesetas.—**La señora Gervaisais**, 3 pesetas.  
**Heiberg**.—**Novelas danesas**, 3 pesetas.  
**Korolenco**.—**El Desertor de Sajalín**, 2,50 pesetas.  
**Lemonnier**.—**La Carnicería (Sedán)**, 3 pesetas.  
**Merimée**.—**Colomba**, 3 pesetas.—**Mis perlas**, 3 pesetas.  
**Neera**.—**Teresa**, 3 pesetas.  
**Papini**.—**Lo trágico cotidiano y el Piloto ciego**, 3 pesetas.  
**Rod**.—**El Silencio**, 3 pesetas.  
**Sardou**.—**La Perla negra**, 3 pesetas.  
**Sudermann**.—**El Deseo**, 3,50 pesetas.  
**Tolstoy**.—**La sonata de Kreutzer**, 3 pesetas.—**Marido y mujer**, 3 pesetas.—**Dos generaciones**, 3 pesetas.—**El ahorcado**, 3 pesetas.—**El príncipe Nekhli**, 3 pesetas.—**En el Cáucaso**, 3 pesetas.—**La escuela de Yasnaya Poliana**, 3 pesetas.—**Los Cosacos**, 3 pesetas.—**Ivan el Imbécil**, 3 pesetas.—**El canto del cisne**, 3 pesetas.—**El camino de la vida**, 3 pesetas.—**Mi confesión**, 3 pesetas.—**Los hambrientos**, 3 pesetas.  
**Turgueneff**.—**Humo**, 3 pesetas.—**Nido de hidalgos**, 3 pesetas.—**El Judio**, 3 pesetas.—**El rey Lear de la Estepa**, 3 pesetas.—**Un desesperado**, 3 pesetas.—**Primer amor**, 3 pesetas.—**Aguas primaverales**, 3 pesetas.—**Demetrio Rudin**, 3 pesetas.—**El Reloj**, 3 pesetas.—**Padres é hijos**, 3 pesetas.—**La Guillotina**, 3 pesetas.—**Tierras vírgenes**, 5 pesetas.  
**Varios autores**.—**Ramillote de cuentos**, 3 pesetas.—**Tesoro de**

cuentos, 3 pesetas.—**Cuentos escogidos**, 3 pesetas.

**Wharton**.—**Los millonarios de los Estados Unidos**, 5 pesetas.

**Zola**.—**Las veladas de Medan**, 3 pesetas.—**La novela experimental**, 3 pesetas.—**El Doctor Pascual**, 2 tomos, 6 pesetas.

## PEDAGOGÍA

**Bunge**.—**La Educación**, 12 pesetas.

**Fichte**.—**Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna**, 5 pesetas.

**Guyau**.—**La educación y la herencia**, 8 pesetas.

**Hailman**.—**Historia de la Pedagogía**, 2 pesetas.

**Huxley**.—**La educación y las ciencias naturales**, 6 pesetas.

**Macaulay**.—**La educación**, 7 pesetas.

**Max Muller**.—**La ciencia del lenguaje**, 8 pesetas.

## POESÍA

**Campoamor**.—**Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo**, 3 pesetas.—**Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo**, 3 pesetas.

**Ferrán**.—**Obras completas**, 3 ptas.

## RELIGIÓN

**Barthelemy-Saint-Hilaire**.—**Buda y su religión**, 7 pesetas.

**Dællinger**.—**El Pontificado**, 6 pesetas.

**Max-Müller**.—**Historia de las religiones**, 8 pesetas.

**Renan**.—**Estudios de historia religiosa**, 6 pesetas.—**Vida de los Santos**, 6 pesetas.

**Stuart Mill**.—**Estudios sobre la Religión**, 4 pesetas.

**White**.—**Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología**, 8 pesetas.

## SOCIOLOGÍA

**Antoine**.—**Curso de Economía social**, 2 vols., 16 pesetas.

**Caro**.—**El suicidio y la civilización**, 3 pesetas.—**El derecho y la fuerza**, 3 pesetas.